

Rafael del Moral

AIRES DE TÍMIDA DONCELLA



Calibán Editores

AIRES DE TÍMIDA DONCELLA

Rafael del Moral

Rafael del Moral , doctor en Filología y profesor de literatura, es destacado lexicólogo y autor de numerosas obras didácticas (*Enciclopedia Planeta de la novela española*, *Diccionario Espasa de Lenguas del Mundo*, *Manual del español coloquial*, *Diccionario temático del español* , *Atlas Léxico de la Lengua española*) de ficción (*Marta y los otros*, *Nieve en primavera*, *Quince historias de amor*) y ensayos (*Madrid en la novela*, *Breve historia de las lenguas*, *Mirada al español hablado*). Desde 1991 el escritor reside en Velilla de San Antonio (Madrid).



El profesor de dibujo de un instituto de Madrid, Hipólito Lobato, muere en extrañas circunstancias. Andrés y Claudia, sus amigos y compañeros de trabajo, alertados por la noticia, buscan y van descubriendo, a lo largo de la jornada por la que se extiende la narración, los detalles del extraño suceso, y al mismo tiempo recuerdan y recomponen el pasado del desaparecido. Una extraña y malévola atracción ha desencadenado la tragedia. Nadie debe enterarse de lo sucedido. Mejor el silencio.

Rafael del Moral

Aires de tímida doncella

Novela

Calibán Editores

© Rafael del Moral, 2008
© Calibán Editores, 2008
Teléfono: 914 489 832
I.S.B.N.: 378-84-612-5325-8
Depósito Legal: -----
www.caliban.com

Printed in Spain / Impreso en España por

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

MARIO, CERTEZA Y DESEO 1	7
CLAUDIA, SOLEDAD Y HUIDA 2	35
RAMÓN, LEVEDAD DE LA CODICIA 3	66
TOMÁS, TENACIDAD Y PASIÓN 4	95
LUISA, PEDESTAL DE LA RAZÓN 5	130
PAOLA, FRAGILIDAD DE LA USENCIA 6	162
ANA, SUTILEZA DE LA ESPERANZA 7	191
ANDRÉS, ENDEBLE ESTABILIDAD 8	224

La muerte ha sorprendido a Hipólito Lobato Riesco la misma noche en que Andrés, atormentado por una pesadilla, sueña que una explosión ha demolido, y no ha dejado piedra sobre piedra, su edificio de ocho plantas de la calle Áncora. Despierto y sin abrir los ojos se siente prisionero entre las sábanas. El autor de la catástrofe ha sido él mismo, y lo ha hecho como un deber ineludible, como quien tiene algo pendiente, como quien ha de pagar una deuda, como quien llama por teléfono, escribe una carta o devuelve un objeto prestado. El explosivo estaba oculto en la estantería, detrás de los libros y, llegado el momento, avisó, como había previsto, a los vecinos. Sólo cuando estuvieron fuera lo hizo estallar. Se habían refugiado en la calle de atrás y la explosión no afectó a los edificios contiguos. Fue un trabajo limpio, sin humo, ni polvo. Andrés ha olvidado sacar sus libros y su equipo de música, y muchas cosas más que le hubiera gustado conservar. Y no quiso ocultar su autoría, pero ahora que se han esfumado sus enseres, y que se encuentra sin nada más que lo puesto, empieza a

sentir el peso de la responsabilidad y las protestas de los vecinos. ¡Una cruel pesadilla...!

Andrés sospecha que amanece. Se siente cansado, con exigente voluntad por convencerse de la fatuidad de aquella monstruosa ruina, de la victoria sobre la destructora pesadilla. No puede ser todavía de noche. A su lado descubre, como sospecha, un vacío. Luisa estará tomando una taza de café en la terraza, probablemente con la mirada en el horizonte y esa bata azul hasta los tobillos. No tiene prisa. Abre los ojos y comprueba que la lámpara sigue allí; y el armario, intacto, y las puertas. Quiere encender la radio para olvidarse. Con la mano en el interruptor, desiste. Se siente feliz de haber borrado la congoja, de huir de la sinrazón, de recuperar la cordura. La emoción de seguir bien lo transforma en vencedor y recupera la confianza. Más vale olvidarlo, y pensar y recrearse en las páginas mecanografiadas la noche anterior. Las catástrofes, lo sabe, se presentan cuando menos se esperan. Cuando se sospechan, la alarma es menor. Andrés no sabe todavía que el sueño no ha sido más que un augurio del desastre real, y que mientras sale de la cama se está iniciando el largo y turbulento día de la muerte de Lobato Riesco. A estas horas aún no ha llegado la noticia al Instituto.

Luisa debe haberse levantado sin ruido, con la suavidad de siempre. Todavía en el dormitorio, guiada por el instinto de una asentada costumbre, se habrá colocado la bata azul. Luego la puerta, abrir y cerrar, con metódica prudencia, y seguramente en el salón, antes de encender la luz, habrá descubierto las luces de la ciudad. Luisa desayuna dos veces. Primero un café solo, sin azúcar, con delicada calma. Una hora después repite el

café, con leche ahora, y una tostada. Andrés Supone que está en el segundo desayuno.

El salón conserva la misma tranquilidad que la víspera, algo más frío, un frío despiadado que prefiere soportar para no tener que darle la razón a Luisa que ha pasado muchos años proponiéndole una bata para salir de la cama. A Andrés la bata le parece una prenda amanerada, superflua. La luz del salón lo deslumbra. Se acerca al teléfono. Marca el número de Mario, mira el reloj y cuelga. Luisa, desde la terraza, lo mira espantada.

— ¡Ya empiezas con tus desvaríos!

Son las primeras palabras. Lleva una taza de café vacía a la cocina y se ha puesto la bata azul. Andrés ya no se hace preguntas sobre Luisa. La noche anterior, unos minutos antes de dormirse, le rondaba esa persistente duda sobre la creación de Pandora. Los dioses le ofrecieron los regalos, eso significa Pandora, *todos los bienes*, como Eva, que también los tenía en el Paraíso. Vulcano forjó a Pandora —lo lee en la mitología de Hamilton— una criatura dulce y maravillosa con apariencia de tímida doncella. Y de aquella primera mujer brotaron las demás, nefastas al hombre, según dice, pues su naturaleza está inclinada al mal. Es la versión griega de la Biblia. Para aquellos hombres de Atenas el bien y el mal tienen el mismo origen. Se alojan en la memoria de Andrés y repentinamente despiertan aquellos versos del poeta renacentista: *Solo sostiene la esperanza mía / un triste recuerdo que de nuevo / es menester hacerlo cada día*. Y lo de la esperanza le había recordado a Pandora. ¿Quién se sostiene con la esperanza? Eso pasaba en Atenas. Aquí, en esta ciudad, ambición y esperanza se confunden. El libro de Hamilton vuelve exactamente a su lugar, en su

estantería, al mismo que ocupa desde hace años, como la esperanza en la caja de Pandora.

— ¿Sabes qué hora es? —dice Luisa irónica y crítica— ¿A qué hora te acostaste?

Le apetece no contestar.

— No lo sé. No me gusta hacer esas cuentas, no me ayudan.

Hay algo de brusco en sus palabras. Andrés no quiere que los conceptos alteren el ritmo natural y excéntrico de su vida, y huye del cómputo de las horas de sueño.

— No debió ser muy pronto.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¿Por qué tienes que hacer que esa inglesa humille al camarero?

— ¿Ya lo has leído?

La pregunta es inútil.

Luisa se prepara una tostada con miel mientras le explica, desde la terraza, que le gusta cómo dice las cosas pero que no está de acuerdo con la trama, que siempre hace historias retorcidas y excesivamente metafísicas. Sí, dice metafísicas. Otras veces decía filosóficas. Pero Andrés no se fía de la opinión de Luisa, y ella prefiere que la ignore. Suele añadir que tiene el mismo estilo que los que escriben ahora, y que lo normal es que a él también algún día le den un premio, pero de eso ya habían hablado muchas veces.

La ciudad se tiñe de rosa y amarillo. El color palidece por momentos. Sube un rumor monótono de coches. A Luisa le gusta observar el horizonte sur, desde la terraza, mientras alterna con la lectura de algunas páginas. Luego, cuando levanta la vista, el paisaje ha cambiado.

Una brisa suave presagia el verano.

**

— Voy a pasar por ahí —le dice por teléfono a Mario.

— Vale. Yo también tengo algo que decirte, he hablado con Elena Pons, la secretaria de la editorial.

Lobato Riesco también escribía novelas. Era autor de una historia de policías, una lograda fábula, según había dicho a Andrés muchas veces, de la huida de un inocente por la ciudad. La novela había cosechado una docena de negativas. La segunda narraba un desapasionado adulterio y había encontrado edición, que no premio, con la ayuda de una editorial catalana empeñada en revolucionar el mundo de la ficción, pero en pocas semanas desapareció de las librerías. Luego se vendieron los ejemplares restantes, que eran casi todos, a una peseta en la cuesta de Claudio Moyano.

A Mario no le parece mal que pase por casa tan temprano. Su mujer, todavía en la cama, no se enterará de la visita. Luisa también encaja mal las extravagancias.

— Otra vez te vas sin desayunar... —se lo dice en las escaleras mientras Andrés llama al ascensor que tarda en subir.

— Si me hubiera acordado habría bebido algo. Ya tomaré un café por ahí.

— ¿No tienes clase hoy a las once?

— Sí, pero quiero ver a Mario antes de que se vaya, y luego voy a pasar, a lo mejor, por la editorial de los amigos de Mario...

— Ya... Como siempre...

Lo dice melancólica, resignada... Luego se instala en tono reconciliador.

— ¿No puedo saber si vendrás a comer...? Y si vienes, te preparas lo que sea...

— Vale, pero no vendré...

Desde hace un par de años Mario vive unas calles más allá de la de Andrés. Antes ocupaba un apartamento, también alquilado, de un solo dormitorio, en la calle Vaquerías. Había sido una suerte encontrar este nuevo piso porque dejó de dar tumbos de tugurio en tugurio. Para dar menos rodeos Mario solía decir, por entonces, que vivía en O'Donnell, porque casi podría ser su prolongación y, a la vez, porque no es igual decir Vaquerías que O'Donnell. Cuando dice O'Donnell se le llena la boca, articula con énfasis y ceremonia. Vaquerías a secas queda mucho peor, y es difícil de entender porque palabras así no son nombre de calle ni de nada... ¿A quién se le habría ocurrido llamar Vaquerías a una calle de ciudad? Y hubieran seguido allí, en tan desprestigiada vía, a no ser por la repentina rabieta de su mujer que por entonces ya se había adueñado de un modesto pero contundente vocabulario: *No aguanto más esta pocilga*. Y Mario, con responsabilidad Marital, emprendió la búsqueda de un hogar más acorde con las exigencias de Paola: *Avviammo bisogna d'un piano comm'il vostro*, solía decirle a Andrés para recrearse en épocas que tan buenos recuerdos evocaban. Preguntaba a los porteros del barrio y luego, tras el esfuerzo, iba a tomarse unas cervezas con él. Lo llamaba desde el portal:

— ¡Venga, Andrés! Baja y nos tomamos unas cañas.

— No Mario, sube tú, tengo cervezas en el frigo.

— Baja, Andrés... ¡coño!, no me hagas dar explicaciones por el telefonillo.

Y lo decía con una tanta seguridad y aplomo que Andrés no podía negarse. Y en un bar, apoyado en el mostrador, acariciando el vaso, a pequeños sorbos gratificadores, le contaba las incidencias de la atareada búsqueda, el abuso de los propietarios en periodos de demanda, la imposibilidad de alcanzar en sueño con los modestos ingresos del Ministerio de Agricultura.

Y encontró, por fin, su sueño, en Batalla del Salado. Aquel mismo mes su mujer se había tomado un descanso en la mansión de sus padres, cerca de Roma. El piso tenía todo lo que él había soñado: portero, sillones en el portal, dos ascensores, tres dormitorios y terraza a la calle, y no a un patio interior como en Vaquerías semi esquina a O'Donnell. *Lo mío, Andrés, es el barrio de Salamanca, pero eso tiene que llegar.* El único inconveniente del mejor piso que Mario Higuera había localizado en todos los barrios de la ciudad que él consideraba aceptables para sus lícitas aspiraciones era que duplicaba la asignación presupuestaria doméstica.

— ¿Qué hago, Andrés?, —le preguntó, como si el otro tuviera en sus manos una solución mágica.

— Y ¿qué quieres que te diga, Mario...? Habrá que adaptarse» —le contestó con diplomacia.

Y un sábado, ya decidido, fueron juntos a verlo. *Este frigo está hecho un asco, Andrés.* Olía a perros. *¡Fíjate! ¡Fíjate qué terraza!, para pasarnos aquí las tardes.* Era un rectángulo donde cabía, con empeño y estrechura, una mesa con cuatro sillas. Unos metros más abajo los coches se detenían en el semáforo. A Mario le agradaba ver un semáforo porque en Vaquerías no tenía terraza, ni vistas a la calle, sino hacía el estrecho y modes-

to patio interior. *Muy grande, Andrés, muy grande, pero patio interior al fin y al cabo.* El piso de la calle Batalla del Salado habría podido satisfacer los sueños de Mario si no se hubiera encontrado con el difícil obstáculo de convencer a su mujer de la necesidad de aumentar las previsiones y, sin embargo, seguir manteniendo el equilibrio un mes tras otro. Mario Higuera no conoció por entonces, ni después, a Lobato Riesco, aunque oyó hablar de él muchas veces, a menudo sin saber de quién hablaban.

De la calle Ancora a Batalla del Salado hay corto trecho. Es mejor no ir tan rápido, andar con calma, observar los precipitados movimientos de los madrugadores; los desesperados gestos de los conductores que, en doble fila, esperan encontrar el hueco que algún vecino quiera dejarles; el acompasado ritmo del vendedor de periódicos que tiene montoncitos de calderilla preparados porque la gente paga con billetes de cien; las resignadas siluetas de los taxistas que esperan a un cliente que sale de las puertas de la Estación Sur con una bolsa y una maleta procedente de cualquier lugar de Castilla.

El semáforo que se ve desde la terraza del piso de Mario retiene una larga fila de coches. Andrés saluda con énfasis al portero, que es un hombre muy sensible, y sube andando al segundo piso. Las amistades no se eligen como los pisos. Hablamos con quienes se cruzan en nuestro camino. Luego los días, un tanto al azar, se ocupan de hacer la criba. Al borde del camino quedan cientos de frustraciones... ¿Hay tanta gente que podría llevarse bien? A veces un minúsculo desencuentro sesga una feliz convivencia y preferimos dejarnos devorar por la soledad. En la puerta, atornillada, a la altura de los ojos, una placa

dorada con letras negras: *Mario Higuera. Abogado*. El timbre no funciona.

El mismo año que Lobato y Andrés viajaron a Roma para estudiar italiano, Mario pasó unos días de vacaciones en una de las desmesuradas residencias de la familia de Paola. Por entonces no se conocían. La vida es una sucesión de coincidencias más o menos afortunadas: unas ayudan, otras machacan. Mario y Andrés se cruzaron en una de aquellas fiestas para estudiantes extranjeros.

— Vendrá la segunda hija de los Spottorno y su marido, que es español — les dijo el profesor al final de la clase.

— ¡Ah...! ¡Qué bien...! —había contestado Lobato, sin interés, al oído de Andrés. Conocer a un español no era para él mucha sorpresa, aunque fuera en Italia.

— Es profesor de Derecho procesal.

— ¡Ah! ¿En España? —Lobato no sabía qué decir.

— Sí, claro, en la Universidad.

Y se presentó Mario en la fiesta, entre la cerveza y las pizzas, con una mujer pelirroja que hablaba español casi en italiano y que se había pegado a las mejillas, permanentemente, una sonrisa a la americana. La mujer del profesor de Derecho procesal robaba las miradas afables, y también las voluptuosas. Un gordo austriaco, sudoroso, recitaba desde un rincón, entre trago y trago, todos los elogios a la belleza que conocía en italiano. Y cuando los hubo agotado los dijo en alemán, y luego pidió que se los enseñaran en otras lenguas. Mario (gafas redondas, pelo encrespado, bigote negro), habló con Andrés (hombros

caídos, camisa pasada de moda, mirada desmayada) desde una forzada vacilación. Añadió luego un par de cumplidos y, con la presteza de lo fortuito, cuajó tal complicidad entre ellos que cualquiera los hubiera creído, dos horas después, viejos amigos. Nunca podrá medirse de qué manera colaboraron las cervezas y los combinados de vermú y ginebra y, sobre todo, la negativa del absorbente Lobato Riesco, desde su singularidad, que no quiso acudir a aquel encuentro internacional.

Cuando hablaba de sí mismo Mario destacaba su condición de madrileño, de lector empedernido, de militante de izquierdas, y de enamorado de Europa. Y, por hacer un chiste, y con la esperanza de sacarle algún partido, añadía: *Y más de las europeas.*

— Y tú, ¿a qué te dedicas? — le preguntó a Andrés.

— ¡Ya ves!, al italiano.

— ¿Y para qué?

— Para entender a las europeas...

Mario imponía un poderoso respeto, o al menos una comedida curiosidad. Su mayor virtud, tener una frase simpática en la boca, un elogio oportuno que, dirigido a una mujer, mejoraba repentinamente en estilo y distinción. El profesor Mario Higuieruela llenaba con su presencia la reunión y era muy consciente de ello, tan consciente que se permitía dar ciertas consignas en voz alta y ser inmediatamente seguido por los internacionales estudiantes del Instituto Lingüístico Mediterráneo. Lobato había excusado su ausencia, según Andrés, con endebles razones.

Un día, ya en España, Mario llamó a la casa de Andrés para dar continuidad a la amistad emergida en la fiesta, y Luisa descolgó el teléfono. Mario quería invitarlos a comer en su casa de

Vaquerías, y que Luisa y Paola se conocieran. Por entonces Luisa ya empezaba a neutralizar sus emociones. Acudir a aquellos encuentros propiciados por Andrés o recibir ella misma a los amigos no era más emocionante que ver una película, leer un libro o dar un paseo con Elisita. En aquella situación no podía negarse, pero tampoco podía acudir ante aquella gente, que para ella eran unos desconocidos, con una niña de tan corta edad, ni sabía con quien dejarla. Para evitar todo aquello, los invitó ella misma. A las tres de la tarde del sábado se presentaron. Los vieron llegar desde el portal, impacientes, porque tardaban, porque se habían retrasado más de lo razonable, porque ya habían superado el límite de lo convencionalmente admisible. Traían un viejo coche con matrícula de fondo negro, romana, una botella de chianti y un ramo de flores. La comida fue conmovedora, absorbente. El abogado Higuera y el profesor Serrano se atropellaban en cosas que contar orgullosos de una amistad de pocas horas que parecía tupida y arropada. A Luisa, sin embargo, le agradó menos el talante de sus huéspedes. Paola parecía haber perdido parte de su incondicional sonrisa y de otros encantos.

Un día gris de principios de otoño, unos años atrás, Andrés conoció a Lobato Riesco. Ha pasado tanto tiempo que ahora tiene confusa en la memoria la imagen de aquel joven recostado en una destartada cama de hierro y calzado con unas enormes botas de cuero que apenas respetaban la colcha. Cree que tenía un libro en las manos. Andrés y la dueña pasaron por delante, hacia la cocina. Lobato solo cerraba la puerta de su

habitación para dormir. Ella estaba segura de que el piso le iba a gustar, que no iba a arrepentirse, que por aquellos pasillos corría un buen ambiente. Le estaba diciendo que podía utilizar el frigorífico (destartalado y sucio), y la cocina (que un día fue blanca). Casi todos los del piso (que no pensión, se empeñaba en decir) comían fuera. En el barrio abundaban los restaurantes económicos, tan baratos como lo que le correspondía pagar por su cama. A los compañeros japoneses les gustaba comer en casa, quizá porque no sabían, o no querían, apreciar la cocina española. Se compraban unos pescados grandes y extraños en el mercado de Antón Martín y se los tragaban crudos cuando nadie los veía. Ya más de uno había tenido arcadas al darse de bruces con ellos en la cocina, de repente, metiéndose en la boca esos trozos blanquecinos. Y porque los japoneses eran muy respetuosos con sus amigos occidentales se acostumbraron a cenar en la hora de la siesta. Se levantaban con el día avanzado y tomaban un nutrido desayuno. Luego, con calma, entre las cuatro y las cinco de la tarde, cuando sabían que nadie iba a necesitar la cocina, se repartían el pescado crudo. Pero de eso ya hace mucho tiempo, casi toda la vida, o por lo menos todos los años que Andrés ha vivido en la ciudad. Aquella mañana en que vio por primera vez a Lobato, la mañana en que tenía la puerta abierta y el libro en las manos, acababa de llegar a Madrid para quedarse unos días, no sabe bien cuantos. Luego serían meses. Y finalmente, un largo periodo de muchos años que todavía siente como provisional.

*** **

Mario está en pijama, sin afeitarse, y tiene un cigarrillo en las manos.

— Pasa. Te he oído llegar. El timbre no funciona.

Lo conduce a un habitáculo ensombrecido, muy cerca de la entrada que Mario llama su despacho. De frente hay un largo pasillo y, al final, el salón, y luego el dormitorio donde la italiana debe descansar todavía. Por aquellas dependencias Andrés no ha pasado desde hace tiempo. Mario se siente seguro con los pasillos y muros que lo aíslan de su italiana. La persiana entreabierta, las cortinas echadas, una luz enviada hacia la mesa.

— Siéntate, Andrés, ponte cómodo —habla con precipitación.

— No, lo mejor es que te arregles rápido y tomamos un café fuera.

— No, ¡siéntate!, —insiste— aunque solo sea un momento.

Obedece por no discutir.

— Aquí no se ha levantado nadie. No hagas ruido. ¿Quieres un café?

— No; no te entretengas...

— Bueno... ya verás... te pueden publicar la novela, supongo que quieres hablar de eso...

— Cuéntame...

— Ayer hablé con la secretaria y...

— ¿Hablaste o solo comentaste algo? Esa no pinta nada allí...

— Esa tiene más poder que el propio jefe. La conozco muy bien. No me hagas que te cuente demasiados detalles tan de mañana.

Andrés sabe que no puede creerse con rigor lo que cuenta Mario, que tiene una irresoluble tendencia a la fabulación, pero le gusta creer que puede haber algo de cierto en sus palabras. La secretaria, lo sabía, se había convertido en la amiga de Mario

en los últimos meses. Si Andrés le pidiera explicaciones, Mario le diría que no ha podido evitarlo, que las cosas vienen así, que él no va a ir clasificando a las personas con las que se cruza, que se la presentaron, que él le dijo unas cuantas cosas, que poco a poco fue acercándose a ella, sin querer, claro, hasta que no pudo evitarlo... La secretaria durará unos cuantos días más en los escauceos de Mario, luego buscará otra. Estuvo con ella y, cómo quien no quiere la cosa, le preguntó por la novela que un amigo les había mandado, y le dijo que pensaba que ya no había presupuesto, que era un riesgo una cosa así, que ellos tocaban la ficción solo cuando estaban seguros, pero que podía hacerle una oferta, o tal vez dos ofertas distintas pero que no se las iba a explicar él y que, aunque no eran nada del otro mundo, a lo mejor podían interesarle.

— El director, o ella, Elena, no sé, te lo explicarán mejor. Lo que puedo anunciarte es que va a pedirte que colabores en la edición.

— ¿En qué sentido?

— En cuál va a ser...

— No me digas que tengo que poner dinero...

— No mucho... pero es natural... Eso casi siempre es así. Es cuestión de que les ofrezcas cierta seguridad. Luego puedes recuperar una parte, pero todo eso ya te lo explicarán con más detalles. Tendrías que ir a verlos esta misma mañana.

— ¿Por qué no hablas tú en mi nombre?

— Mira, dentro de media hora me voy al Ministerio. A las cinco y cuarto tengo una cita aquí en el despacho. A las seis, otra, y después...

— Y si los llamas... al editor... o a tu amante...

— ¡Shsss! No juegues con esas cosas... Si quieres lo llamo, pero no sirve de nada. Tienes que ir tú. Ya les dije que pasarías por allí. Se lo dije a Elena, y ella se lo ha dicho al Jefe... Tienes que ir esta misma mañana, tampoco te cuesta tanto... ¡Uf! Estoy rendido. Me he acostado a las tres y media.

— ¿Y no has despertado a...?

— ¡Shsss! No se ha enterado nadie...

Oyen ruidos en el interior. Paola se ha levantado Mario extrema sus precauciones para que Andrés no tenga que saludarla. Se ha empeñado en traerle un café.

El despacho de Mario tiene un diván que ocupa toda una pared y, frente a él, una mesa de trabajo, en esquina, junto a la ventana. Al otro lado, una estantería de madera teñida en lóbrego color y repleta de libros.

Los actos de la vida son una sucesión de coincidencias, y la actual es tan infundadamente lógica como las demás. Andrés está esperando a Mario en el despacho, gracias al azar de los acontecimientos que los cruzó a más de dos mil kilómetros de Madrid y que habían nacido en la desenfrenada ansiedad de Lobato por estudiar lenguas, las que fueran. A las selecciones de Andrés (reflexivas, interesadas), se suman las de Mario (tan particulares, tan llenas de encanto) y las de Lobato (ambiciosas, irreflexivas).

Mario vuelve con una cafetera y dos vasos. En cada uno de ellos ha puesto dos terrones de azúcar y les ha metido una cucharilla.

*** * ***

Lobato Riesco visitó repentinamente a Andrés, muchos años atrás, la tarde de un día en cuya mañana, también sin prevenir, el calor se había adueñado de la ciudad. Era finales de junio. Tal vez por eso, por el calor, la conversación se refugió en proyectos para abandonar la ciudad. Por entonces ambos tenían esa voluntad unívoca de sacar partido a cualquier sugerencia de la cotidianidad, y Lobato había decidido hacer de su vida un continuo riesgo, salvar incluso aquellos obstáculos que no estaban en su camino. El antiguo compañero de pensión había descubierto una auténtica fuente del saber en la colección *Teach Yourself*, y conseguía, por encargo, métodos para las lenguas más extrañas. El mismo año que terminó la carrera, y acuciado ya por un desgarrado gusto por lo exótico, hizo un curso en Italia. Lobato se regocijaba en el placer de expresarse en italiano. Había previsto también el búlgaro, en Sofía, pero ese proyecto, tan descalabrado, quedó provisionalmente aplazado porque sentía una extraña aversión hacia los sistemáticos y absurdos controles de los países del Este. Y lo había sustituido por una iniciación a las lenguas drávidas, sí, aunque nunca llegara a utilizarlas, solo por el placer de enterarse de sus mecanismos, de descubrir como se dice algo. Por eso Lobato Riesco, el día que visitó a Andrés Serrano, hablaba con él, en la terraza, de sus nuevos idiomas y, en las primeras instigaciones, se alzó la lengua rumana como festín para el verano con muchas y atractivas posibilidades. En paseo mental por otros rincones venció el italiano: tan dulce, tan latino, tan razonablemente cerca. A Bulgaria no llegaban en coche y, si llegaban, no estaban seguros de volver, había comentado Lobato medio en broma. Italia parecía más cómoda porque la lengua exigía muchos menos esfuerzos en un proyecto tan precipitado.

Al día siguiente, en el Instituto Italiano, una señora impecable, bien dotada en atributos y de aspecto vigoroso llenó una bolsa de folletos de propaganda y se la dio a Lobato. Había ido allí solo para eso, a la calle Mayor 83. Y por la tarde, otra vez, Lobato y Andrés, en la mesa de la terraza del ático de la calle Ancora, eliminando propuestas, eligieron un rincón donde pudieran pagar los cursos y los hoteles. Al día siguiente Lobato llamó a Roma y reservó las plazas. Lo confirmarían más tarde, pero parecían estar de acuerdo.

**** *

De las conversaciones de aquel primer encuentro entre matrimonios, Luisa había guardado cierta indiferencia hacia los amigos de su marido. Y aunque otras veces se vieron juntos los cuatro, las visitas fueron olvidándose en la misma medida en que aumentaban las citas de Mario y Andrés en un bar, en un parque, en sus propias casa, a hurtadillas... Y como Luisa, nada posesiva, prefiriera muchas veces más la soledad que la compañía, Andrés visitaba a Mario cuando tenía ocasión y la italiana, permisiva al principio, fue mostrando un carácter más hostil a medida que la presencia de Andrés en su hogar se hacía más frecuente. Mario, gran observador, procuraba ocultar o silenciar sus visitas.

Por entonces Andrés ya había aprendido que el profesor de Derecho era, en la vida corriente de Madrid y fuera de las fantasmadas italianas, funcionario del Ministerio de Agricultura, aunque nunca supo con certeza en qué categoría: «El trabajo a mí no me molesta —decía Higuera—. Yo a las cinco y media, como máximo, he terminado, y ya no pienso más en el

Ministerio, y me dedico a lo mío. Pero en el extranjero... ¡joder...! no voy a explicar lo que soy, allí no tiene equivalencia.

Sus fantasías eran, por entonces, tan aceptables y justificadas como graciosas. Tenía Mario la extraña capacidad de sacar de la realidad todo lo que de positivo le encontrara, y la adornaba con los adjetivos más galantes; no resultaba incómodo acostumbrarse a su manera de ser, siempre que uno mantuviera la prudencia de no investigar sus versiones y, además, las despojara de los adornos. Al fin y al cabo siempre había algo de cierto. Mario, gran consejero, sabe oír a los que lo rodean, le agrada atenderlos, y eso le hace ganar tantos amigos como los que pierde después con sus novelescos añadidos. Su gran tema de conversación, en las ocasiones en que la discreción lo aconseja, es la mujer. Las tiene catalogadas. La mejor, la suya; y añade: *razones no me faltan*. Pero las demás ofrecen sugestivos encantos a los que no está dispuesto a renunciar.

— Andrés —le dice a veces— las que me gustan han de ser un poco rellenitas, sin pasarse, liberadas, que hablen de todo, distendidas, poco peludas, de piel suave y muy femeninas. Yo las abordo con la conversación, porque mi aspecto físico, ya ves, no las atrae... Después las dejo hacer. Ahora, eso sí, tienen que ser extranjeras. Las de aquí ni las miro porque te complican la vida.

El segundo objetivo en la vida de Mario atañe a todos los ámbitos del conocimiento, desde el derecho y la medicina, localizados en un lugar de privilegio, hasta todo aquello que se presente encuadrado, sin menospreciar las conferencias, las tertulias y las películas de Rossellini. Por fin, el tercero, se refiere al mantenimiento y mejora de su círculo de amistades. En el centro, su mujer, la mejor mujer del mundo, por algo es la suya.

Por mantenerse a bien con su mujer Mario está dispuesto a todo.

*** **

Quiere contarle algo y por eso le ha traído un café, para que no se vaya. Se ha encendido otro cigarrillo y le enseña sus nuevos libros.

— Este es un tratado de Derecho Procesal, el mejor. Lo he comprado en la calle Libreros, en una librería normal viene a valer unas...

— Mira, Mario —interrumpe bruscamente—. ¿Qué me quieres decir? Tú no me has puesto el café para contarme, a estas horas, lo que te han costado esos libros...

Deja el primer tomo sobre la mesa.

— Es... sobre Paola... —dice alterado.

— Pues dime... cuenta... ¿qué pasa...?

— Se quiere ir...

— Pues que se vaya...

— No me contestes así... ¡Joder!... Es muy grave... Se quiere ir... a Italia.

— ¡Y qué! Mejor para ti, pues que se vaya —responde Andrés con crudeza.

— Quieres contestarme con piedad... ¡Se quiere ir para siempre!

— ¡No digas chorradas!

— Que es capaz... Que se va... Que está decidida...

— Claro... Si tú le dices que se quede, se irá.

— No, mira, está negra. Ya no aguanta. Anoche llegamos al límite. Si vienes luego y pasas al salón, te fijas en la lámpara.

Me la tiró a la cabeza. Y ese radiocasete que ves ahí, lo tiró también contra la pared, está histérica...

El aparato, destripado, tenía buena parte del interior al descubierto.

— Esta vez se va... Es muy capaz...

— Mira, Mario. Si se quiere ir y nota que no quieres que se vaya, despídete.

— Eso lo ves muy fácil...

— Como te empeñes en no dejarle la puerta abierta, se irá.

— Si, pero no es igual. Si se va, yo no sé lo que voy a hacer. Ayer, después de la discusión, se fue a la calle. Me dejó solo, sin decir ni donde iba ni si había de volver anoche mismo, mañana, dentro de tres días, o si llamaría desde Italia para decirme que estaba con su familia. Me quedé destrozado. Cuando uno está así, empapado de odio, está dispuesto a todo. Y como no sabía qué hacer, y como no iba a pudrirme aquí solo y sin poder dormir, llamé a la de la editorial, ya sabes, y le pareció bien invitarme a una copa en su casa. A su lado, y con el cuerpo que tiene, se me olvidó todo. Para desgracia mía a Paola se le ocurrió volver antes de lo que yo sospechaba, pero como la muy torpe olvidó las llaves, y creyó que no quería abrirle, se pasó la noche pulsando el timbre hasta que lo fundió, sí, lo quemó entero. Fíjate ahora cuando salgas. Está todo negro. Volví a las tres y media. ¿Para qué me iba a dar prisa...? Menos mal que no se me ocurrió, como tenía pensado, quedarme toda la noche con la otra... Y Paola me estaba esperando en la escalera, humillada, infectada de rabia... Aunque yo no quería hablar, continuó la bronca... y me tiró la lámpara... y el radiocasete, porque, según decía, no había cenado por mi culpa... ¿Qué culpa tengo yo de que se fuera sin llaves...? Apenas he dormido. Si no hago

nada, si no pasa algo especial que le haga cambiar de opinión, esta noche se va. Y esta vez no sé para cuantos días...

— Y como te lo pasaste con esa Elena... ¿Se llama Elena?

— Se me olvidó todo... Tiene un cuerpo... Le hablé de ti. Dice que te pases por la editorial, que ella ya se lo ha comentado al jefe...

— Ya me lo has dicho. No sé cómo puedes llevar esa doble vida...

— ¿Doble? Si no llamé a una tía del ministerio es porque vive con su familia y nos tendríamos que haber ido a un hotel... Y si yo te contara más cosas... Pero eso me trae sin cuidado... Lo que me importa es Paola y solo ella...

— Eso es lo peor, que te importe tanto... Si dejaras esa obsesión la tendrías a tus pies...

— Pero no puedo... No puedo evitarlo... Para mí solo existe ella...

Salen juntos hacia el Paseo de las Delicias. A Andrés le cuesta entender la discusión con Paola. Con ella se siente ajeno, incapaz. ¿Le habrá contado todo? Mario tiene el semblante triste y Andrés comprende por fin que esta vez algo gordo está pasando. Le pregunta si podría ayudarle, pero sabe que su colaboración es inútil. En el cabello de Mario quedan algunas gotas de agua que no se han secado. Lleva cazadora y camina con cierto desprecio, las manos hundidas en los bolsillos. Va a cruzar el paseo de las Delicias hacia la parada del autobús. Andrés se queda en el metro. Antes de bajar a la estación compra el periódico, repitiendo, inadvertidamente, los gestos de todos los días. El vendedor le devuelve un montoncito de calderilla que

ya tenía preparada. Está dispuesto a presentarse al editor porque no corre más riesgo que la herida en el orgullo. Recupera, tras muchas estaciones, la superficie de la ciudad en el metro Urgel, y las circunstancias le parecen peores que al despertar, pero luce un espléndido sol. Camina despacio. Una vez más llega demasiado pronto.

La editorial está en una calle destartalada que podría ser paralela a General Ricardos si no tuviera un trazado tan irregular. No hay viviendas, sino pequeñas industrias encerradas en la civilización; no hay entradas, sino persianas de hierro; ni ventanas, sino respiraderos, y una larga chimenea de ladrillo rojo. Sobre una puerta verde, estrecha, modesta, algo descuidada, aparece el número que busca. Llama a un timbre negro, bastante elevado, y espera oír inútilmente el ruido automático que abre la puerta. La secretaria, tal vez Elena, la señorita Puch, baja unas escaleras estrechas que pueden verse por entre los barrotes verdes:

— ¡¡Andrés!!

Reacciona con medida.

— Sabía que iba a venir — la señorita Puch tiene una voz cristalina. ¿Le ha avisado Mario? Lo estábamos esperando.

Abre la cerradura y tira de un lado de la puerta mientras sujeta con fuerza el otro. Viste una falda de moda, roja, moderadamente corta.

— Suba, le vamos a hacer una propuesta...

La señorita Puch se protege con la elegancia de sus formas y los dones que la naturaleza tan ampliamente le ha otorgado. Su despacho está decorado en blanco y contrasta con la adusta entrada que ni siquiera tiene rótulo. En la percha hay un abrigo azul, de entretiempo, y un bolso azul también, del mismo tono.

— Así que usted es amigo de Mario.
 — Sí, nos conocemos hace tiempo.
 — ¿Nos envió algún currículum con su ejemplar?
 — No, ninguno — no le apetece explicarle que no tiene currículum.

— Debería hacerlo, indicar lo que ha publicado, los artículos...

— He publicado algunos — miente — pero no son muy importantes...

La diplomacia de Mario lo ha colocado ante el editor sin advertirlo y ante una de sus conquistas. Andrés intercambia seriamente el usted. Se hace un silencio porque no saben qué decir. La señorita Puch, más experimentada, rechaza el silencio.

— ¿Sabe que tiene a mi hermano en su clase?

— ¿A su hermano? — se obliga a contestarle.

— Sí, Jorge Puch, en segundo B.

— En segundo B..., en segundo B... Ah, sí... En segundo B.

Todavía no está seguro, pero debe ser verdad. Se siente obligado a decirle algo:

— Sí, un buen chico. No sabía que fuera su hermano.

— Vivimos en este barrio, muy cerca de su instituto.

Sube a unas escaleras metálicas para buscar los folios mecanografiados que están en la última estantería. Tiene unas piernas delicadas cubiertas con unas finas y seductoras medias. Andrés se imagina a Mario acariciándolas. Le cuesta recrear la intimidad y aunque rechaza el pensamiento, cada vez vuelve con más insistencia cuando contempla los gestos de la secretaria y los imagina a disposición de lo que Mario quisiera hacer. Tiene un gusto exquisito, sí, y una habilidad... Mario dispone de un enorme almacén en su corazón, un amplísimo archivo de

conquistas. Lo mágico es que nadie, ni la propia Paola, en el extrañísimo caso de que llegara a sus oídos, sería capaz de creerlo. Mario no tiene más confidentes. Andrés podría preguntarle: *¿Es verdad, señorita Puch, todo lo que me cuenta de usted mi amigo Mario?* Debería intentarlo para ver el efecto que causa, y luego sacarle algún partido en los relatos cortos. Elena negaría siempre sus escauceos. O podría utilizar un tono irónico: *Oh señor profesor, claro que sí, todos los días viene a buscarme a la salida, y luego nos vamos a un hotel que él paga regularmente, sabe usted, Andrés, porque Mario es un caballero, porque ya no necesita dinero para pagar el alquiler de su piso de Batalla del Salado. Y pasamos unas veladas... No puede usted imaginar lo que sabe su amigo de sexo... y qué cosas me dice al oído.* En lo de decir cosas al oído seguro que la señorita Puch no mentiría. Si la reputación que Mario se adjudica no tiene nada de fantástico, seguro que empieza siempre con frases de amor maravillosas al oído de sus conquistas.

— Mire usted, Andrés, le voy a ser sincera —Elena Puch lo devuelve a la realidad— nadie ha leído su novela. Y no lo hemos hecho porque en nuestra editorial, como en tantas otras, trabajamos con proyectos rentables. Ni siquiera tenemos consejero literario —no comprende lo que quiere decir, pero sigue oyéndola asombrado. Venga por aquí. El jefe le va a hacer algunas propuestas, por nuestra amistad con Mario, con Mario Higue-ruela, pero no espere nada extraordinario. Las editoriales funcionamos con dinero, no con literatura, y esto no sé si lo tiene usted muy claro.

El jefe, gordo y simplón, lleva una camisa blanca y un chaleco de lana abierto, granate. Tiene una barba exageradamente negra y fuma en pipa clásica con la que ahora, apagada, juega

un poco. No lleva corbata. El editor de Lobato, el que le publicó la novela que ahora no se encuentra en ninguna librería de Madrid, tampoco llevaba corbata. Le había enviado el manuscrito y, antes de terminar de leerlo le dijo que sí, que se la publicaba. Hizo dos mil ejemplares y vendió menos de la tercera parte a algunos estudiantes intelectuales que se compraban todo lo que publicara aquella editorial vanguardista. A los dos años, Lobato regalaba ejemplares a quien se cruzara en su camino y tuviera alguna relación con él. De repente había desaparecido de todas las librerías, incluso de las de viejo, caída en el mayor de los olvidos. A Lobato no le importaba aquello. Le parecía normal.

— Buenos días. Te estaba esperando, Andrés, siéntate.

Se ha levantado de su asiento, le ha tendido la mano y ha esperado un poco a que Andrés estuviera acomodado antes de sentarse de nuevo. Entre los dos hay una enorme mesa blanca, llena de papeles y, medio oculto, un paquete azul, de cigarrillos, una bolsa de tabaco de pipa y algunos libros sin orden. El director habla como si lo conociera de siempre, con rara naturalidad.

— Mira, Andrés, recibimos tu novela hace mucho tiempo y no te habíamos contestado porque no sabíamos qué decirte. La publicación de las novelas tiene una ventaja, te la voy a decir: son más baratas que los libros con fotograbados o dibujos, porque todo es negro, sobre fondo blanco, y se acabó, pero un enorme inconveniente: no se venden. Nadie ha leído tu novela, pero aunque fuera la mejor de este país, no se vendería. Nunca podríamos recuperar lo invertido. Así funcionan las editoriales. ¿Qué es, entonces, lo que se puede publicar...? Solo aquello que tenemos la seguridad de vender. Una cosa es la voluntad, otra la práctica.

— ¿Quiere eso decir que esta editorial va mal?

— No, qué va, va bien, precisamente por eso, porque lo que publico lo tengo vendido. Es como hacer muebles de encargo. Si tú me dices ahora mismo que en tal sitio se venderán tantos ejemplares, y esos son suficientes para sufragar los gastos, la publico, sin leerla, aunque sea la peor. No es una cuestión de calidad, sino de dinero. ¿Comprendes? No funcionar así sería sencillamente suicida.

El despacho es un lugar lleno de libros, separados con facturas amarillas, con otros papeles, con cierto desorden. El trato es afable y el editor habla con sencillez, y también con terrible claridad.

— Sin embargo —sigue diciendo— veo dos posibilidades, pero en ambas tú eres más responsable que yo. La primera es que la pagues, sencillamente, y luego, si hubiera ventas, que no serán muchas, recuperarías al menos una parte de esos gastos. La segunda es que yo te haga algunos ejemplares para ti y tus amigos y te comprometas a comprarlos. Te dejaría las hojas sin encuadernar, pero puede salir muy económico. Para la encuadernación te buscas los precios, y te las arreglas como puedas.

Andrés empieza a ver su frustrada obra tan despreciada que se reprocha no haberlo descubierto él mismo. Y comprende que debe, otra vez, intentar el camino de los premios, o quizás olvidarse de la difusión. Le agradece al director sus propuestas. Le pide, por aprovechar la visita, algunos detalles sobre el formato, sobre la presentación de las primeras hojas, sobre los costes aproximados... Luego se regalan con falsa cortesía las últimas frases. No le importa que el editor perciba no volverá a visitarlo. Su manuscrito quedará en la estantería hasta que alguien la ordene dentro de unos años y lo tire a la basura.

***** * *****

En la calle sigue luciendo el sol. La ciudad se muestra hospitalaria. Andrés camina hacia la casa de Claudia. El recuerdo de Luisa en la terraza, o en la clase de yoga, lo complace. Tan ensimismado en sus pensamientos, las calles son más cortas, terminan antes... Mira a la gente, observa sus caras y trata de imaginarse sus inquietudes: los rostros están cargados de enigmas. Cada una de ellos podría convertirse en una persona interesante. En raras ocasiones se descubre la belleza en las primeras miradas. La gente es fea observada así, a primeras y a montones. Siente un vacío. Necesita hacer algo concreto y no sabe qué. Le abruma caer en la monotonía si se olvida de la novela. Ve, ante él, las repetidas horas de tres clases de literatura, y luego, como tantas veces, lo inesperado, que casi nunca es nada. En el peor de los casos pasará la tarde tendido en el sofá, frente a Luisa, leyendo cualquier cosa, excepto el periódico, no más periódicos soporíficos, desagradablemente monótonos. Desde hace días desprecia lo que pasa en el mundo, tal vez porque en los periódicos solo aparece lo que los periodistas creen que pasa en el mundo. Mario, su amigo Mario, es un periodista sin periódico y sin ondas hertzianas: descubre una realidad, la tamiza, la ajusta y luego la cuenta. Así sucede con la información después de atravesar las barreras. Siempre hay algo de cierto, lo demás es interpretación. Si Mario tiene ahora como compañía secreta a la señorita Puch no debe tener importancia. La vida son pequeños momentos. No siempre unos dependen de otros. Hay momentos, acciones, pensamientos que nunca comentamos. ¿Por qué tendrían que interferir unos momentos de placer en los que vienen más tarde? Lo impor-

tante es no hacer daño a nadie. ¿Habría que sacrificar los momentos de felicidad con Elena solo porque un mandamiento superior sugiere cómo ha de ser el comportamiento? ¿Por dónde hay que medir el comportamiento moral? ¿Sería más moral renunciar a esos momentos mágicos? Uf... Aquí nadie tiene razón...

Se ha pintado moderadamente los ojos, se ha peinado con esmero, con melancólica elegancia y, en su sitio, bien altas, se ha colocado sus gafas de miope. Cuando suena el timbre Claudia Pardo está corrigiendo exámenes de física. Los abandona sobre la mesa camilla y contesta por el teléfono interior:

— Ahora bajo.

Andrés le hablará, en cuanto la vea, del editor, con empaque y afectación. Y ella dirá que no está mal, que su novela le gusta, pero que su opinión, como la de Luisa, no debe contar. Y le explicará otra vez que la mejor editorial del país no publicaría un libro solo porque sospecha que puede ser bueno. E intentará convencerlo de que la presente a un premio, y que se arme de paciencia, porque no hay que hacerse ilusiones, ni desencadenar un drama por algo tan natural. Las novelas que se publican son muchas menos de las que se escriben, y no por eso hay que instalarse en la fatalidad. Lo práctico es entender las cosas como son, y descubrir que no es tan grave gastar en la divulgación de su propia obra como si fuera un viaje, o la compra de un televisor, o como si se organizara una fiesta cara...

Se unen en Claudia la tristeza de la frustración y la crueldad de lo inmediato. No ha renunciado, ni tiene intención de hacerlo, a una tendencia natural que la inclina a destruir, cuan-

to antes, el permanente y desolador silencio de su pisito, tan particular, tan esmeradamente puesto. El peso del tiempo achica el futuro y disminuye las posibilidades. Claudia Pardo tiene, y conserva con especial prudencia, un misterioso secreto guardado en el recuerdo y tal vez en la esperanza. Antes hablaba de él a sus amigos íntimos y, para ocultar su identidad, lo nombraba con la letra inicial que Claudia había querido atribuirle. Así, en la frase, funcionaba como un nombre con apellido: «Jota Punto no viene a verme hoy». «Mañana ceno con Jota Punto». Y mientras espera el desenlace, tan imprevisible como fortuito, se ocupa de su cuerpo con una gimnasia regular, y de su espíritu con una lectura que combina los versos de Neruda, la física de Hoyle y los catálogos de plantas. En las últimas semanas los acontecimientos se han precipitado y, aunque hasta hace poco lo citaba como un amigo más, comentaba sus opiniones y sus anécdotas y era todo un personaje cuyas apetencias eran tan conocidas como ignorados los datos más elementales de su existencia. Ahora no habla de él. Jota Punto tenía que existir, pero algunos amigos habían sugerido alguna vez que solo en la desaforada imaginación de la profesora de física.

**

Claudia, que le ha hecho esperar un poco, conduce, al lado de Andrés, un coche blanco que maneja con destreza. Antes de salir de casa ha cambiado sus zapatillas por unos zapatos negros, y ha recogido los exámenes en una cartera de cuero, también negra, que lleva con un estilo que a Andrés le parece envidiable. La calle de Claudia es estrecha y recoleta y los coches

solo aparcan a un lado. Después de arrancar le pregunta por Luisa:

— Con sus cosas, Claudia, ella no pertenece a nuestro mundo.

— ¿Qué ha hecho esta mañana?

— Nada. Se ha levantado, nadie sabe cuándo, se ha tomado sus cafés, y después supongo que no tenía previsto nada más que su clase de yoga.

— Esa no sé en qué piensa.

— Ya sabes, ella no se hace muchas preguntas. Lo que le gusta es sencillamente vivir; y eso nosotros, un tanto más atormentados, no lo entendemos. Algunas veces le reprocho su pasividad, su falta de compromiso.

A Claudia le gustaría decirle que conoce a una persona que es así también, incapaz de decidirse, porque para él no cuenta el tiempo, no importa que pasen los días, pero calla porque no quiere recordar los hechos, tan desagradables, tan fuera de lugar, que abrieron el camino que desenmascaró al hasta entonces enigmático Jota Punto. Con desgarradora resignación, consciente de que Andrés va a entender lo que significan sus palabras, le dice:

— Yo sé mucho de pasividad.

— Ese es el problema, Claudia, que pasen los días sin nada, vacíos, con la única esperanza de la llegada del tiempo libre para recuperar de nuevo las clases, y los días libres otra vez.

— No empieces, Andrés. Ese tono no lo aguanto. Hay una dimensión práctica que no podemos evitar. ¿Qué haces mañana?

— ¿Mañana?

— Mañana, sí, mañana sábado.

— Así, de golpe, no lo sé. Creo que escribir, es decir, lo que sé hacer cuando no hay plan, salvo que se presenten otra vez mis parientes.

— ¿Cuándo vas a terminar ese cuento del investigador que se siente acosado por el miedo?

— Lo terminé anoche y esta mañana, al levantarme, Luisa ya lo había leído.

— Y... ¿qué te ha dicho?

— Lo de siempre, que no le gusta.

— Lo tuyo es una frustración consentida.

— Menos mal que prescindo de la opinión de Luisa, pero empezaré a sentirme mejor cuando le atraiga lo que escribo.

— Por lo menos me gusta a mí.

— Me agrada que te guste, Claudia. Lo que más siento es que escribo por inercia, porque no puedo evitarlo, y eso a pesar de que soy consciente de mis limitaciones, que son muy grandes...

— Todos tenemos nuestras inercias.

Otra vez, sin decir su nombre, proscrito, está pensando en él. Andrés no le va a contar nada del editor. Ella piensa, una vez más, en lo que en su mente llama equilibrio, y que significa tener a alguien a su lado, alguien para prepararle un té, para decirle que late el día, para percibir su presencia en casa, y también para sentir su cuerpo, todas las noches, junto al suyo, y sentirse viva en alguien y con alguien... Y eso lo ve lejos, y cada día que pasa más lejos aún... Mientras tanto se mira al espejo y no le cuesta descubrir el azote del tiempo. Andrés debería aconsejarle que olvide más de la mitad de su pasado, que empiece de nuevo, que añada a su vida dos o tres Jota Punto, pero no lo va a entender mientras siga encerrada en las enmaraña-

das redes del amor, y deja que el tiempo se encargue de dar solución al conflicto.

Claudia se recuerda como una chica gordita que se aleja de las amigas cuando hablan de novios, porque de eso no entiende, porque cree que no es para ella. Luego, en la universidad, llega el cambio, pero entonces una conciencia heredada de su padre le hace pensar únicamente en las ciencias físicas. Después, dos años preparando oposiciones y, cuando viene a darse cuenta, ya se ha pasado el momento, y no sabe hablar con chicos, que ya no son tan chicos, ni coquetear, ni atraerlos. Los únicos interesantes que ha encontrado en su camino están casados, y los solteros han perdido la medida, la armonía, el sentido estético... Los pocos que habían tenido ocasión de compartir algunos momentos de su vida privada, de su celosa intimidad, solo le habían servido para reafirmarse aún más en su soledad. Otra vez le apetece nombrarlo, como antes, pero sabe que no podrá llamarlo más así porque sospecha que al menos sus confidentes, por esas raras y absurdas coincidencias del azar, aunque sin proponérselo, deben conocer su obligado secreto. Andrés no se hace preguntas, pero supone que sigue viéndolo, y Claudia, mientras se acerca al polvoriento parking del instituto al volante de su coche blanco, sabe que las sospechas de Andrés son ciertas.

Figura como profesor del instituto pero desde hace varios meses no ha aparecido por allí. Un día dejó de ir, de repente, sin dar razones, o por lo menos sin dárselas a los responsables de tenerlas en cuenta. El director, sin embargo, ha creído oportuno

tuno, porque es su obligación, ha pensado, porque ante la muerte todo es poco, y porque Lobato también iba a las tertulias de amigos en el mesón, poner un aviso, en lugar bien visible, que dé cuenta de la tragedia: *En la madrugada del día de hoy, el profesor de este centro, Hipólito Lobato Riesco, ha muerto*. Las primeras redacciones eran más extensas, y ha tardado mucho en encontrar lo apropiado, o lo menos virulento. Quería poner *fue profesor*, pero no conoce las legalidades, ni ha tenido ocasión para pedir consejo; ni siquiera está seguro de si debe o no suspender las clases, o convocar a profesores y alumnos al funeral porque sin localizar a la familia no puede saber dónde se celebra; o solicitar una ceremonia en la parroquia del barrio, que ya coincidió una vez con el párroco, y habló con él; o dejar todo para que el claustro decida los honores que Lobato merece, pero entonces será demasiado tarde. Le gustaría poder dar detalles a los que van llegando, pormenores del cómo y el por qué, de dónde se va a velar, o se ha velado el cadáver, o al menos localizar a su mujer, a su viuda ya, y dejarse aconsejar por una voz, tal vez la de los que no han llegado todavía, juiciosa e imparcial.

Hipólito Lobato Riesco, noctámbulo irredento, eterno insatisfecho, continuo improvisador de todo lo que significara huir de la nada, ha tenido su último domicilio en un chalet de Pozuelo, una casa de dos pisos y sótano en la que instaló su taller para pasar las noches forjando férreas figuras de contendida estética. Antes vivió en una calle del Rastro, y mucho antes en un pueblo de Cáceres y, cuando llegó a Madrid, en un piso o pensión de la calle Atocha número 83, y eso sin contar las temporadas en que se había refugiado en la casa de Andrés. Por las mañanas cogía una moto, o el Jeep si llovía o si el tiem-

po auguraba lluvia, y se presentaba en el instituto. Solía solicitar, los primeros años, y luego exigir, que su horario quedara vacío en la clase de las nueve. Si para algún día de la semana no existía solución, él la encontraba llegando tarde, o no llegando hasta las diez, o las once, que era la hora, sobre todo la segunda, en que empezaba a sentirse despierto. Había alimentado, con voluntad o sin ella, un cierto pánico a la sistemática repetición de las semanas, y aún más a que alguien pudiera controlar sus movimientos diarios. Por eso aunque le gustaba entrar en su taller a la caída del sol, y luego irse a la cama cuando la luz venía de nuevo, muchas noches a las diez y media su mujer anunciaba a quien llamara por teléfono que se había acostado; aunque prefería leer por las tardes, después del café, a veces echaba la siesta y no se levantaba hasta las nueve de la noche, y se iba al taller; aunque le gustaba hacer de todo, clásico y abstracto, los últimos años solía dedicarse a los encargos para incrementar, sin medida, quién lo iba a creer, el patrimonio doméstico. Otras veces se aislaba en un rincón con una luz muy tenue que no podía verse desde fuera, y añadía unas páginas a su más reciente novela. Le gustaba que ni siquiera su propia mujer supiera que estaba allí. Y otras veces, sin razón aparente, desaparecía durante días enteros, o fines de semana largos, y luego explicaba que había llevado un crucifijo de hierro a la iglesia de un pueblecito cuya existencia nadie tenía la intención de comprobar.

Un hecho insignificante es, a veces, el inicio de otros mucho más complejos y de consecuencias imprevisibles. Que un día Lobato Riesco no fuera a clase podía considerarse dentro de la normalidad porque nadie le daba importancia a la falta de un profesor de dibujo. Lobato había adquirido una reputación,

bien ganada, al dar a sus ausencias el carácter de reiteradas e irregulares, aunque algunas de ellas las hubiera justificado con serias razones. El día que lo echaron realmente en falta nadie creyó que la ausencia pudiera ser definitiva, y habían de pasar muchos días antes de que Ramón, el director, se interesara seriamente por su salud, o por los motivos que lo tenían alejado del centro de manera tan prolongada. Y como su mujer no supiera poner luz al paradero, bien porque él le hubiera pedido colaboración, o quizá porque, de verdad, no estaba al corriente de su vida, que también hubiera podido ser, el responsable del centro creyó, después de consultar a otros profesores, que había llegado el momento de poner el asunto en manos de la Delegación.

El perfil dibujado por los pantalones vaqueros que Claudia lleva hoy resulta atractivamente estético para quienes la miran de frente, por detrás no; pero eso ella no lo puede ver y nadie podría explicárselo. Sus piernas arrancan estrechas, extrañamente unidas. Se ha puesto también una blusa blanca, de seda, con encajes en las mangas, y una chaqueta de cuero gris. Claudia cuida minuciosamente el detalle, y también el peinado. Hasta ahí parece una mujer atractiva si pudiera prescindir de unas pesadas gafas que le han deformado la nariz, y si entendiera que el pañuelo a los hombros, una inveterada costumbre, entorpece, quien sabe por qué, sus delicados movimientos. Tiene, además, una boca discretamente sensual y una voz que enronquece ligeramente cuando se emociona. Su charla es pausada y seductora. Sus dedos largos, ágiles, proporcionados, sostienen la llave que cierra la puerta de un coche pequeño, el mismo de

aquel viaje improvisado, el que surgió de repente porque en el mes de junio no se podía hacer ningún proyecto con esas reuniones imprevisibles, y que terminó también inesperadamente, tan envuelto en la emoción. La excursión, tan lejana ya en el tiempo, la había propiciado Lobato Riesco desde un pueblecito extremeño cuyo párroco, un cura joven que había determinado prescindir del viejo retablo, le había encargado dibujar una docena de apóstoles y unos cuantos ángeles. Durante aquella primavera, que no acababa de llegar, el improvisado pintor venía insistiendo para que Andrés y Luisa fueran a visitarlo a los confines de Cáceres y no esperaran al verano, tan comprometido en los avatares, los del artista, de su persistente afición a las lenguas drávidas, y su proyecto, más tarde cumplido, de un viaje a la India. Luisa que anteponía desde siempre, y también por entonces, el calor de su hogar a los mal acondicionados alojamientos de los pueblos, o que rechazaba encontrarse con escenarios de su pasado, no se esforzaba por señalar el momento propicio porque, en el fondo, no lo buscaba. Entonces Andrés sugirió, sin más, el segundo fin de semana de junio, y así se lo comunicó a Lobato por teléfono:

— ¿Cuántos pensáis venir?

— Nosotros tres, no querrás que me lleve a medio instituto...

Pero cuando la fecha estuvo cerca, Luisa decidió abiertamente quedarse. Y en la mañana del jueves previsto para salir, Claudia, siempre dispuesta a cualquier actividad que rompiera su procurada soledad, se prestó a acompañarlo:

— ¿Y te vas solo...? Pues me voy contigo.

Aquella frágil amistad, forzada a compartir extensas charlas en el lento transcurrir de los kilómetros de una carretera

tortuosa que por momentos parecía eterna, ganó en armonía, en sensata comprensión, a medida que los oídos iban acomodándose al tono cálido de las palabras de Claudia, de Andrés, de los dos, con el motor de cuatro tiempos como fondo.

El sábado eran las fiestas del pueblo y Lobato, para agradecer la visita, había reservado unas botellas de vino portugués que empezaron a abrirse al atardecer y que duraron hasta cerca del nuevo día. La noche fue fulgurante y Claudia, lejos de Madrid, guiada por un ambiente privilegiado, y Andrés, que no rechazaba recordar sensaciones olvidadas, se dejaron llevar por la música de una orquestilla local y por una fuerza tan inspirada en las copas como en el ambiente, un tanto alocado. Lobato Riesco, e incluso su mujer, Maxim, mostraban su extrañeza al observar en sus amigos de la capital una recuperada capacidad de inspiración, la de él, tan perdida en los últimos años. Claudia le confesó a Andrés, al oído, con la cara pegada a su mejilla, suave y sudorosa, sujetando la cabeza con las dos manos, con fuerza, y ajena o muy distante a la interpretación de una canción de moda y de la multitud que ajustaba sus movimientos al ritmo de la música, que no se arrepentiría jamás de haberlo acompañado. Y la noche avanzó sin límites, y aquello Claudia lo entendió muy bien y por eso, cercano ya el amanecer, a poco de entrar en los dormitorios que Lobato les había asignado, austero el de él, sin un solo cuadro en las paredes, coqueto el de ella, con un viejo soporte de palanganas, en madera de roble, la profesora de física abandonó sigilosa su dormitorio, entró en el de Andrés y se introdujo suavemente en su lecho.

— Esta noche duermo aquí — susurró.

Cuando Claudia y Andrés entran en la sala de profesores inundada de una luz difuminada que atraviesa los visillos, poderosa, casi insultante, ya han leído la nota que Ramón ha colocado en la puerta, un lugar inusual, para que sea vista incluso por los que no leen las notas de los tablones de anuncios. Cuatro chinchetas plateadas dejarán, en memoria de Lobato, sendos agujeritos en el barniz. Es la misma luz que Claudia recuerda el día en que Mary Flores y Lobato entraron precipitadamente, y luego volvieron a salir, porque él iba a ocupar el puesto vacante de profesor de dibujo. Por entonces Mary Flores y Lobato vivían en un pisito de una calle muy en cuesta, por el Rastro. El pintor le había dicho al párroco el verano que volvió de la India:

— Solo puedo quedarme tres meses más, después me vuelvo a Madrid.

Y cumplió rigurosamente su promesa. A poco de llegar, cuando visitaba a Andrés, coincidió con Mary Flores. Y ella quedó subyugada por él, y él por ella. Y la convirtió en su segunda, o tercera, compañera, o mujer. Claudia lo había conocido antes, mucho antes, pero Mary Flores había llegado a tiempo. Cuando Claudia fue su huésped, Lobato, que vivía en Extremadura, compartía su vida con Maxim, la inglesa. Ahora Claudia ya no piensa en eso.

No hubieran querido ser pero han sido, Andrés y Claudia, los primeros consejeros de Ramón, el director. Tienen la misma perplejidad y duda, pero quizá Claudia, tan amiga en los últimos tiempos de la mujer de Lobato, que tantas veces ha intentado Ramón localizar, pueda enterarse mejor que nadie de los detalles del drama. Ramón, el director, sabe que ha muerto porque

así se lo han dicho, por teléfono, desde la Delegación, y han añadido que en breve, en unos días, le mandarán un sustituto, pero no han podido aclarar nada más. Por eso, y porque en la casa de Lobato, en Pozuelo, solo contesta una voz rasgada y triste, la de la anciana Rosa que dice no saber nada ni de ella, la mujer, ni de él, todavía no se ha atrevido a suspender las clases, aunque tiene la intención de hacerlo al medio día en el caso de que lleguen noticias más claras. Claudia no puede evitar en su recuerdo la visión de Lobato cruzando aquellos pasillos, con aire de burla, algo juguetón y desencantado, con media sonrisa, y diciéndole al oído las más atrevidas galanterías. Ramón le pide ayuda a Claudia, y Claudia a Andrés, para que la acompañe. Tal vez haya que hacer algunas visitas.

Andrés ha dejado atrás su novela, que, como la demolición en sueños de su propio edificio, quizá no vuelva a recordar en todo el día. El original espera ya sin esperanzas en el despacho del editor. Ha olvidado también a la señorita Puch y a su hermano, Jorge, que hoy no va a coger afanosamente apuntes descalabrados en la segunda fila. Y no va a recordar a la italiana, que tal vez está preparando el equipaje, o llamando a la estación para comprobar que no han cambiado los horarios. Ni va a complacerse hablando un año más de la poesía de Garcilaso de la Vega, natural de Toledo, soldado y poeta, ni oirá al alumno de turno que le pregunta: *¿Y cómo pudo Garcilaso estar enamorado de una mujer que no era la suya, y que estaba casada?* Ni tendrá que contestarle: *Ese es el gran secreto del amor, y de la vida* (querría también decir de la muerte, pero no se atreve). *Si ella, la mujer amada, que no la suya, hubiera respondido al alma enamorada, Garcilaso nunca habría escrito aquellos versos que dicen: «Hermosas ninfas, que en el río me-*

tidas / contentas habitáis en las moradas / de relucientes piedras fabricadas / y en columnas de vidrio sostenidas...»

Lobato ha muerto de amor, va pensando Andrés de nuevo en el coche de Claudia, pero es una sospecha más intuida que fundada.

*** **

La profesora de física conocía los entresijos del instituto Emilio Castelar desde el año en que Andrés Serrano hacía el último curso en la universidad. Dos años después y con mucha suerte, que es lo que Claudia solía repetirle, Andrés consiguió la plaza. Habían hablado alguna vez, los dos, de asuntos rápidos, de alumnos, o de secretaría, pero una tarde del mes de mayo, unas semanas antes de que Claudia y Andrés hicieran el viaje al pueblo de Extremadura, coincidieron con Mary Flores en la calma de aquella misma sala de profesores inusualmente solitaria. Era un raro día de verano anticipado. Mary Flores, que por entonces completaba su primer año como profesora, llevaba una melena artificialmente salvajada, unos pantalones ajustados y un blusón blanco, de seda. Y Claudia propuso, con espontaneidad, dar un paseo para tomar algo, para gozar, en la calle, o en algún jardín, de aquel regalo del clima. Y pasaron el atardecer charlando por un parque cercano, primero, y luego sentados, los tres, en unos sillones de hierro algo oxidados de un kiosco de bebidas, hasta bien entrada la noche. Claudia Pardo hablaba de plantas, y Mary Flores añadía sus recientes y vastos conocimientos de estudiante aventajada. La joven profesora de Ciencias naturales tenía un particular encanto cuando contaba algún asuntillo de su intimidad y aquella vez, amparada en la

confianza que sugiere pasar muchas horas juntos, relató, cerca ya de la medianoche, en la calma misteriosa del interior de unos jardines, los entresijos de su ya vieja militancia. A Mary Flores le molestaba, y no dejaba de repetirlo, el poste de hierro de la línea eléctrica que dividía en dos el paisaje, a pocos metros de la ventana de su clase; le molestaba también el barro, o el polvo sucio del aparcamiento del instituto, el desastre urbanístico del barrio y la agresividad, afortunadamente esporádica, de sus alumnos. La estética, la calma, el ritmo de vida, la pureza del aire eran elementos sin los que no podía vivir. Y les aseguró que ella había descubierto, por fin, cómo podía uno complacerse con su existencia, y todo aquello lo había conseguido gracias a las emociones vividas en su época de militancia en la Liga Comunista Revolucionaria.

— Mary, lo de la liga fue un camelo —le dijo Claudia.

— Pero no lo sabíamos —añadió—. Estábamos muy seguros. No sabes lo que es tener una idea clara, no sabes bien lo que es sentirse abrigada por la defensa de un modelo y convencida de que no cometes error alguno. El marxismo es algo que ata, y uno puede dar todo por él, porque no deja posibilidades de interpretación. Cuando defiendes un ideal te sientes segura y todos los actos del día están orientados a conseguirlo: la propaganda, los debates, las iniciativas, los propios compañeros que piensan igual que tú... Eso era vivir.

— Pero aquello duró muy poco.

— Duró lo que podía durar, pero lo recuerdo como los mejores años de mi vida. Ahora conservo la nostalgia. Si pudiera, si se dieran las mismas circunstancias, volvería, seguro que volvería, aunque la política ya no me interesa. Desde entonces he buscado sensaciones nuevas, y solo me he encontrado con una

lucha contra esta débil salud que me obliga a pincharme todos los días.

— ¿Y quién te pincha?

— Nadie, yo sola, es muy fácil; en un par de veces ya había aprendido. Me bajo el pantalón —hizo el gesto atrevido para mostrarles el lugar de los pinchazos— y ¡pun!, me inyecto.

Tenía una piel fina, rojiza, con evidentes signos de agujas.

— ¿Siempre en ese lado?

— No, también he aprendido a hacerlo con la izquierda.

Mary Flores hablaba con audacia, con gestos delicados y firmes, con la seguridad de alguien que no espera nada peor. Se dirigía, sobre todo, a Claudia. Andrés no era sino el acompañante. Y aunque él tomara la iniciativa de las preguntas, ella lo miraba con displicencia. Unos días después, comentando ese inadvertido pero certero desprecio, Claudia le dijo: *Es que la Flores es mujer de un solo hombre.*

Parte de las nalgas de la profesora de ciencias naturales estaban todavía al aire cuando Claudia le preguntó:

— ¿A ti no te da miedo pincharte con tanta facilidad? Te puedes equivocar un día.

— Aprendí a perder el miedo el verano pasado en Ibiza — se expresaba con dominio—. Unos amigos me invitaron a inyectarme heroína y yo, que acababa de abandonar la Liga Comunista Revolucionaria, y no me asustaba de nada, me pinché, y fue una experiencia deliciosa. Estábamos, claro, en una fiesta, y el ambiente ayudaba. No me arrepiento de haber probado. Yo sé que para muchos, dominados por el deseo de pincharse otra vez, puede ser un conflicto. Para mí y para mis amigos de Ibiza solo es un buen pasatiempo que sirve para experimentar una sensación más de la existencia, para que los sentidos capten

solo aquellos aspectos bellos del entorno, para que la música suene mejor y las palabras broten delicadas, cálidas, y los colores suaves, diáfanos, a veces brillantes, y el tacto blando, sensual y lo que bebes roce sin esfuerzo la garganta, con gusto exquisito, y los besos se multipliquen en placer, en ese sentimiento que reconforta, y un bienestar recorra el cuerpo, aleje esas pequeñas molestias que siempre tiene una. Los brazos y los pies se visten de ligereza, de vivacidad. El movimiento no exige esfuerzo. No cuesta andar, ni moverse, y te crees en el aire, en un contacto grato, en una mansa impresión de levedad. Es como soñar que estás en lo que debe ser un lugar donde no existe resquicio para el mal, pero sin soñar.

Cada persona esconde un mundo, y el de Mary Flores acababa de dejarlos en un perplejo silencio. Claudia y Andrés se sentían ajenos, distantes, muy alejados de la experiencia de la profesora de Ciencias naturales.

— ¿Y no te has vuelto a pinchar? — preguntó Claudia, por decir algo, por volver, una vez más, a la realidad palpable.

— Sí, otras veces, en Ibiza, cuando me veo con esos amigos, pero resulta muy caro. Aquí, en Madrid, nunca.

— ¿Lo echas de menos?

— No, lo que sí echo de menos es a mis amigos, la isla, el ambiente, la heroína no... Me frena el precio, y también las circunstancias porque no me he pinchado nunca en solitario; el ambiente cuenta mucho, la fiesta, los amigos...

— Esta Mary Flores no es la mosquita muerta que parecía...

*** * ***

En un bar de las proximidades de la Delegación, Claudia conserva el temperamento: no le han afectado los acontecimientos, aunque ninguno de sus pasos haya dado resultado. No protesta, no lamenta nada. Se sienta sin exigencias. Un poco del rojo de labios le ha manchado los dientes. En la casa de Pozuelo solo estaba Rosa, la anciana mujer, llorosa y desocupada porque ha preparado la comida y no viene nadie, y no sabe nada de la muerte, de lo que dicen que ha pasado, y ni siquiera ha dado una versión de lo que ella sospechaba que hubiera podido ocurrir. En la Delegación les ha costado localizar al funcionario que avisó al instituto, quien solo sabía lo que le había dicho el jefe de servicio, a quien a su vez había llamado la policía para comunicarle la luctuosa noticia. El único mensaje era avisar al Director y a los compañeros de trabajo de Hipólito Lobato. En la comisaría, lo ha explicado un policía con contundencia, y no exento de arrogancia, y con frases enfáticas y lentas, ellos solo dan información a familiares directos.

Han pedido dos menús del día, una botella de agua mineral y una cerveza. Han comido casi en silencio, con un respeto tácitamente impuesto. Claudia, frente a un café. Andrés no ha dejado de mirar el reloj. Luisa, también con un café delante, descansará en el sofá, y quizá tenga la televisión encendida como compañía, para no oírla, porque es la hora de las noticias y acaba de irse Elisita al colegio. Sobre la mesa debe haber un libro con una señal. Entre los objetos de Luisa hay siempre un libro con señal y cuando lo termina, empieza otro que ya había seleccionado antes de llegar al final. Luego vuelve a colocar la señal, el cartón. Cuando todavía no lo ha empezado, lo pone en la primera página. La señal de los libros de Luisa es algo tan suyo como el encendedor de plata, como la pintura de las uñas,

como el café, como la colección de camellos, como las dos docenas de pares de zapatos que acostumbra a alternar, como la cabecera sin almohada en su lado, el derecho, como el beso que todas las noches, desde su cama, exige Elisita.

— ¿Tendrías que haber ido a comer a casa?

Claudia se pone fácilmente en el lugar de su compañero.

— No, hoy no.

— ¿Luisa te esperaba?

— No, no estaba previsto. Le da igual. Lo único que exige es saberlo con tiempo, y ya se lo había anunciado.

— No puedes decir que tengas una mujer exigente.

— Pero tampoco puedo serlo yo con ella. Está muy segura de todo. Creo que sabe lo que quiere desde que nació, el problema es que me ha costado muchos años entenderlo, y todavía no sé si lo he comprendido...

— Admiro vuestra estabilidad.

— Te aseguro que la estabilidad la pone ella. Parece como si yo decidiera, pero Luisa se encarga del equilibrio. Pocas cosas se hacemos sin su acuerdo. Su pericia consiste en no dejarlo notar.

Surge un silencio inesperado.

— ¿Qué tenías previsto esta tarde, Claudia?

— A lo mejor tenemos que olvidarnos de Lobato...

— Eso es imposible...

— ¿Qué podemos hacer? ¿Dónde vamos?

Claudia asiente. Se hace un silencio.

— Iba venir Mary Flores a buscarme para ir al cine, y después pensábamos cenar cualquier cosa por ahí. Me dijo anoche que tenía que contarme algo.

— Algo de amor, seguramente...

— Seguramente. Desde que Lobato la dejó no ha sentado cabeza. Me pregunto lo que piensa si se ha enterado de la noticia, y si es que en realidad ha muerto, porque empiezo a no creerme nada. ¿Y tú, qué tenías pensado hacer?

— Si no vienen mis parientes, me iré con Mario. Las cosas no van muy bien con su mujer. Me temo que esta noche lo va a abandonar otra vez durante algunos días... Está tan loca que es capaz de irse a Italia.

— ¿Otra vez vienen los primos de Luisa, así, sin avisar?

— Sí, avisados estamos, pero anoche tenían a la niña con fiebre, así que, si no mejora, anulan el viaje.

**** *

Suben de nuevo al coche y Claudia, porque hace un inesperado y repentino calor, se ha quitado la chaqueta y el pañuelo. El día, uno de los últimos de mayo, está radiante. Le cuesta hacer la maniobra para salir del aparcamiento. Luego es más diestra. Apenas hay tráfico. Andrés observa el perfil de la mujer desde su asiento, sus esfuerzos para mover el volante, y la mirada choca otra vez con las gafas.

— ¿Así que hablas más con Mario que con Luisa?

— Creo que sí...

— Oye Andrés —Claudia encuentra en Mario un personaje singular— ¿No crees que tu amigo Mario podría tener un trabajo mejor que el del ministerio? ¿Qué puesto tiene allí?

— No lo sé. Casi nunca lo describe en los mismos términos. Yo creo que pronto tendrá un buen trabajo porque de momento ha terminado, o va a terminar, o no le queda mucho para terminar la carrera, con él nunca se sabe del todo. Lo que sí es

cierto es que ha abierto una consulta y le llegan algunos *clientes*, cómo él prefiere llamarlos.

— ¿Puede abrir un despacho sin título?

— Hombre, lo va a tener, o a lo mejor ya lo tiene. El, desde luego, dice que lo tiene. De momento solo da consejos, orientaciones.

— O a lo mejor ni siquiera estudia derecho...

— Sí, yo creo que sí. El otro día me presentó a un compañero.

— Y su mujer ¿qué dice de todo eso?

— Su mujer nunca contesta a las preguntas dudosas, y por lo demás cumple con la obligación de estar al lado de su marido. Ella, para los que llaman por teléfono, es la secretaria. Mario la ha aleccionado bien: *El señor Higuera no ha llegado todavía, El abogado no puede ponerse al teléfono, Puedo darle una cita con el señor Higuera el veinticuatro*. Y si llamas a partir de las cinco de la tarde, te contesta con un acento extranjero que Mario le aconseja mantener: «Despacho del señor Higuera, ¡dígame!» «Soy Andrés». «¡Ah!, espera, ahora te paso a Mario.» La italiana, últimamente, es muy seca, y hablamos poco. Mario siempre se pone cuando llamo y aprovecha para impresionar al cliente: «Sí, doctor Serrano». «No, doctor Serrano. Esta tarde no puedo, ni mañana. Tengo mucho trabajo.». Otras veces me da otro nombre.

— ¿Y es verdad que le va bien?

— De vez en cuando viene alguien. No hace mucho que lo ha abierto. El hace sus cuentas: «Imagínate, Andrés, que vinieran cuatro al día. A tanto por persona podría ganar en la consulta más que en el Ministerio». Las perspectivas prometen.

— Es curioso ese Mario. ¿Y tú cómo aguantas no saber nunca si te dice la verdad?

— Al principio era un poco difícil porque vas despistado, y te molesta. Luego me di cuenta de que no era tan importante distinguir lo real de lo deseado. Ahora, aún consciente del error, me creo todo, y he comprobado que no pasa nada, que es, incluso, mejor. La vida no cambia por eso. La realidad es como uno quiere que sea, y Mario la ve así. No sé por qué tendría que cambiarla.

— Pero debe ser horrible no saber nunca lo que hay de verdad en lo que dice.

— No, no es horrible porque lo hace con ciertas normas. Una vez que las has comprendido descubres que no tiene ninguna importancia. Todos disfrazamos un poco la realidad. Tú y yo lo hacemos, Claudia, sin darnos cuenta, en mayor o menor medida. Lo de Mario es mucho más original, digamos que desborda los límites medios, pero con gracia.

— ¿Y su mujer?

— La pelirroja lo acepta bien. Ella lo ha entendido, como yo, y nada más...

— ¿Cómo se conocieron?

— ¿Y tú crees que es el momento de hablar de eso?

— ¿Prefieres que nos paseemos por la Castellana y por Bravo Murillo a ver si por casualidad lo encontramos?

— ¡Uf, Claudia... ¡ Mejor hablamos de eso, sí... Es una historia que tiene su encanto. Mario cuenta que la vio parada en un semáforo, con otra amiga. Iban a cruzar la calle y el futuro abogado estaba enfrente. Tiene bastante razón cuando dice que tenía una mirada penetrante. Yo también pensé lo mismo cuando la conocí en Italia. Como a Mario le sobran palabras y

sabe ser oportuno, debió decirle algo agradable al cruzar, y se dio la vuelta. Por entonces el donjuán estaba haciendo la mili y «cómo es lógico — suele decir — a mi profesión de soldado añadí la de conquistador, que es un oficio muy duro».

— Sí, como seductor debe tener estilo...

— Y luego llega el momento crucial, el arte de la conquista. Mario paseó con la pelirroja y su amiga, y otro soldado, y se enteró de su vida: que era italiana, que trabajaba en tal sitio, que aprendía español en no sé qué escuela, que vivía en... Y Mario archivó todo. El resto consistía en ser muy amable, pero no mostrar interés. Así que se despidió de ella como si no fuera a volver a verla nunca más, pero en los días sucesivos estuvo observando sus movimientos, la seguía de lejos y de manera apasionada, hasta que consideró que había llegado el momento. Cuando un sábado la italiana tomaba el desayuno en una cafetería, él entró y se colocó en la barra de manera que fuese visto, como si se tratara de la más inesperada coincidencia. Y ella, como era de esperar, lo reconoció: «¡Hola!» le dijo; «Ah sí... tú eres, sí... estuvimos juntos el otro día... —con aire de despistado— ¿cómo te llamabas...? ¡Ah! ¡Ya!... eras Paola». Y todo aquello sin mostrar el menor interés. El primer paso estaba dado.

— ¡Qué habilidad! Bien podía haberme pasado a mí algo parecido.

— Ya empezamos otra vez. Tú estás dónde estás porque así lo has decidido y si algún día quieres cambiar sabes que no te faltan posibilidades.

Lo dice sin excesiva convicción.

— Sí, pero a qué precio y con quién...

— Eso tiene mucho que discutir. Todos tenemos que ceder en algo.

— Andrés, no te ofendas, yo me encuentro muy bien contigo.

— ¿Y por qué crees que he pasado esta mañana por tu casa?

*** **

Un día de invierno, después de una reunión de profesores, Lobato y Andrés se entretuvieron, cerca ya de los coches, con una de aquellas conversaciones insustanciales. En el polvo del aparcamiento, apareció, salteando las piedrecillas con unos inseguros tacones, cuando ya se iban, Mary Flores y su seductora presencia. La charla se prolongó porque la Flores y Lobato, que hacía menos de un año que ya no vivían en el piso del Rastro, nunca fueron capaces de deshacerse de la atracción. En uno de sus frecuentes arrebatos de hospitalidad, Lobato, que acababa de instalarse en el chalet de Pozuelo, invitó a comer, en su casa, a su antigua mujer y a su viejo amigo, con el pretexto de hacerles ver, como siempre, sus últimos cacharros y cachivaches en hierro, para él finas y sugerentes esculturas. Mary Flores, tan indefinida entre su amor y su odio, no quería aceptar, pero tampoco se atrevía a despedirse porque Lobato transmitía tanto de despiadada arrogancia como de fina bondad y, también de generoso encanto. Y ya se habían superado los límites horarios convencionales de la comida. Andrés se quería ir, pero Mary Flores y el propio Lobato, le insistieron para que no lo hiciera. Eran más de las tres y media cuando Andrés aceptó. Se siguieron en los coches hacia Pozuelo. Lobato delante, con su Jeep, que le servía para transportar el hierro

de sus obras. Mary Flores, detrás, conducía un flamante erre-cinco, rojo, a cuya compra había contribuido secretamente el propio Lobato para compensar la separación. Y luego Andrés, el último. Rosa, humilde y sumisa, les hizo unas tortillas de atún, y Lobato abrió una botella de vino. Y estuvieron charlando, sin mucho sentido, en un tono a medio camino entre lo incongruente y lo cómico. Pasadas las cinco de la tarde llegó la flamante esposa del escultor y, para dejar indiscutible constancia del placer que le producía ver allí a los compañeros de su marido, o para hacer patente la ausencia de recelos hacia la ex-mujer de su marido, abrió un par de botellas de champagne francés y, poco a poco, el profesor de dibujo se alejó con Mary Flores. Mientras tanto Andrés se adentraba en una charla sobre las inquietudes poéticas de la delicada y atractiva mujer de Lobato, profesora de francés en algún instituto de Segovia al que tenía que desplazarse cuatro días a la semana. Era mujer de gran talento, según parecía, de familia nombrada, y autora, como le explicó, de interesantísimos artículos en revistas de filología. Cuando vino Andrés a darse cuenta estaban solos, consumiendo sus copas de champagne, y envueltos en temas mucho más íntimos, y olvidados, y alejados, de la antigua pareja. Andrés intuyó que a aquella mujer no le habría importado dar también un paseo con él por otras dependencias de la casa. Aquello lo tenía turbado. Supo de inmediato que no tenía que preguntar por sus compañeros de instituto y viejos amigos. Lobato y la Flores, algo sofocados, salieron del taller ya avanzada la tarde. Mary Flores, entonces, le pidió a Andrés, con inusual confianza, con una urgencia que contrastaba con la lenta calma de todas aquellas horas, que la acompañara a salir de allí. Y esta vez ella lo siguió, desde su erre cinco, hasta reconocer el

camino de vuelta. Y solo entonces le anunció, con dos toques de claxon, que seguía, sin mediar más despedida, hacia no sabía dónde, hacia el otro extremo de la ciudad. Había una evidente astucia de extraño amor, el de Lobato Riesco, y una aquiescencia, la de ella, la de la cuarta mujer (o tercera), la de la profesora segoviana de francés, tan inteligente, tan singularmente atractiva.

Andrés siente cierta insatisfacción, cierto deseo de no sabe qué cosa, de gritar quizá, mientras el coche está acercándose otra vez al instituto Emilio Castelar. Ya no piensa en la muerte de Lobato porque por un momento se ha olvidado de todo, ni en Mario, que no estará pasando malos momentos porque la pelirroja termina siempre calmándose. No, no se irá... ¡Cómo se va a ir...! Podría verse con Mario como otros viernes, en el mesón de Batalla del Salado esquina Canarias, y charlar un rato, tomar unas cervezas. Aunque si se va la italiana... Qué tontería... No se va a ir...

— ¿Ya no van a verte tus alumnos Tomás y Ana?

Claudia hace la pregunta porque van a la cantina del Instituto donde sospechan que está Ramón, el director, y sabe que han de ver a Tomás tras la barra.

— ¡Oh, no!... eso pasó a la historia. ¡Ahora trabajan a unas horas imposibles. Tomás, ya lo sabes, y Ana, de madrugada. Ya me dirás. Aquella época ha terminado.

— ¿Y la echas de menos?

— No lo sé. Fíjate si he pasado horas con ellos... Pero nunca me he preguntado nada. He dejado pasar el tiempo, sin más. Me gustaba su compañía, sin duda, me entretenían sus asun-

tos, me agradaba oírlos, porque a veces me estaba oyendo a mí mismo.

Ramón Urrutia, el director, no está en la cantina. Las clases no han llegado a suspenderse. Otra vez se ha hecho un silencio entre los dos. La incertidumbre de Andrés lo lleva a pensar que puede ser molesto. El director tampoco está en su despacho.

— Me habría gustado conocerte antes — le dice mientras van por el pasillo hacia la sala de profesores.

— ¿Antes de qué, Claudia?

— No sé, antes, antes de cuando nos conocimos... ¿Recuerdas la tarde que Mary Flores nos contó lo de la heroína?

— Querrás decir la noche.

— Sí, eso... Fue una noche larga. Yo siempre he creído que tú venías porque Mary Flores te caía muy bien.

— ¿Y qué razones tenías para pensarlo?

— Pura intuición.

— Todas las personas extravagantes llaman la atención, es verdad, el problema es saber en qué sentido...

— ¿Y a ti qué te parecía?

— Me parecía atractiva en el buen sentido, en lo que yo entendía como atractivo en una mujer, pero Mary Flores solo te hablaba a ti.

— De eso no me di cuenta.

— Porque no te fijabas. Sé que lo hacía sin una especial intención, simplemente porque me ignora, por puro rechazo natural, porque para ella solo soy el amigo molesto de Lobato.

— No lo creo.

— Yo, sin embargo, estoy seguro. La prueba es que nunca tiene nada que decirme. ¿Recuerdas el día que fuimos al chalet, a la fiesta? Ni siquiera aceptó bailar conmigo, y yo lo hacía, es

verdad, porque la Flores tiene gancho, pero también para que no se sintiera sola, o extraña, en la casa de quien había sido su marido, o su amante, o no sé qué, y además, solo unos días antes la habían avergonzado ante su nueva mujer.

— ¡Creo que no se me olvidará en mucho tiempo!

— A mí tampoco. Guardo un recuerdo misterioso de aquella fiesta, tan llena de encanto. Siempre he sospechado que allí sucedieron más cosas de las que sé...

— Claro que sí.

— ¿A qué te refieres?

— Me refiero a que ahora, después de lo que ha pasado, tal vez debas saber algo más sobre tu amigo Lobato.

— Sé lo que sabemos todos... que la fiesta desbordó los límites de las que solíamos hacer por entonces... que hubo que incrementar las reservas de cerveza... que Tomás y Ana se conocieron allí...que por entonces empezaron a verse con frecuencia...

— Si, pero yo me refiero a los profesores.

Claudia enrojece un poco, pero sigue hablando.

— ¿Tú sabes cómo era Lobato?

— Hombre, lo conocía desde hace más de veinte años, pero también sé que últimamente estábamos distanciados, y me cuesta mucho pensar que fuera asunto de él o mío. ¿Te refieres, quizá, a algo de Mary Flores? ¿Aquella noche estuvo con ella? ¿Verdad?

— ¡Ah! Ya lo sabes.

— No, no lo sé. Pero lo sospecho, porque seguían viéndose, y a la mujer que hoy no logramos encontrar parecía no importarle.

— ¿Recuerdas que estuvimos buena parte de la noche los tres juntos, la Flores, él y yo?

— No, no me acuerdo. Yo estuve con la nueva, hablando, y luego bailando, hasta no sé qué hora...

— Pues nos llevó a su taller, a las dos, a Mary Flores y a mí, para enseñarnos un modelo en hierro. Y allí nos cogió por los hombros y después, a la vez, una a cada lado, por la cintura, y luego nos acarició todo el cuerpo, desde el cuello hasta los muslos, los pechos, los brazos, sobre todo los pechos. Una mano para cada una. Decía que para un artista como él lo fundamental era el tacto, que la transmisión por la piel era para la inspiración... Que en el tacto residía la más profunda inspiración de los sentidos...

Claudia gesticula con las manos para explicarlo.

— Yo no noté esa ausencia. ¿No recuerdas que tú y yo estuvimos bailando? Bailábamos rock...

— ¡Cómo no me voy a acordar con la expectación que causamos...! Decían que lo habíamos ensayado... Pero hubo tiempo para todo. La Flores y yo fuimos embrujadas por el artista. No creo que a primera vista Lobato pudiera resultar atractivo a nadie, pero tenía un no sé qué, una sensibilidad muy fina y atrayente... Yo rechacé un poco sus acosos, pero me tranquilizaba la presencia de Mary Flores y, sobre todo, la de la otra, la de la rica segoviana que estaba allí, tan cerca, en el jardín, probablemente contigo, como dices. Me calmaba la tranquilidad con que Mary Flores aceptaba, delante de mí, que Lobato le levantara el suéter rosa de algodón, hasta el cuello, y luego le pasara una mano suave y astuta por las caderas, mientras hacían rozar con sutil delicadeza sus labios. ¡Imagínate! Ya me conoces, a mí, en tal situación, de espectadora, tan embrujada

como la Flores, entreoyendo el bullicio de los que bailaban en el jardín enloquecidos porque había terminado el curso, y asistiendo al lento y progresivo rito de acercamiento de Lobato, tan delicado, tan tierno, tan acentuado por un riesgo que a lo mejor su propia mujer, la más reciente, a pocos metros de allí, aceptaba como habitual. Así iniciados, me invitó al mismo ceremonial y no supe negarme. Entre los dos me despojaban de mi cuidado atuendo... Cuando te vistes nunca sabes quién te va a desnudar, y ni mucho menos imaginas quién podría ver tu ropa interior. ¡Son tantas las veces que la he seleccionado con esmero y no he tenido quien la contemple...! Aquel inesperado día dejé entrever mi descuidada atención por la ropa que no se muestra... La propia Flores decidió qué prendas debía conservar durante el rito y Lobato, y también ella misma, me frotaban la piel recién descubierta... El mes de junio es fantástico para esos encuentros. Tienes todo el invierno en el cuerpo y notas como desaparece de él, lo libera, y cedés con júbilo a las caricias de la primavera, que aquel año eran, por primera vez en mi vida, también las de una mujer, no de cualquier mujer, sino probablemente de las que más me han fascinado en mi vida. El cuerpo de Mary Flores está ligeramente teñido de rosa, y el vello de su pubis es tan rojizo como escaso. Mi piel es rugosa, y no me interrumpas porque lo sé, demasiado peluda y, lo que es peor, inacostumbrada a recibir las caricias de nadie, pero aquella noche las tuvo, las tuvo hasta enloquecer...

— ¡Los tres...! Allí... ¡Con tanta gente fuera!

— Lobato había tomado sus precauciones. Primero porque él acostumbraba a tener cerrado el taller para que las visitas, porque venía mucha gente a verlo, no anduvieran entremetiéndose en sus cosas, así que lo cerró con llave. No habría po-

dido soportar que algún alumno se escapara para descubrirnos en aquel ceremonial. Para que no se notara nada desde fuera había encendido una lamparita de luz indirecta, muy tenue, que solía utilizar para escribir. El único imprevisto podía ser que alguien lo echara de menos, o que fuera requerido para cualquier eventualidad, pero no era fácil con la noche tan avanzada. Algunos alumnos ya se habían ido, otros habían salido a comprar más cerveza, otros bailaban en el lado amplio del jardín, y otros grupitos se habían separado también. Aunque nos buscaran, encontrarían normal no localizarnos de inmediato.

— ¿Y tú lo aceptabas, así, con tanta facilidad?

— No, más que facilidad querrás decir con tanta naturalidad. Yo confiaba en la Flores, y ella y él, creo, en mí. Para Lobato no era nada nuevo, estaba acostumbrado. Mi asombro es que fuéramos precisamente las dos, a la vez, y yo gozaba tanto viéndolo con la Flores que cuando se acercaba a mí. Existió una irracional complicidad por parte de los tres. Y también una excusa, porque si la mujer de Lobato, la última, hubiera sospechado nuestras ausencias, habría suprimido toda sospecha pensando que éramos tres.

— Yo creo que a la segoviana no le importaba.

— No sé qué decirte. Ya sabes que me prestaba las poesías que iba escribiendo. Es una mujer de una sensibilidad muy fina, muy acusada, pero incapaz de reprocharle nada a nadie, y mucho menos a Lobato, de quien estaba, y estoy segura que sigue estando, profundísimamente enamorada.

— En eso tienes razón.

— Pues bueno. Aquella noche, cuando vi descender el pantalón de la Flores, y luego sus braguitas negras, y contemplé esas partes de su cuerpo, tan habitualmente ocultas, que no

era más que una ampliación de lo que nos había enseñado el día del parque, ¿te acuerdas?, cuando nos contó lo de la Liga, me armé de valor porque pensé que lo más osado ya había pasado. La naturalidad con que lo aceptaba me dio tan gran confianza que luego las caricias de las manos de Lobato y las mías, a la vez, por sus muslos, por sus caderas, por el vello rojizo de la Flores, me parecieron tan normales como los rock and rolls que un poco antes había bailado contigo. No olvides que Lobato hace todo con arte, aunque debo decir hacía, sí, y tenía manos de artista. Cerca ya el amanecer, cuando volvimos a la fiesta, de uno en uno, nadie notó nuestra ausencia, o si alguien sospechó algo, no hizo preguntas indiscretas.

— ¿Y dónde estaba yo?

— Tú ya te habías ido, mucho antes. Te fuiste un poco después de haber bailado conmigo.

— ¿O sea que eso fue casi al final?

— El final de nuestra fiesta. La tuya duró menos.

— Y la Flores y tú, ¿qué comentarios hacíais después?

— Nunca he vuelto a hablar de ese asunto con nadie, hasta hoy, que era probablemente el día señalado para contártelo, ni tuvo continuación. Ya sabes que nos hemos visto más veces, los tres, y que ellos han sabido seguir entendiéndose, muy dignamente, y jamás hemos hecho referencia alguna a nuestro audaz encuentro. Ha sido tal el silencio y tanta la frecuencia con que veo a la Flores que si un día ella lo negara tendría que pensar que nunca existió, si es que soy capaz de olvidar que ni antes ni después de aquel día nadie ha rozado mi piel con la delicadeza que lo hicieron ellos.

Ramón, el director, no ha vuelto a su despacho. La sala de profesores languidece abstraída en el silencio y el vacío de las primeras horas de la tarde. En portería no saben nada de él, ni de la tragedia. En la cantina tampoco. El Instituto sigue en calma y Tomás, sin más ayuda, está ordenando los vasos.

— ¿Has visto a Ramón? — le pregunta Andrés.

— ¿El de matemáticas?

— ¡No hombre! Ramón Urrutia, el director.

— Sí. Ha estado aquí tomando café con alguien más, con un policía, creo.

— ¿Un policía?

— No sé. A mí me han dicho algo así. Si no está en su despacho, deben estar en secretaría. ¿Se sabe algo de Lobato? ¿Puede ser que lo hayan matado?

— No. No creo. Nadie sabe nada. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

Tomás, taciturno y conciliador, es la única persona del Instituto que no tiene enemigos porque es incapaz de cultivarlos. Nadie lo ha oído hablar en voz alta. Andrés lo recuerda, años atrás, en la clase de literatura, en su lugar preferido, al final, sin

compañero, alzando la mano con precaución en los momentos más propicios:

— Profesor, por favor, no creo que podamos prepararnos bien el examen del jueves, porque el miércoles tenemos otro de matemáticas, y la profesora no lo quiere cambiar. Si usted quisiera hablar con ella, o pasarlo a otro día.

Aquel curso Tomás era el delegado y hablaba en nombre de los compañeros. Luego, al final de la clase, iba a excusarse:

— Compréndame, profesor, los demás me han pedido que se lo dijese.

Los exámenes de Tomás no eran brillantes, ni estaban cargados de datos, pero contenían un estilo original y acertado, y eso le facilitaba un entendimiento cordial con sus profesores. Tomás acudió a la fiesta de fin de año que organizó Lobato Riesco. Allí descubrió a Ana, una compañera de clase que había pasado el curso voluntariamente al margen, y le pareció perfecta. Ahora trabaja de camarera, como él, en el club de Jazz. Pasó con Ana toda la noche, hasta el amanecer, y luego la acompañó a casa. Unos días después coincidieron en los exámenes de la universidad y se citaron para recoger las notas. Durante mucho tiempo se les vio juntos: a Tomás de bohemio, larga cabellera rizada, serio, sentencioso, y Ana, delgadita, muy ágil, melena lacia, tez morena y una boca ancha, de labios abultados, con una permanente y encantadora sonrisa. Y junto a ellos, muchas veces, casi siempre, Jesús, el amigo íntimo de Tomás, destartado, vestido con desgana, muy hablador. Iban al cine los tres, luego tomaban una hamburguesa y paseaban hasta muy tarde, charlando, comentando situaciones extravagantes, fases de la vida, miserias de la política. De vez en cuando pasaban la tarde en casa de Andrés y, como aparecían en cualquier momento,

Luisa se sentía incómoda, alterada en sus planes que, aunque modestos, por entonces llevaba a término con tenacidad. Por eso la mujer de Andrés les hacía poco caso, y a veces no estaba dispuesta a proponerles una cerveza, claro que no. Pero pronto ellos mismos, con modales que poco a poco fueron refinando, se servían directamente del frigorífico. Casi siempre Jesús preguntaba: *¿Qué queréis tomar?* Y llevaba tres cervezas, una tónica para Tomás y cacahuètes.

— ¡Qué hartura de cacahuètes, Andrés, vamos a sacar cara de mono!, ¿no tiene usted otra cosa?

— ¡No me habléis de usted, hombre!

— Si no le hablamos de usted, no ve, le decimos «Andrés».

**

El director está, al fin, en secretaría. A Ramón Urrutia le gusta estar en secretaría, moverse entre papeles. En casa también le gusta estar, pero menos. Antes sí, a poco de casarse, pasaba horas cambiando muebles, midiendo habitaciones, mejorando las instalaciones de luz, colocando cuadros. Ramón ahora prefiere, con mucho, el Instituto, aunque no tenga intención de confesárselo a nadie. A Ramón le gusta estar en el Centro hasta muy tarde y luego, cuando tiene ocasión, hablar, como quien no quiere la cosa, de su tenaz dedicación: *anoche estuve aquí hasta las diez y media*. Y queda tan satisfecho. Lo que no cuenta es que en casa encendería la televisión y se pondría a dar vueltas del salón a la cocina sin saber qué hacer, o haciendo algún trabajo ingrato que su mujer se encarga de recordarle. Por eso Ramón, en su cargo de director de Instituto, ha encontrado la ocupación ideal de su tiempo: una función sin

horas que se puede alargar o recortar a voluntad, y que le evita ordenar la habitación de sus tres hijas, fregar los platos, arreglar una persiana y algún que otro disgusto familiar. Por eso Ramón ha aprendido a sacarle partido al Instituto, y allí, hablando con unos y otros, entre papeles (y lo que él llama *conflictos*, a veces *conflitos*, sin pronunciar la *ce*) pasa más gratamente las horas, aunque eso no tiene intención de confesarlo nunca. Lo que suele contar, sin embargo, es que el cargo solo le aporta complicaciones.

— ¡Ah... ¡Hombre...! ¡Andrés...! ¡Claudia! ... ¡Contadme!

Ramón tiene buenas palabras para todos, y un arte especialísimo para acertar con los asuntos que más interesan a quien tiene delante. Luego, cuando ya ha agasajado convenientemente, introduce lo suyo con pulida diplomacia. Si no estuviera presente la tragedia, si no hubiera venido nadie de comisaría, le habría dicho a Andrés *¡Qué! ¿Cómo van esas novelas?*, y el profesor aficionado a la narrativa sospecharía que iba a pedirle algo raro, imprevisible y seguramente embarazoso.

Ramón y Andrés son conscientes de la tibieza actual de su amistad, se ha enfriado, y ya no se parece en nada a cuando compartieron las dichas y sinsabores de aquel viaje. Ramón no quería ir, no podía, pero Andrés lo fue convenciendo poco a poco. La idea surgió en noviembre, y la comentó en la cantina. Como faltaba tanto tiempo, Ramón no le dijo nada. Unos días después, un viernes por la tarde, tomando unas cervezas, le hizo decir que sí, un poco a la fuerza, por cortesía. Después se lo recordó varias veces, en periodos cortos, y Ramón iba comentándoselo al mismo tiempo a su mujer, día tras día.

— Mira, que Andrés ya tiene el itinerario.

— ¿Qué itinerario?

— Sí, mujer, el del viaje de estudios.

— No si ya verás, si al final te irás...

Y ella estuvo menos dura de lo que él esperaba; en caso contrario hubiera estado dispuesto a sacrificarlo todo por evitar el trance. Pero Carmen también llegó a hacerse a la idea porque, a fuerza de repetir y recordar, no encontró excusas justificadas para impedirsele. Y una madrugada de abril le ayudó a preparar el equipaje. Ramón se presentó puntual a la cita y durante quince días, de ciudad en ciudad, no dejó de contarle anécdotas a Andrés, insignificantes, unas veces, misteriosas otras, pero todas llenas de encanto, un encanto que él, el marido dominado, sabía descubrir con ingenio fácil lejos de la férula de su mujer. En aquel viaje descubrió Andrés que Ramón llevaba dentro un hombre sugestivo a quien habría frecuentado eternamente si, una vez más, Luisa no hubiera vetado a su mujer. ¡Qué mujer! Los invitaron a cenar un par de veces, y no paró de hablar en toda la noche:

— Qué tal las vacaciones —preguntaba Carmen.

— Pues... —contestaba Luisa con prudencia deseosa de ofrecerle un par de frases que las describiera.

Pero sin dejarles tiempo para seguir, Carmen interrumpía:

— Pues a nosotros nos ha ido muy bien en la Costa Brava porque hemos alquilado un pisito, un chalet, diría yo, muy cómodo...v bueno... fabuloso... tenía unas vistas...

Y las contaba enteras, hasta el final, y si alguien tímidamente apostillaba algún dato, ella insistía con vehemencia, alzaba la voz, gritaba, se repetía hasta la saciedad... De vez en cuando se apoyaba en su marido:

— ¿Verdad que sí, Ramón?

Y Ramón, con la cabeza baja, contestaba que sí, claro, y se encendía pacientemente otro cigarrillo.

Ahora Ramón y Andrés se ven menos, casi nada. Ni siquiera podría hablar Andrés del curso en que están sus hijas. Cree que la mayor hace Filología moderna, tal vez inglés, y de la otra sabe poco... De la tercera ni siquiera recuerda si sigue en el Instituto.

Lobato no ha muerto en su domicilio. Ha sido encontrado en una casa desconocida, ajena a las de los amigos que solía frecuentar. En la puerta del despacho de Ramón hay un rótulo de letras blancas sobre fondo negro, atornillado, en el que se lee: *Director*. Andrés ha pasado por allí muchas veces, pero en los últimos años una tendencia incontrolada lo incita a evitarlo. El despacho es una habitación sin un solo cuadro, con una estantería repleta de libros y papeles, muy desordenada. El director sabe recrearse en el desorden, por eso suele decir con orgullo que él se entiende. En aquella dependencia Andrés había soñado, tiempo atrás, con decenas de proyectos, unos de antes de la jubilación del antecesor de Ramón, don Atilano Martínez-Paz, y otros el año después, el del desconcierto. Luego ya, cuando todo hacía indicar que iba a ser suyo, llegó la votación de aquel claustro improvisado, tan repleto de improcedencias, tan desatinado en intervenciones, aquel claustro que mejor habría sido que se quedara mudo. ¡Cuánto ha hecho por olvidarlo y qué grabado lo tiene, sin embargo, en la ingrata memoria! ¡Cómo no se le había ocurrido pensar en Ramón Urrutia, en

esa alma de Dios tan querida por todos, tan incapaz de hacer mal a nadie!

El policía lleva una corbata negra y una chaqueta vieja y arrugada. No tiene tipo de inspector. A Andrés le recuerda a otro inspector, al del ministerio, al que traía una chaqueta bien puesta y que se presentó también en el Instituto como este, sin avisar, y lo saludó con afecto; ya se conocían de otras veces. Se tuteaban.

— Andrés —le dijo el otro inspector, el académico— tenemos un asunto delicado, y sé que nos puedes echar una mano. Perdona que te hayamos llamado con tanta urgencia.

Hablaba en plural porque incluía a Ramón Urrutia. Se imaginó que algo raro iban a pedirle y empezó a creer, y luego confirmar, que habían preparado una trampa, y no supo qué hacer. Y como no había hablado con los compañeros, no quiso contestar, aunque le pidieron que colaborara de inmediato y que firmara el documento que exculpaba al director y que *afectaba* (eso decía) el escándalo (el provocado por la mujer del director) a la incontrolada y difícilmente explicable *locura* (¿quién había dicho que estaba loca?) de la mujer del director, de Carmen. Ahora, con este inspector, el de policía, a lo mejor no tiene que comprometerse tanto.

El año en que el Partido socialista ganó las primeras elecciones democráticas, Ramón y Andrés conservaban todavía un trato afable, incontaminado de odio, y una vitalidad que se manifestaba en la desinteresada colaboración en todos los asuntos de la cotidianeidad. Los encuentros obligados se producían en la cantina, a la hora del recreo, en medio de los profesores an-

tiguos del centro, tan castigados por la monotonía y la convivencia, tan ensombrecidos por el tedio. Los encuentros espontáneos, sin embargo, surgían, sin acuerdo previo, en el mesón de General Ricardos, a dos pasos del Instituto. Sabían que Lobato pasaba por allí, y eso daba cierta seguridad al desplazamiento. Hablar con Lobato Riesco, un profesor desencantado de lo conveniente y de lo indecoroso, siempre podía tener algo de intrigante. Luego llegaban ellos y, los tres, emprendían una animada tertulia. Lobato tenía una extraña capacidad creadora para transformar todos los actos en prudentes y al mismo tiempo agudos chistes, para ironizar sobre los hechos más triviales del día, y eso, muchas veces, sin la ayuda de sus chatos de tinto o sus copas de coñac. Ramón, por su parte, se refugiaba en la opinión intelectual, llena de gracia, y con fino sarcasmo y una buena dosis de sabiduría. Desde su puesto de profesor de física parecía poco capacitado, pero Ramón era por entonces un inveterado lector, con madera, además, de poeta. Andrés, el eterno atormentado, tenía ratos de fructífera fluidez y de un agudísimo sentido crítico. Luego se unían Claudia Pardo y Mary Flores, tan dispuestas a aceptar cualquier tema de conversación, tan receptivas para todo tipo de agudas bromas, sobre todo cuando iban envueltas en galantería. Claudia y Mary Flores añadían a la reunión cierto prestigio y, a la vez, un aire de seriedad. Claudia y Ramón, compañeros del departamento de Física, tenían también en común la pasión por la poesía. Esporádicamente pasaba por allí una profesora de inglés que iba, sobre todo, para oír, porque hablaba muy poco. Mantenía con inconsciente voluntad una mirada que se quedaba fija en quien tuviera en ese momento la palabra, y así descubrió que a Ramón le crecían en las cejas algunos pelos mucho más largos

que los demás, y que destruían la uniformidad de sus ajustadas hileras. Y entonces ella, de vez en cuando, se los arrancaba de un tirón. A Lobato le hacían mucha gracia esos tirones de pelos, y jugaba con la idea del afecto y la veneración de la profesora de inglés por los pelillos de las cejas del profesor de física. También hubo épocas en que Miguel de Arístegui pasaba por el Mesón, y tenía un estilo exquisito, creativo, aunque, como decía Lobato, no siempre con gracia. La tertulia del mesón de General Ricardos se mantuvo fresca y viva durante algunos años. Nadie podría juzgar hoy en qué medida incidió el nombramiento de uno de sus miembros como director del Instituto en su rápida e irremediable desaparición.

El propio Ramón ha traído una silla más a su despacho. El visitante quiere hacer unas preguntas a Claudia y Andrés. A Ramón ya se las ha hecho, por eso los deja solos y vuelve a secretaría. Quiere saber, primero, si conocían a Hipólito Lobato Riesco, y si se consideran compañeros de él y además amigos, y si saben si era un hombre proclive a frecuentar otras mujeres, ya entienden ellos, otras mujeres dedicadas a engañar a los hombres, y a sacarles todo lo que pueden. Claudia y Andrés dicen que no, que eso sí que no. Lo de las mujeres, tal vez, pero no cualquier mujer, y mucho menos ese tipo que está describiendo el policía, y le dicen también que quieren saber lo que le ha pasado al profesor, y dónde está ahora, y por qué no consiguen localizar a la viuda. Pero el inspector, con respeto, les pide calma porque él es quien está más interesado en aclarar lo sucedido, y les promete que más tarde les dará algunos detalles

de interés. La última vez que lo vio Claudia fue allí mismo, en el Instituto, uno de los últimos días que vino a clase, y no sabía si ahora tenía o no la barba crecida. Andrés había hablado con él recientemente, por teléfono. Parecía estar muy decaído y particularmente triste. No, no se quejaba de nada concreto, pero sí de todo, y tampoco cree que se sintiera acosado por nadie, más bien piensa que se trataba de un conflicto consigo mismo porque él, en su afán de superación, estaba en permanente estado de ansiedad. No tenía, que ellos sepan, dificultades económicas, al contrario. Desde que vivía en Pozuelo, y quizá desde mucho antes, desde que empezó a vender esculturas por encargo, la inestabilidad había desaparecido, y en cuanto un posible desequilibrio en su instinto sexual, ellos, aunque creen que no, lo ignoran. En lo de apasionado, sin embargo, sí tiene razón el policía, y Andrés le explica, si es que así puede poner luz al trance, en el caso de que exista algún conflicto, que Lobato había pasado la vida interesándose por todo lo que hubiera a su alrededor, vivo o inerte, material o abstracto, y por eso ha convivido con tres mujeres, ha desempeñado variados y diversos empleos, y ha dedicado su tiempo libre a las actividades más insospechadas, pero lo cree incapaz de mezclarse en negocios sucios, ni siquiera en instintos desequilibrados. Sí, claro que sí, Andrés lo había conocido mucho antes que Claudia, incluso muchos años antes de que fuera profesor del Instituto, y de su estancia en el pueblecito de Cáceres donde Claudia lo conoció aunque, en los últimos meses, ella hubiera tenido más amistad con él. No, Lobato no tenía enemigos en el Instituto, ni en ninguna parte. Ni siquiera tenía en contra a su ex-mujer Mary Flores, ni a su antigua compañera Maxim, de quien no saben nada desde hace años, muchos años.

*** **

El claustro del nombramiento de Ramón como director no alteró para nada las amistosas relaciones con el candidato derrotado, ni con los demás. Su despacho se convirtió en un lugar donde Lobato Riesco, el propio Andrés Serrano, Claudia Pardo y Mary Flores acudían a gastarle bromas. Nunca, sin embargo, hicieron comentarios, ni a nadie se le ocurrió aludir, en ningún momento, ni por referencias segundas, a la infundada derrota del candidato Andrés Serrano quien, por otra parte, se había impuesto la disciplina de no recordar los hechos, ni siquiera nombrarlos, y al mismo tiempo apoyar incondicionalmente, en cualquier situación, las decisiones del nuevo director. Y lo cumplió con tal firmeza que llegó a convencer a su propia mujer, a Luisa, para que aceptara, muy a su pesar, compartir con Ramón y Carmen las tradicionales veladas entre matrimonios para cenar, y luego ir al teatro. Y Luisa y Carmen fueron capaces de entenderse, aunque solo fuera para hablar de electrodomésticos y películas, mientras Ramón y Andrés aceptaban resignados, convencidos de que estaban ante un mal, sí, aunque menor. Carmen cocinaba con talento y los invitaba a cenar los viernes, o los sábados, a veces también con otros profesores. Carmen no solo hablaba, sino que, para hacerse notar, contaba todo a gritos, para que la oyeran bien, para dejar patente su presencia. Y si alguien no comentaba algo sobre lo que ella acababa de decir, lo contaba, sin inquietarse, otra vez, hasta convencer al interlocutor de que debía de hacer un comentario. Y que a nadie se le ocurriera poner en duda su opinión, porque entonces empezaba a defenderla apasionadamente, con chilli-

dos enaltecidos, o como fuera, durante toda la reunión, y muchas veces volvía a insistir en el encuentro posterior. En cierta ocasión Andrés cometió la imprudencia de hablar de las dificultades del profesor frente a todas las demás profesiones, y ella, que había trabajado unos años en un laboratorio de productos de limpieza, dedicó la velada a arengar a favor de la mucha rudeza de aquel trabajo, sometido a un horario estricto, a unos jefes intransigentes, a una responsabilidad ilimitada; y aunque nadie le quitó la razón, repitió las mismas ideas, las gritó cada vez más fuerte, imponiéndolas, con la violencia de la palabra, con el apoyo de los gestos, con los movimientos de su abultado cuerpo, con el chirrido de un inaguantable timbre de voz, hasta desatar la ira de Luisa que se prometió no volver a verla más. Y aunque Andrés le explicó con solícitas palabras que Carmen no siempre iba a ser así, que se calmaría, que ella misma había de darse cuenta, Luisa, en tono inapelable, le dijo: *Si quieres salir con ellos, los llevas al restaurante*. Por eso cuando todo parecía ir viento en popa, las citas dejaron de producirse y la amistad se enfrió. Alguna vez, en los pasillos del Instituto, se decían Ramón y Andrés: «Oye, a ver si quedamos un día de estos». Pero la intención no llegaba más lejos, y mientras tanto el tiempo se encargaba de ir borrando las huellas.

Andrés duda que Ramón, aunque no ha mediado conflicto alguno, conserve la misma franqueza que hace unos años. Andrés cree haberla perdido y ahora, tal vez, no soportaría ni una cena con él. Ramón, sin embargo, se atrevió, hace pocos días, a pedirle lo imposible, seguramente en un arrebatado desesperado por remediar lo irremediable.

El policía le ha pedido a Andrés que le cuente, en el orden que quiera, todo lo que sepa sobre Lobato y que crea que pueda ayudar, si se necesita, a esclarecer si su repentina y extraña muerte hubiera de ser objeto de una investigación más detenida, aunque no lo cree, pero nunca se sabe.

Andrés conoció a Lobato, y así lo cuenta, a las pocas horas de llegar a la ciudad, a Madrid, y fue su compañero de pensión. Corría el final del verano de 1972. Por entonces era un tipo entretenido y raro cuya vida tenía más de intrigante que de metódica. No sabe bien de qué vivía, pero él contaba que se iba a Estoril, de vez en cuando, y se gastaba en el casino unos escudos que la mayoría de las veces se convertían luego en pingües beneficios porque, según él, había perfeccionado un sistema infalible que solo exigía dos condiciones: tener un amplio fondo de dinero, y carecer de miedo y escrúpulos. Disponía de lo segundo, los fondos eran más difíciles de lograr. Tenía su domicilio en aquel piso amplio de estudiantes de la calle Atocha, y jugaba para otro, para alguien que tenía dinero, pero también miedo y escrúpulos. No, no sabía que tuviera profesión alguna por entonces, salvo su irregular asistencia a la Escuela de Artes. Ocupaba una habitación individual -la única del piso con una sola cama- y solía vestir con elegancia, aunque casi siempre con camisas blancas sin planchar. Unas veces decía haber nacido en Madrid, en el barrio de Lavapiés, y que sus padres, ya retirados, estaban viviendo en el pueblo de sus abuelos, cuyo nombre Andrés no recuerda, pero sabe que debía pertenecer a la provincia de Toledo, cerca de la ciudad. Otras veces había contado que él mismo era de ese pueblo, y que allí pasaba, con sus padres, los fines de semana que su protector y

socio no le pedía que se acercara a Estoril o a Biarritz. Era Lobato un tipo simpático, pero tan cargado de enigmas que, para los demás, parecía un rico hombre de negocios temporalmente alojado en un piso compartido, tal vez para no tener que declarar su identidad en los hoteles. No, no frecuentaba los restaurantes caros ni invitaba nunca a nadie. Muchos días no desayunaba, y se pasaba la mañana absorto en la lectura de un libro.

— ¿Cómo puede ser que, siendo, como fue, amigo suyo — dice el inspector— tenga datos tan confusos de su vida?

— Lo de la amistad vino de manera inesperada. Si yo le hubiera hecho preguntas indiscretas no habríamos congeniado. Digamos que compartíamos una afición común: él me prestaba sus libros, y yo les facilitaba los míos, y luego, él me hacía leer sus relatos, y yo sometía los capítulos de mi novela a su consejo. Por eso se nos veía juntos, pero pocas veces hablábamos de nosotros mismos, casi siempre de literatura, o de política. Su vida era misteriosa, es verdad, pero lo mismo podría haber pensado él de la mía, por la que nunca se interesó. Cuando empezaron las clases, algunas veces, pocas, nos íbamos juntos andando hasta la Puerta del Sol, y luego cogíamos el metro hasta Moncloa, y después el autobús. Aquel año que yo empecé, él estaba en tercero. Se bajaba en la parada de la facultad de Física, pero solo duró unas semanas. En realidad, más que estudiar, le gustaba leer, devorar novelas. Luego dejamos de ir juntos porque se matriculó en la Escuela de Arte. Creo que allí resistió mejor.

— ¿Y de chicas? ¿Sabe usted si salía con alguna chica?

— Sí. Sé que se iba muchas veces con una inglesa que vivía por Gaztambide. Por entonces Lobato no hablaba de sus amores más que con brutalidad, y de su relación con ella solo des-

velaba, a veces con lenguaje soez, sus veraniegas y exultantes noches de amor. Durante tres años fui descubriendo los entresijos de su manera de ser: elegante y fría, turbulenta y cruel, sistemáticamente envuelta en la duda, enamoradiza, distante a veces, sorprendentemente franca cuando menos lo esperaba, contradictoria, y resueltamente imprevisible. De vez en cuando desaparecía dos o tres días, tal vez, como él decía, para ir a Estoril o Biarritz. Y luego volvíamos a verlo con talante optimista, extrañamente correcto, aunque aquella vez le hubiera tocado perder, si es que realmente había ido a jugar al casino. Frecuentaba en sus ratos libres, y yo lo acompañé alguna vez, un taller que un escultor muy viejo, amigo suyo, tenía por Carabanchel, y a veces, aparecía por el piso con alguna figurita rara, inexplicable, pero que, según él, contenía la quintaesencia del arte, y que siempre explicaba con alguna dimensión erótica. Un día inesperado, a los pocos de la muerte del anterior jefe de estado, desapareció para no volver más a aquella pensión o piso de Atocha, 83. Se marchó sin decir nada, sin llevarse todas sus pertenencias, casi como si fuera una vez más al casino. Quise entender, aunque no tenía razones, que estaba comprometido, en secreto, con alguna actividad política, pero unos meses más tarde, cuando me llamó por teléfono, rechacé la sospecha por disparatada. Me pidió, con buenas palabras, que, si no era demasiada molestia, tuviera la amabilidad de llevarle sus libros a un pueblecito de Cáceres donde estaba haciendo un trabajo que había de elevarlo a la fama, sí, a la calidad de consagrado.

**** *

Los acontecimientos que provocaron el descrédito que estuvo a punto de costarle a Ramón el puesto (que seguramente ya no conservará el próximo curso), se iniciaron por una escena de celos que sigue dando que hablar todavía a algunos, a los que quieren hacerlo, que ya son pocos. El escándalo comenzó porque una tarde, cuando en el Instituto debían quedar ya muy pocos, se oyó, en el despacho del director, la voz inconfundible de su mujer, Carmen, que, a gritos, llamaba *puta, más que puta*, con toda su energía, a un desconocido personaje. Así como los alaridos de la mujer de Ramón parecían corroborados, no existía unanimidad acerca de la receptora de los insultos, y se ofrecieron dos versiones: la primera aseguraba que se trataba de una profesora de inglés de escasos escrúpulos y vida ligera, amante secreta del director desde sus primeros tiempos; la segunda, lanzada por los enemigos de Ramón, que consta que empezó a tenerlos con el cargo, adjudica la autoría a una ex-alumna casquivana que ya había trastornado también el plácido transcurrir de los días de más de un profesor. Nadie puso en duda (erróneamente) que Ramón había trasladado a su propio despacho los placeres que antaño correspondían al hogar, y eso aunque no se conocieran en él precedentes de un desordenado y extra-conyugal deseo. Hubo una tercera versión, defendida por muy pocos, que quiso exculpar al acusado pretextando la regular histeria de Carmen y su incondicional tendencia a gritar ante la menor sospecha. El propio Ramón, cargado de sinceridad, reconoció su libidinosa tendencia sin desvelar la identidad de su amante, y sin advertir que dejaba libre la imaginación de los demás para cualquier sospecha. Pero, eso sí, aseguró que la tarde del escándalo en su despacho no había nadie más que él y Carmen, su propia mujer. Entre las profesoras candidatas al

anunciado merecimiento destacaron, según las anónimas atribuciones, Mary Flores, que seguía viviendo sola y, por otra parte, la profesora de inglés que se dedicaba, en la época de las tertulias, a arrancarle los pelillos largos de las cejas al que había de ser director y por entonces solo era profesor de física. Con la segunda se dudaba del sentido estético de Ramón. La profesora nunca se había preocupado de poner en relieve sus encantos. Un feminismo exacerbado y mal entendido la conducía al abandono más singular de las dimensiones irregulares de su cintura, y también de sus vestidos (sucios, antiguos), y de cualquier cuidado del cabello (corto, grasiento, agrisado), o de sus modales y movimientos (bruscos, inapetentes). De Mary Flores, sin embargo, cabía esperar todo, y aún más con la soledad en que había quedado tras el abandono de Lobato, pero también la sinceridad. Y ella misma declaró, con gran calma, que ni tenía nada que ver con esos asuntos, ni le interesaban.

Y en el caso de que ni la profesora de ciencias naturales, ni la de inglés estuvieran implicadas, todas las demás, unas con más méritos que otras, pasaban a ser candidatas, pero la indagación, que nadie se propuso, era un asunto de especialistas. Por fin un tema frívolo, pensaron muchos, pasó a formar parte de las conversaciones diarias, con todas sus posibilidades abiertas. Un profesor oriundo de las islas Canarias, de gestos escasamente masculinos y desasistidos de hombría, de lo que, además, se sentía orgulloso, había tomado la costumbre de entrar en la sala de profesores diciendo:

— Yo no he sido, pero no me habría importado serlo...

Y lo decía en diversos tonos, según el día, y según la hora. Algún alumno anónimo, al que llegó el eco, dibujó en la pared un enorme falo acompañado de la palabra *dire*, y no había con-

versación en la que no se creara con el tema un chiste ingenioso. En un pasillo, a la salida de clase, Mary Flores le dijo a Andrés Serrano, muy cerca del oído:

— ¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez Jota Punto sea Ramón?

Y él no supo qué contestar. El asunto dio un giro repentino y pasó de lo frívolo a lo, tal vez, cruel.

No se habría avivado tanto el escándalo si Ramón, o su secreta amiga, hubieran desvelado de inmediato su identidad, porque a los pocos días, falto de gracia, se habría olvidado. Y no es que los cultivadores de la anécdota se sintieran interesados por la vida privada del director, sino por el enigma que, a modo de juego, como un jeroglífico, iba de corro en corro con graciosas listas de candidatas.

La noticia se había extendido tanto que una voz insidiosa la había hecho llegar, por teléfono, a oídos de la inspección. La honorabilidad del jefe del centro quedó irremisiblemente menoscabada. Los amigos de Ramón, para recuperarla, quisieron hacer un informe en el que se hicieran constar las deficiencias mentales que sin duda habían provocado el griterío de la señora del director quien, presa de un exceso de celos, se había introducido en el Instituto para representar una farsa que provocara un injustificado escándalo. Y todo para atraerse la atención doméstica de su marido, tan atareado en los últimos años en asuntos académicos hasta altas horas de la noche, y tan proclive a dejarla sola en casa de manera continuada y tan despreciativa. Para atestiguar la veracidad del documento se añadirían las firmas de los profesores que quisieran defender la honorabilidad de su director. Ramón había pensado, en el último momento, que si la firma de Andrés Serrano, que tan bien conocía

a Carmen, encabezaba el listado, la adhesión sería mejor entendida y más numerosa. Ningún profesor dudaba de la honradez del director, quien había reconocido delante de algunos compañeros, y en un tono inconfundiblemente sincero, que había existido algo, era verdad, pero que ni la tarde del escándalo estaba ella allí, ni tenía la costumbre de concertar citas en el Instituto. La sorpresa de aquel día fue para Andrés encontrarse de nuevo con Ramón, cara a cara, como si no hubiera habido un vacío de años, con la voluntad de reanimar el pasado precisamente para pedirle que acusara de enferma nerviosa a su mujer, a Carmen, con quien tantas veces había compartido la mesa.

*** **

— ¿Y le llevó usted sus libros a ese pueblecito de Cáceres?
— le pregunta a Andrés.

— Sí, se los llevé. Se los llevé porque, aunque por entonces tenía ciertos celos, habíamos estado mucho tiempo juntos, y compartido infinitas ideas sobre novelas, y sobre muchas cosas más. Atesorábamos opiniones afines y raros enfrentamientos, nos animábamos leyendo lo que escribíamos, y eso me acercaba a él tanto como me alejaba su proceder con las mujeres y con los compañeros del piso, y su talante chulesco, arrogante y, en gran medida, comodón. Nos pedía dinero, y se lo dábamos con cierto miedo porque todos sabíamos que se lo gastaba en el casino. Luego lo devolvía, sí, pero él, sin embargo, no se prestaba fácilmente a corresponder con otros favores que no fueran su agradable charla.

— ¿Qué hacía en Cáceres?

— Por las mañanas pintaba lo que el párroco le había encargado, unas figuras algo *naif* y con tonos azules, muy uniformes, muy poco teñidos; y por las tardes escribía sentado en un rincón del salón, junto a una estufa. Se alojaba en una casa grande que una feligresa había cedido desinteresadamente a la Parroquia. En tres o cuatro habitaciones no entraba nunca. Por aquellos días conocí también a Luisa, mi mujer. Lobato me había advertido, por teléfono y con arrogancia, que me iba a presentar lo mejor del pueblo, de la provincia y de España entera. Y que me la dejaba a mí porque él, tan ocupado ya con Maxim, cuya compañía le proporcionaba por entonces una formidable calma, no podía incluirla en su vida más que de manera superficial. Maxim era la inglesa, la mujer de quien tanto había hablado en Madrid, en el piso, para describir alegremente sus británicos encantos. En el pueblo, para evitar habladurías, la había presentado como su legítima esposa. Pero eso tal vez a usted no le interese mucho.

— No importa, no importa. Puede contar todo aunque parezca que no interesa. Nunca se sabe. Ya sacaré mis conclusiones.

El director del Emilio Castelar, heredero legal de don Atilano Martínez-Paz, había intentado en vano, como su antecesor, ganarse la confianza. El cargo desgasta, corroe, y lo que Ramón Urrutia había ganado en liberación hogareña, o más bien en independencia de su mujer, lo había perdido en amistades. Ya no existían tertulias, ni conversaciones libres de recelos, de malentendidos, ni esas palabras cálidas, diarias, que contienen

una enorme carga afectiva y ayudan a llevar con mayor optimismo la jornada. Lobato Riesco también había perdido el humor, no se sabe muy bien por qué, y estaba en constante cambio. Miguel, Claudia, Andrés y Mary Flores seguían viéndose, pero ya había pasado la época incontaminada de odio. Ramón había sido pieza fundamental de un engranaje ahora tan deteriorado. El talante del Ramón que, tras largo silencio, le pidió a Andrés, a la desesperada, una firma simbólica, así, por las buenas, como una deuda impagada, ya no podía ser el mismo. Le había cambiado el tono de voz, le crecían unas cuantas canas y empezaba a desguarnecerse su cráneo. Un Ramón sin familia, pensó Andrés, porque detesta el hogar, porque no tiene mujer, sino un estorbo, porque no tiene trabajo, sino una pesadilla, porque ha perdido el humor para cambiarlo por la ambición y el único solaz, el único consuelo lo encuentra en ocultar lo que más da sentido a su vida. ¿A dónde ibas, Ramón? ¿Qué hacías pidiendo una firma estúpida a un viejo amigo? ¿Qué está pasando por tu mente? Es Carmen, tu Carmen la que está contagiándote la locura. Si no reaccionas pronto te vas a destruir preso de tus propios mecanismos. Reacciona, Ramón, estás cayendo en la red de la venganza de Carmen. Tienes que volver al Mesón de General Ricardos porque allí nacen las ideas, allí se gesta la vida, allí se aprecia el mundo, allí se oculta el vellocino de oro, lo que queda de la caja de Pandora... Mira, Ramón, uno no puede saber si el cargo de director es mejor que el de cliente asiduo del mesón de General Ricardos porque no tiene la posibilidad de experimentarlo previamente. Cuando elegías el primer camino, no hacías más que desechar el segundo, como cuando te decidiste por Carmen... dejabas de lado a todas las demás.

El director y su mujer, años atrás, parecían destinados a una vida sin obstáculos. Los dos fueron alumnos becados en el bachillerato, obtuvieron brillantísimos expedientes en la facultad de Física, alcanzaron los primeros puestos en las oposiciones, y tuvieron acceso a los más apetecibles puestos. Él había sido el hombre despistado, conformista, ella la mujer de iniciativas que iba marcando el camino: *Ramón, lo tuyo es la universidad*. En los primeros años de matrimonio se impusieron una austeridad, probablemente inadvertida, que había de conducirlos al éxito. Ramón se despertaba al alba y, con la ropa que acostumbraba a dormir, medio desnudo, abría un libro y se olvidaba de los quehaceres inmediatos. Carmen se encargaba de señalarle las horas:

— Que tienes clase a las nueve.

Y entonces él, en un cuarto de hora, se preparaba y salía corriendo. Había llevado esa tendencia natural hasta el extremo de ocultar el libro cuando oía los pasos de Carmen por el pasillo, como si se sintiera culpable. La vida de Ramón transcurría en el mundo de sus libros, en sus paquetes de folios repletos de ecuaciones, en sus utensilios para observar el cielo. La vida de Carmen, también de manera inadvertida, huía hacia la ambición. Cuando quedó vacante el puesto de don Atilano Martínez-Paz, Carmen hizo sus planes:

— Eso es para ti, Ramón.

Y solo a partir de entonces el celo de ella, tan lejos de sus anhelos iniciales, se convirtió en pesadilla: vigilaba sus entradas y salidas, registraba la ropa, controlaba su intimidad, y así empezaron a cambiar los significados de las percepciones inmediatas, a contaminarse de celos.

***** * *****

— Mire usted, no sé si le servirá de mucho, pero quiero decirle que Lobato Riesco estaba cargado de sentimientos de amor y odio hacia todos y hacia todo. Por eso unos días se interesaba por añadir algo nuevo a su novela, otros por terminar de una vez la pintura, otros por aprender algo de la lengua tamil, para su viaje a la India, otros por su apasionado cariño a la inglesa, que razones no le faltaban para quererla tanto, otros por hablar con un campesino que sospechaba que había de ser muy interesante, otros por fotografiar lo que iba dibujando, para ver el progreso, otros por investigar los vestigios romanos de un pueblecito limítrofe, otros, los menos, por casarse por la iglesia para poder reunir a todos sus amigos en la ceremonia, otros por esculpir enormes figuras de hierro y, muy pocos, por terminar la carrera que, como usted debe saber, nunca llegó a concluir. Aunque pudo volverse antes, pasó allí casi cuatro años de reformas de arte, o de supuesto arte, que eso era muy discutido. No solo fueron las pinturas, también la restauración de la rejería. Lobato servía para todo. De Estoril y Biarritz nunca más volvió a hablarme, pero sé, por la inglesa, que viajó allí alguna vez más, o al menos a ella le dijo que había ido, aunque quizá solo pretendiera ocultarle algún escarceo. El hecho es que Maxim no lo acompañó en el viaje que realizó a la India, aunque estaba previsto que lo hiciera. Probablemente hubo un mal entendido entre los dos, o tal vez una rara infidelidad de Lobato, o alguna otra cuestión que él, aunque pretendió explicarme, porque me contaba muchas cosas, a veces descabezadas, nunca quiso aclararme del todo. La inglesa cogió un día sus pertenencias y desapareció.

- ¿Sabe usted si se volvió a Inglaterra?
- No, no lo sé.
- ¿Piensa usted que tal vez viva todavía en Madrid?
- Ya le digo. No sé nada de ella.
- ¿Cree que por alguna razón ella, la inglesa, podría haber querido vengarse de algo?
- No, yo creo que no, pero... a decir verdad sería incapaz de asegurar nada.

**** *

A poco de volver de aquel animoso y fructífero viaje de estudios, un atardecer, Ramón dijo a su compañero, y por entonces amigo, en el mesón de General Ricardos, con un vaso de cubalibre de ron en la mano:

- ¡Coño, Andrés, me he enamorado!
- Y lo dijo así, de golpe, sin mediar palabra, como quien da la hora, como quien saluda, como quien dice *¡qué buen día hace hoy!*
- ¡Otra vez, Ramón! —le contestó poco orientado.
- ¡Joder! Te juro que no me lo he buscado, que ha venido muy a pesar mío.

Y no le faltaba razón. La vida no suele cambiar cuando uno lo desea, sino cuando menos se espera, y Ramón Urrutia no lo esperaba el día en que se presentó en la casa de la supuesta receptora de sus impulsos, una compañera de un amigo, decía, para recoger un libro de física, de Hoyle, un libro por entonces recientemente traducido al español. Sí, a ella la conocía, claro que la conocía Ramón, ya la había visto alguna vez. Vivía en un pisito con un salón, que es lo único que vio, muy recoleto. Lo

había invitado a una taza de té y unas pastas muy finas, y escasas, porque ella compraba pocas cantidades para no tener que tirarlas. Vivía sola. Ramón y ella, la del Hoyle, en acuerdo implícito, habían prolongado la charla más de lo que la delicadeza de la visita parecía sugerir y, cuando vinieron a razones, el silencio y la calma de la noche, ya avanzada, los había sorprendido todavía uno frente al otro, compartiendo el interés por igual entre el espacio sideral y los elementos que conforman la materia. Y entonces Ramón se levantó precipitadamente mirando el reloj y explicándole a ella, a la amiga del amigo, de qué manera tan inadvertida se le había pasado el tiempo. Pero en la puerta de salida, y aquí aducía él su inocencia, al despedirla, le extendió la mano y, en una indecisión tan frecuente en él, también se había aproximado a ella para besarla, temeroso de no cumplir certeramente con el rito que ella, la mujer, deseara. Después, y aquí viene la clave del amor, que no en la física de Hoyle, por razones que Ramón no sabía interpretar, se encontró de golpe abrazado a ella, de pies a cabeza, con el hombro en el suyo, con los brazos en no sabe qué lugar de sus espaldas, con el pecho en el pecho... y ella... ella primero apretó muy fuerte, con desesperación, y luego le empujó con una mano en la puerta y otra en él, luchando por despedirlo o atraerlo, que aquello tampoco lo había entendido. Y Ramón se fue aquella noche, salió del pisito después de haberla visto enrojecer, de vergüenza o de lo que fuera. Y él bajó las escaleras, porque no se atrevía a esperar el ascensor, con un incontrolable temblor de piernas, desde la ingle hasta el tobillo, sí, hasta el tobillo, preso de un estremecimiento que le había invadido también el cuerpo entero:

— Cuando iba por las escaleras, Andrés, me di cuenta, por el trepidar de los tobillos, de que acababa de convertirme en un irredento prisionero del amor.

Ahí podría haber acabado todo, tenía que haber acabado porque ni Ramón, ni ella, habían convenido ningún plan para el futuro, y habría sido así si dos meses después, cuando parecía que el abrazo fortuito se había olvidado, no hubieran convenido verse para comer un día, otra vez, por lo de Hoyle. En esta segunda oportunidad no hubo que recorrer lo andado, no hizo falta, porque parecían destinados a entenderse. Así fue como Ramón empezó una nueva vida con amante.

El, el amante, y ella, concertaban primero sus citas, tan difíciles, tan injustificables, tan rápidas muchas veces, ocultas en una salida de compras, en una inexistente reunión, en una entrevista con un vendedor de libros, en una supuesta cena con compañeros. Luego ella le abría las puertas sin previo acuerdo, cuando él pudiera, cuando encontrara unas horas de innecesaria justificación y así fue como Ramón empezó a crearse obligaciones: conferencias en la Biblioteca Nacional, vocalía de cualquier revista, socio del Ateneo... Y a convertirse en un gran ma-
drugador: algunos días la despertó a las seis de la mañana. Ella, la amiga del amigo, le propuso un doble de la llave, pero él, el amante honrado, la rechazó: solo podría acarrearle problemas. Luego todo había de complicarse porque la amante exigía que permaneciera a su lado después, una vez llegados al final de la velada, y hasta mucho más tarde. Y luego exigía que, al menos una vez al mes, se quedara toda la noche con ella, sí, durante toda la noche, y así extremaba la ambición del hombre compartido. Ramón entró en una fase de indescriptibles sensaciones, de inexorable desesperación y de duda, de continua duda. A los

pocos días fue elegido director del Instituto en aquel improvisado claustro.

*** **

— Cuando volvió a Madrid ya tenía definitivamente claro que iba a vivir como un bohemio, sin profesión, aunque él quería decir sin horario y con la firme intención de vender las esculturas que, por entonces, ya habían ganado terreno frente a todo los demás. Se hizo cargo del taller de Carabanchel que le compró a la viuda del viejo escultor y, por unos días, se instaló en mi casa, en la habitación del despacho. A Luisa no podía importarle la presencia de aquel invitado a quien había conocido antes que a su propio marido. Pero ahora ya no le era simpático, ni agradable, aunque no tuviera contra él nada que se pudiera explicar. Para no molestar, o hacerlo sin que se notara, sus libros, su equipo de música y algunos muebles se los llevó al taller. Muchos días se iba sin desayunar y volvía ya cenado, cuando Luisa ya se había acostado, y ni siquiera me hablaba de lo que había hecho durante la jornada. Charlábamos sobre alguna noticia que nos llevaba a alguno de esos asuntos abstractos que siempre aparecen: que si la pobreza, que si los límites de la vida o el sueño y el ensueño. Hablábamos hasta muy tarde, y luego Lobato me pedía que lo despertara temprano. Pero muchas veces, cuando golpeaba la puerta de su habitación anunciándole la hora, no me hacía caso. Se quejaba un poco y seguía durmiendo hasta las once. Otras veces se imponía una cita temprana con algún cliente para obligarse a vivir a las horas de los demás, pero llegaba sistemáticamente tarde. Hubo noches que, después de charlar un buen rato conmigo hasta las

dos o las tres, se ponía a escribir, y el nuevo día lo sorprendía despierto y ensimismado. Solo entonces, algo alarmado, se iba a la cama. No le gustaba que la luz del día lo sorprendiera despierto. Con Luisa cruzaba pocas palabras porque ambos se las arreglaban para no verse. Lobato salía de casa mientras ella estaba en clase de yoga. Un día que llegó antes de lo acostumbrado se encontró con Claudia y Mary Flores. Entonces ellas, que estaban a punto de marcharse, se quedaron, atraídas por la conversación, hasta las horas en que el escultor empezó a flaquear. Mary Flores volvió a visitarlo a su taller y, a las pocas semanas, alquilaron un piso en el Rastro. Lobato aportó sus enseres y ella lo convenció, poco a poco, y muy en contra de su voluntad, para que solicitara la plaza de profesor de dibujo que, con toda seguridad, quedaría vacante en el Instituto. No importaba que no tuviera título, ya se encontraría alguna solución.

*** * * * *

Ramón Urrutia vivía entre una amante posesiva, una mujer demente y un despacho repleto de asuntos. Trasladar al flamante lugar del cargo sus escarceos debió parecerle, que de eso no hizo comentario alguno, fuera de toda ética, pero dividir el extenso tiempo de la jornada entre el domicilio de ella y el inmaculado puesto se convertiría, y de eso hay pocos datos fiables, en un divertido juego en el que el barrio de Carabanchel, tan cerca de tantos lugares frecuentados por él, venía al pelo para conducir su celoso objetivo por el camino que aconseja la prudencia. Aquellos escarceos se veían luego compensados, claro que sí, en permanencias en el Instituto hasta altas

horas de la noche, en detrimento, evidentemente, de la ambición conyugal de Carmen.

Las historias de la amante de Ramón han de caer en la misma tumba que las tertulias del mesón de General Ricardos, desaparecidas sin posibilidad de recuperación. Ahora, sin embargo, volvía a hacerse patente la sospecha de que, en realidad, aquella amiga del amigo fuera todavía la motivadora del escándalo, aunque en los momentos de los gritos de Carmen no estuviera en el despacho. La correlación comenzó primero a tomar fuerza, luego a coincidir con algunas descripciones, escasísimas, que Claudia había hecho alguna vez, de su Jota Punto, pero que encajaban; y, por último, la evidencia: solo la proximidad de Jota Punto, jota de Jáuregui, el segundo apellido de Ramón, podía impulsar a Claudia Pardo a mantener el asunto tan en secreto. Por eso Mary Flores y Andrés no necesitaron acompañarse de ningún comentario: los dos habían llegado a las mismas conclusiones.

Quieres un café? — le dice el antiguo alumno desde el interior del mostrador.

— Sí, Tomás, lo necesito.

— ¿Ha pasado algo, Claudia?

— No sé qué decirte. Si te parece poco... Lobato... A estas horas, no sabemos nada de él... A lo mejor está vivo y nos está sometiendo a una de sus bromitas...

— Me refiero al policía... ¿Te ha tomando declaración?

— ¿A qué juega ese hombre...? Él dice que está todo confuso... Eso no es lo que suele decir la policía... La policía cuando interroga dice que es puro trámite... ¿Por qué tanto tiempo con Andrés? Me temo que nos quiere sacar algo sin que nos demos cuenta, y por eso me ha pedido, muy delicadamente que me salga: *Si quiere, váyase usted a tomarse un café y vuelva dentro de un rato*. A lo mejor también te hace a ti preguntas...

— Lobato me dio clase de dibujo un año, ¿no te acuerdas? Él fue quien nos organizó la fiesta de fin de curso...

— Ya, lo sé. Yo también estuve... Pero no creo que frecuentarais su casa como la de Andrés.

— Digamos que teníamos la misma confianza, ellos por entonces eran grandes amigos, pero Andrés vivía más cerca.

Tomás hace un gesto con la cabeza dirigido hacia una profesora que relata a otra. con resignación, algún asunto de

alumnos, o algún chisme más sobre el director. Tomás reserva para Claudia una mirada cómplice.

— Nos íbamos a su casa de la calle Ancora, al último piso, hacia las siete y media o las ocho, los tres, y nos sentábamos. Jesús y yo en un diván de muelles que estaba medio roto y se hundía. Allí, encajados, siempre encontrábamos excusas para no levantarnos. Ana elegía el sillón de la mesa de trabajo. Y le decía: *Andrés, se ha quedado usted sin sitio, bien podía ser más rápido*. Y buscaba y registraba en una carpeta, ya sabía ella cual, y sacaba las hojas. *Jesús, vamos a ver qué nombre te ha dado en el último cuento*. Y empezaba a leerlo en voz alta. Andrés nos dejaba hacer lo que queríamos. A veces venía Lobato... y nos entretenía con sus bromas y su ingenio. Lobato llenaba el espacio, anulaba a todos y a todo, sin que pudiéramos advertirlo, para alzarse él como estrella de las reuniones. Pero la mayoría de las veces no se lo reprochábamos... Hacía todo con tanto cariño, respeto, y a la vez con tanta gracia... ¡Ahora todo es tan distinto! Nada de aquello es recuperable... ¡Y me duele tanto...!

— Y la mujer de Andrés... ¿qué decía?

— A ella no le gustaba mucho que nos diera aquella confianza. No venía a qué tener esos amigos tan jóvenes, aunque ya no lo éramos tanto. Jesús se tomaba unas libertades exageradas. Hubo una época en que ella empezó a darle vueltas a esa decisión, tomada entre Jesús y yo en común acuerdo, de renunciar a la mili: *Esos chicos van a terminar en la cárcel*, repetía. Y no iba descaminada. La amistad entre nosotros había nacido precisamente ahí, en el rechazo al ejército. Podíamos estar dispuestos a otros servicios, pero no al militar, renunciábamos a vestir el uniforme, a colgarnos el fusil, a disparar. Habíamos

hablado tanto de aquello que juramos rechazar cualquier cesión. Para la mujer de Andrés llevábamos la medida demasiado lejos, a terrenos peligrosos. No teníamos que ser tan tajantes. Por entonces algunos objetores de conciencia empezaban a conocer los rigores de la cárcel. *Luisa, déjalos, ya son mayorcitos, ya saben ellos lo que tienen que hacer*, decía él. *Si, ya veo, llevan más de dos años sin leer más libros que los que tú les prestas, ni tener más consejos que los que tú les das. No sé que van a hacer con una sola fuente de información*, decía ella. También Andrés luchaba con sus dudas, pero creo que se había propuesto ocultarlas en el mismo escondite que tantos otros recelos. Por entonces era un tipo formidable...

— ¿Y después dejó de serlo?

— Mira, Claudia, todos somos lo que damos de sí en un momento de nuestras vidas, luego nos cambia todo. ¿Tú crees que Lobato fue siempre el mismo? A veces, muchas, era el tipo más formidable del mundo, y otras el más despreciable. ¿No estás de acuerdo? ¿Crees que siempre se portó bien con Andrés? ¿Y Andrés con él? La vida, la convivencia, nos lleva necesariamente a rozar con las personas que están a nuestro lado y que deseamos que estén. Las cultivamos, pero hay tantos factores externos que arruinan las cosechas: que si las heladas, que si el abono, que si la escasez de lluvia, que si una plaga... Pero a diferencia de los cultivos, que no tienen memoria, la amistad y el amor guardan sellado un rencor difícil de borrar... No hay solución. Y rozamos y nos enfadamos porque no podemos evitar la idealización de las personas que viven a nuestro lado, y nos equivocamos siempre... Y los roces van minando nuestras conciencias hasta desfigurarlas. No existe la amistad, Claudia. Ni siquiera existe el amor. Existen momentos de amis-

tad y momentos de amor. Y lo mejor es aprovecharlos... Si no los aprovechamos, los perdemos, y ya no se recuperan nunca... Y te lo digo yo mientras friego estos vasos... ¡qué paradoja...!

— A veces me dejas asombrado, tío. No seas tan cruel. No digas las cosas tan claras. ¿No ves que si las dices con tanta transparencia no vamos a poder vivir?

— Ya, Claudia, no quería ponerme serio... ni ofender a nadie...

— Ya... Tú nunca ofendes a nadie, Tomás... Pero no se pueden tener esas ideas tan claras y llevarlas a la práctica... Por eso estás aquí sirviendo bebidas en vez de escribir un tratado de filosofía, porque analizas demasiado las cosas... Pero bueno... si te sientes feliz poniendo cervezas...

— ¿Tú crees que me puedo sentir feliz fregando vasos? Pero sé, Claudia, que haga a lo que haga todo da igual... La vida es así... es la vida... y no hay más...

**

— Verá usted, no voy a decirle, porque no podría, que la decisión de vivir con la profesora que había conocido en mi casa, con Mary Flores, fuera resultado de su ambición. No lo sé. Pero si tuviera que intuir algo le diría que no. Él había vivido en la pensión de Atocha en su época de estudiante. Por entonces no necesitaba ningún lujo y aquel piso reunía condiciones. Se llevaba bien con todos, incluso con los japoneses. Él sabía llevarse muy bien con la gente. Si luego vivió gratis en el pueblo de sus restauraciones fue porque el cura disponía de la casa y tal vez, al alojarlo, se ahorraba una parte del salario del señor Lobato Riesco, como usted lo llama. Un sueldo que, según me

dejó entender, no era exagerado. Cuando llegó a Madrid no me pidió nada, claro que no. Mi impresión era que disponía de unos ahorrillos a pesar de los gastos que le habían supuesto el viaje a la India y la compra del taller de Carabanchel. No crea usted que se alojó en mi casa por ahorrarse un alquiler, no, ni mucho menos, sino porque lo convencí, le dije que no merecía la pena precipitarse, buscar a lo loco, y él desechaba la soledad. Por entonces, además, comprar una vivienda parecía más recomendable que alquilarla. Señalaba los anuncios del periódico y luego llamaba por teléfono, y ya tenía alguna que otra idea, pero vio todo más claro cuando Mary Flores y Lobato se conocieron. Y ella, que también buscaba algo que mejorara su pisito de Pueblo Nuevo, se unió a él para compartir el del Rastro. Usted me pide que le diga si lo pagaba ella, o si lo pagaba él, pero tampoco lo sé. Tal vez los dos, aunque, ahora que me hace esa pregunta, en la que yo no había pensado, quizá fuera solo ella. Por eso estaba tan interesada en que le dieran a Lobato la plaza del Instituto. Le ruego que no se esfuerce más en preguntarme cosas que tango tan confusas...

La profesora de inglés y la de historia siguen hablando y no han advertido la presencia de Claudia en la cantina. Tomás coloca unos vasos. Huele a sucio, a aguas estancadas, a patatas fritas en bolsa, a cerveza derramada sobre plástico imitación madera, y a cáscara de cacahuete. La vida de Tomás Salinas, ahora detrás del mostrador, puede estar muy cerca de quedar frustrada para siempre. Detrás de unos días vienen otros desconocidos. Uno proyecta el futuro, se presentan luego las va-

riantes y en la elección desaparecen muchos caminos. El sendero de Tomás transcurre ahora por el de responsable de de cantina de Instituto, y atrás ha dejado una batalla ganada, la de la mili. Para la mujer de Andrés fue una suerte milagrosa porque perteneció a la primera generación de objetores, a la que se escapó por la amnistía. Otras dos batallas están en curso: la de descubrir su identidad, y las inciertas claves de su futuro si continúa rechazando lo institucional. De la otra no quiere hablar. Ya se ha sentido tres veces derrotado y prefiere olvidarlo, aunque casi siempre acaba amargamente refugiado en los recuerdos.

Los amplios ventanales de la cantina dan a un patio interior repleto de vegetación sin cuidar. Las mesas, las sillas, las estanterías, son mobiliario oficial, viejo y destartado. Las paredes estaban desnudas hasta que llegó Tomás. Ahora hay unos carteles enormes de paisajes idílicos de no se sabe dónde. Algunos pueden ser montañas de Suiza, y otros son fotos de actrices. Tomás admira a Jane Fonda y Mia Farrow. Un radiocasete reproduce, para los profesores que quieran oírlo, que no son muchos, música folk y algo de los Beatles. Los de más edad, alejados de toda preferencia, se quejan del volumen.

Tomás habla despacio, con pausas. Siempre hay algo que termina complaciendo a la atención de Claudia que descubre en Tomás el reflejo de sus astillados sentimientos. Tal vez añade, sin mucha intención, cierta dosis de compasión y dominio. Para no complicarse más, huyendo de lo desagradable, se muestra más simpática con él. Es inútil. Tomás goza siempre de la misma calma, ante el bien y ante el mal. Tomás está ahora refugiado, o sabiamente orgulloso, en la resignación de responsable de la cantina.

— ¿No fue aquel curso cuando te fuiste de bohemia a París? ¿Recuerdas?

— ¿No me voy a acordar? Lo que me extraña es que te acuerdes tú... Todavía no sé si me he repuesto de todo aquello...

— ¡No me digas que todavía le das vueltas...!

— Muchas veces me he preguntado lo que haría si, por casualidad, por esas extrañas coincidencias de la vida, recibiera una carta, una de esas cartas que te hacen rectificar el pasado. A lo mejor al día siguiente, o el mismo día, encargaba un billete de avión.

— No exageres, Tomás, no puedo creerme que tengas todavía aquella chica tan grabada en la memoria.

— Cada vez menos, claro, pero cuando pienso con intensidad, cuando me recreo en lo que pasó, me doy cuenta de que aún no puedo evitar pensar en ella. Y cuando me encuentro con algo relacionado con aquello, y hay más de lo que crees, vuelvo a reconstruir el pasado. Seguramente la he idealizado, sí, porque todos sus recuerdos son, sin duda, lo mejor que me ha pasado en mi vida. Bueno, casi todos.

— ¿Cómo puedes estar así de seguro, después de tantos años?

— Ya sé que ha pasado tiempo... para mí, que le sigo escribiendo, es como si ayer siguiera siendo hoy...

— ¡No me digas que le escribes si no sabes si recibe tus cartas!

— Claro que no, pero no lo sé. Tampoco me las devuelven. Tendrían que devolvérmelas...

— ¿Tú crees? ¿Atravesar otra vez el Atlántico con un solo sello?

— Mira Claudia, hasta que no tenga todo claro y bien claro, no pienso abandonar.

El mismo día del inicio de las vacaciones de Semana Santa, unos años atrás, tomó, desde Chamartín, el tren de París. El viaje ya se había iniciado antes porque venía preparándolo día a día, noche tras noche de insomnio, desde las navidades. Lo había encajado tanto en su vida, en su recientísima vida de adulto, que se presentó en la estación con la misma naturalidad con la que llegaba a las nueve de la mañana a las clases del Instituto. Como su familia no veía la utilidad de aquellos desvaríos del muchacho, nadie fue a despedirlo. El viaje de Tomás formaba parte de sus ideas fijas, de un sagrado soliloquio del que deducía, irremisiblemente, resultados tan certeros que había que ponerlos en práctica de inmediato. Con el mismo razonamiento había tomado también las serias decisiones que despreciaban por igual al ejército, tan cruelmente inventado, tan absurdamente instituido, y a la universidad, nido institucional del saber, fábrica de intelectuales creados en los mismos moldes, como los ladrillos.

Durante tres semanas saboreó Tomás las delicias de su viaje mientras en Madrid sus amigos esperaban inútilmente sus noticias, siempre con la sospecha de que hubiera prolongado voluntariamente su estancia. El seis de mayo, cuando más se podía temer que algo serio pudiera haberle ocurrido, se presentó en la clase de literatura, a las nueve, así, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera un extraño vacío de tres semanas. El profesor sólo lo advirtió después de haber ini-

ciado sus explicaciones y, para hacer como él, hubo de seguir la lección, como si tal cosa, pero con la certeza de que algo grave había ocurrido.

Los pormenores de lo que él ya llamaba *la triste experiencia* fueron apareciendo poco a poco, sin brusquedades, en pequeñas dosis. El fracaso del viaje forma hoy parte de una de esas páginas tan inexplicables como absurdas de la vida de Tomás, una de esas páginas en las que, probablemente, faltan unas líneas que ha omitido el autor, o el impresor, o el diablo, para convertirlas en pesadilla primero, y después, con la calma que concede el tiempo, en un enigma imperecedero.

Llevaba Tomás un billete en litera, unos ahorrillos conseguidos con escrupuloso esmero y un ejemplar flamante y reciente de *Dublineses* de Joyce, que pensaba leer a la tenue luz de la litera una vez caída la noche y, rondando como ninfas por su pensamiento, miles de ideas que iba analizando todas las noches, en la penumbra del los minutos que antecedían al sueño. Cuando subió al tren y abrió la puerta de su departamento se encontró, en un rincón del recinto, a un ángel. Él lo llamó ángel desde el principio. No lo pensó de inmediato, se le ocurrió después, cuando la vio moverse, replegar los pies sobre el asiento, escribir en su agenda, hablar con el revisor, mantener la mirada fija en el paisaje, mirarle los ojos... La idea del ángel se le ocurrió porque ella solo había de servirle para la contemplación, y en ningún momento habría podido armarse de valor para hilar una animosa charla. De esa manera Tomás añadió al paisaje exterior de un atardecer de primavera camino del norte, la boca y los ojos de su compañera de departamento, contemplándolos con calma, sin prisa, sobrepasando, tal vez, la corrección, hasta que descubrió que el perfil del ángel se refle-

jaba en el cristal de la ventana cuando la luz exterior disminuía al atravesar un paraje estrecho, un túnel, una arboleda... Y pudo observarla, y la contempló a placer, mientras los viajeros y el mismo ángel podían creer que Tomás se complacía en el paisaje. Pero una turbulencia repentina recorrió su cuerpo cuando ella, su propia voz, le preguntó si había que cambiar de tren; y él, —¡qué ridículo!—, le contestó de manera seca y fría, porque Tomás ha sido siempre tímido, porque Tomás no estaba acostumbrado a improvisar así, tan de repente, una respuesta en inglés. Su compañera de viaje, por el contrario, decía sentir en los trenes europeos una cordialidad inusitada y melancólica, poco frecuente en los menos románticos transportes americanos.

La extranjera se ganó a Tomás; se lo ganó desde la calma que confiere la seguridad; lo llevó por los pasillos hasta el vagón restaurante; le contó dos o tres intimidades, y Tomás y ella pasaron una noche en tren tan mágica que él creyó, con absoluta certeza, que a partir de entonces su vida había de ser otra. La americana y sus gestos quedaron como un sello incandescente en su alma, que no pudo acoger tantas cuantas emociones, luces, esperanzas, olores y placeres llegaban de ella. Y una vez en el destino, cuando se despidieron en la estación de Austerlitz después de haber compartido tantas cosas, Tomás y la americana se abrazaron impasibles como vetustos amantes, en medio del corredor, mientras los viajeros tiraban y arrastraban con prisa sus maletas, por ambos lados, de sus bolsos. Nadie los miraba, nadie pudo apreciar la llama de amor candente sobre el macadán de la estación de Austerlitz.

Y se citaron a hurtadillas en la ciudad, en el bulevar Saint Michel, en el Pompidou, en el Café d'Italie, se contaban precipi-

tadamente sus vidas, paseaban abrazados por la orilla del Sena, tomaban trozos de pizza y cervezas, se detenían en los escaparates, visitaban las exposiciones de pintura y de vez en cuando ella lo miraba a él, y él a ella y acercaban emocionados sus labios. La americana hacía fotos y fotos, y él la contemplaba. Ella se dejaba guiar, y él la llevaba, con el plano de París en la mano, por todas partes. Sí, creyó que no había nacido sino para quererla, que había recortado su alma a su medida. *He nacido por ella* —creyó Tomás—, *por ella tengo la vida, por ella he de morir.... y por ella muero.*

Un día, de repente, a media tarde, cuando Tomás estaba dispuesto a cambiar sus planes para pasar más tiempo con la americana y sin ningún augurio que anunciara el desenlace, después de una emotiva charla en un café, sí, en un café de la calle Sebastopol, en el que el ángel de amor hablaba lentamente, seleccionando las palabras, de los sinsabores y miserias de los barrios de Nueva Orleans, la americana le dijo que tenía que regresar a casa de inmediato, sí, en seguida. Y Tomás no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de pensarlo ya había descendido por las escaleras de la estación de metro *Pyramides*. Un impulso incontrolado lo hubiera lanzado a seguirla... y para qué... ella había dicho que se quería ir sola...

Guardó una dirección provisional, sí, le había dicho provisional, en América, y la promesa formal de que, a su vuelta a Madrid, antes de tomar el avión hacia el otro lado del Atlántico, lo llamaría... Anotó en una hoja de papel el día y la hora del vuelo, y luego quedó impreso en su ingrata memoria un recuerdo atormentado, incomprendido y triste, del que Tomás, que friega ahora vasos, pegado al mostrador, aún no se ha recuperado.

El antiguo alumno, y además amigo, tiene un ángel de la guarda americano, piensa Claudia, tal vez satánico, que sigue atormentándolo. No, Tomás, aquello fue un sueño, le gustaría decirle, aquello fue una pesadilla, y tú sigues dándole vida en tus atormentados recuerdos. Ya sabes, cuando una mujer no quiera nada de ti, hay que dirigirse a la de al lado, y sabes también que, en esto del amor, es mejor no ser un ejemplo de dignidad.

Tomás sabe que los poetas son apasionados y fríos los novelistas. Él se ha sentido de Baudelaire y no de Proust, más atormentado que impasible. Para defenderse de algunos golpes hay que hacer caso de los novelistas. Le gustaría pedir explicaciones a la americana, y algún día lo va a hacer, cuando tenga unos ahorrillos, irá a verla, sí, con humildad, hasta el otro lado del Atlántico, para enterarse de lo que pasó, para que ella sepa que él no hizo nada capaz de provocar la improvisada huida, que sucedió algo extraño, desconocido, que él necesita saberlo para acallar a esos fantasmas que tan sin piedad lo acosan, que quiere que conteste, aunque sea con frialdad, a aquella primera carta de amor que tal vez ella nunca recibió, que desapareció en cualquier cubo de basura, que leyó ella misma y destruyó para no acordarse nunca más del infortunado Tomás. Sí, solo cuando vea su indiferencia, cuando la oiga de su propia boca, de aquella boca que con un beso dio repentinamente vida a su alma, que la despertó de su letargo, que la cubrió de pasión y la infló de placer, que la extendió desde los labios hasta los tobillos, cuando vea la indiferencia de aquella mujer que le regaló el beso más apasionado de su vida, solo cuando descubra y quede clara su indiferencia, podrá poner fin a su tormento.

— La víspera de su partida del piso del Rastro me llamó por teléfono para decírmelo. Cuando iba a tomar una decisión importante me pedía consejo, pero aquella vez lo tenía ya calculado: a las diez de la mañana iba a venir un camión de mudanzas que había de llevarse todo a un guardamuebles, pero Mary Flores no lo sabía. Le dije que era una locura, y él me contestó que le parecía más loco todavía seguir viviendo en aquel infierno. Le pregunté que cómo había llegado a ese extremo, y me contestó que siendo la autora de sus tormentos amiga mía, le había parecido muy delicado hablarme del asunto. Era un martes cualquiera. No sé por qué le cuento todo esto, no debería, pero ya no tiene sentido ocultarlo. Espero que Mary Flores no se moleste. Pues era martes, ya le digo, y se presentó el camión de mudanzas a la hora convenida. Cuando ella regresó del Instituto, al final de la mañana, ya se habían llevado al almacén los muebles del salón, la lavadora y casi todo... ¡Imagínese! Lobato se había ido, también al Instituto, como todos los días, para no tener que dar explicaciones, pero no volvió a casa, no lo soportaba. Y ella, que ya sospechaba lo que podía venir, no desesperó ante la evidencia. Ya presumía ella alguna de esas extravagancias. Aguantó que le dejaran el piso vacío: había desaparecido Lobato, y los muebles y lo que es peor, también tenía que desaparecer ella de su propia casa. Aquella noche durmió en la de Claudia. Y él en la mía. Lo habría dejado con gusto que se fuera a un hotel, no crea, ya por entonces habíamos amasado cierta dosis de rencor entre nosotros que se incrementó con esa desbaratada y odiosa acción, pero me pareció mal que un amigo durmiera en un hotel de mi propia ciudad. Así que se

instaló, por algunos días, otra vez, en el despacho. No muchos. Pronto alquiló un piso amueblado en el barrio de la Estrella. No, no creo que se llevara al almacén lo que no era suyo. El había comprado casi todo porque el trabajo en el Instituto no limitó los encargos de esculturas y otras cosillas que él ingeniaba en su taller de Carabanchel, y con aquel dinerillo amuebló la casa. Prefería la madera para contrarrestar el hierro del taller. Se compraba estanterías con baldas muy gruesas, el doble de lo habitual, y mesas con tableros exageradamente densos. Cuando aquella misma noche me explicó las razones de una decisión tan descalabrada, tan precipitada, tan fuera de lugar, yo terminé por entenderlas. Ahora, tantos años después, y sin tener a él para que me convenza, no las entendería, pero se las voy a decir tal y como me lo explicó, aunque no creo que le parezcan convincentes. La amaba, sí, la quería con todas sus fuerzas, la quería tanto que no podía soportar que la Flores tuviera, como él sospechaba, una vida secreta con otro. Se moría de celos, de unos irracionales e incontrolados celos que solo podían calmarse alejándose violentamente de ella, dejándole la oportunidad de vivir su vida. Pero ahora le voy a decir lo peor: no era verdad. No tenía ni una sola razón. Para Lobato el principal sospechoso de las infidelidades de Mary Flores, lo supe después de algunas deducciones, aunque bien podría no ser cierto, era yo, imagínese, yo que alguna vez me había acercado a ella, es verdad, pero que tantas veces había sentido su distanciamiento... No puedo asegurarle que fuera yo el causante de sus celos, no digo eso, pero sí puedo decirle que la abandonó porque la quería hasta la extenuación, porque su amor destrozaba su vida... Imagínese ¿Ha visto semejante contradicción? Pues así era Lobato, sí, vida más allá de la vida, pura incompreensión....

No podía soportar amarla tanto. Por eso se siguieron viendo. Y creo que su última mujer, la de Segovia, comprendió perfectamente aquella exacerbada pasión...

*** **

De todo aquello recuerdas, Tomás, que estabas esperando que en ese día de tránsito por Madrid, antes de tomar el avión, te llamara, y ya a la hora en que ella debió de coger el tren, otra vez en Austerlitz, tú, que volvías del Instituto a casa, pensabas en ella. La mañana siguiente, al despertar, sabías que la americana estaba en Chamartín, y no fuiste a esperarla, como un caballero, no fuiste porque no sabías si a la extranjera le habría gustado verte, porque lo convenido antes de la espantada de la rue Sebastopol, que después ya no te dio tiempo a nada, fue que llamaría, y que os veríais en Madrid. Y pasaste toda la mañana cerca del teléfono, y nada, y en la desesperación te fuiste al Instituto, a contárselo a Andrés, y volvió a decirte lo de siempre, —cómo se arrepentirá de aquel consejo— que te olvidaras, que no tenía importancia. Pero luego te dijeron en casa que había llamado una tal Michelle, que volvería a llamar, y otra vez al pie del teléfono, en una espera que se hacía eterna, y sonó una vez más, y no era, y otra vez, y eran los de siempre, y otra vez, y se cortó enseguida. Y llegó la hora del vuelo transoceánico. En Barajas salen de noche y ya no se sabe cuando llegan con los cambios de hora de esos países. Y tomaste el autobús en Colón, en el subterráneo, y te bajaste en “salidas vuelos internacionales”, y leíste en el panel el vuelo, y la puerta de acceso, y esperaste allí hasta que ella llegó, arrastraba una voluminosa maleta, y dos bolsas, las mismas que tú habías llevado en Aus-

terlitz, para ayudarle, y estaba radiante, y facturó las maletas, y se fue directamente a la puerta dieciséis y no fuiste capaz de gritar, de decirle en voz alta: «Te quiero, te quiero... » para ver cómo reaccionaba, para que te quitara las pocas esperanzas que te quedaban. Y sabías que estabas viéndola por última vez.

En un sofá de la sala de espera, frente a la oficina de información, quisiste escribir una carta de amor desesperado que se quedó en unos versos en inglés:

SHE'S FLYING TO NEW ORLEANS

There is a place...

If you leave me, like the wind,
in a Paris's street, I don't mind.

There is a place to you.

If you call me, like the breeze,
from a Hotel of Madrid,
when I am away, I don't mind,

There is a place on a heart.

If you don't look at me, with courtesy,
from a corner of the airport,
when I was there, for you, I don't mind.

There is a big place in my heart to you.

Y Andrés te dijo que eso era cursi (no sabe lo que es amor), una horrible pedantería (no sabe donde están los límites), que los de aquí escribimos versos en nuestra lengua, que es la lengua de nuestros sentimientos. Y te dijo (¿crees que se arrepentirá de haberte dicho eso?) que sonaba a letra de canción de grupo danés ocupando el puesto treinta y nueve de los cuarenta principales (¡qué descortesía!). Pero luego, unos días más

tarde, cuando ya habías enviado los versos, sin firmar, escritos en el dorso de una postal en la que sobre un casco viejo de soldado se posa una paloma, te dijo que no tenía ninguna importancia, que cada cual escribía poesía en la lengua que le daba la gana. Otra cosa fue lo que ocurrió después, porque *She's flying to New Orleans* y tus posteriores escritos se perdieron, como la canción de Bob Dylan que tanto te hacía oír tu profesor, se perdieron en el viento.

¡Oh Tomás, melancólico Tomás! No te puedes pasar la vida pensando en ella, aunque te reconforte recordarla, aunque te complazcas en enviarle esos originales mensajes que sabes que nadie leerá nunca, ni entenderá si los encuentra. ¿Qué hará tu enamorada cuando lea su ficha de amor?:

* Apellido: FEARON

* Nombre: MICHELLE

* Fecha de nacimiento: ALGÚN DÍA DE 1958.

* Lugar de nacimiento: NEW ORLEANS.

* Estado civil: DESCONOCIDO.

* Profesión: DESCONOCIDA.

* Aficiones: FOTOGRAFÍA, NOVELAS, COMICS...

* Prisión de su amor: MADRID.

Y seguiste enviando cartas, Tomás, tantos años después, hacia la nada, con la misma seguridad que repudiabas la universidad y el ejército. Y luego, para intentar remediar la cursilería lingüística, le escribiste una versión en español a la espera de que un alma caritativa pudiera traducírsela, pero con el profundo convencimiento de que ni siquiera llegaría a su destino:

MIENTRAS VUELA A NUEVA ORLEANS

Hay un lugar...

Aunque me dejes, como el viento,
en una calle de París, no me importa,
hay un lugar para ti.

Aunque me llames, voz de brisa,
desde un teléfono, tal vez, en Madrid,
cuando no estoy, no me importa,
hay un lugar en el corazón.

Aunque no me mires, arrogante,
desde un rincón del aeropuerto,
cuando estaba allí, para verte... no me importa,
hay un lugar enorme en mi corazón... para ti.

*** * ***

— De su última mujer, la que no hemos conseguido localizar en toda la mañana, sé muy poco. Le puedo decir que ella tiene también una fina sensibilidad y que debe ser, como todas las que vivieron con él, algo excepcional, pero supongo que eso tampoco le interesará porque puede entrevistarse, y seguramente ya lo habrá hecho, con ella misma, si tiene más suerte que nosotros. Verá usted, le voy a contar con detalles cómo empecé a alejarme de él y a preocuparme cada vez menos de su vida, con lo que a lo mejor me incluye usted en su lista de sospechosos, si es que es eso lo que busca. Espero que, después de mi confesión, que no crea que me vaya a gustar hacerla, me cuente usted, sin recato, los motivos que lo llevan a mantenerme aquí hablando y recordando con tanta fidelidad la

vida de Lobato, a quien considero gran amigo y espero poder seguir recordándolo con tanto cariño como el que durante tanto tiempo le he tenido. Tal vez sepa usted, seguro que lo sabe, que muchas de sus esculturas empezaron a venderse en exposiciones que organizaba en provincias, y que su firma, Lobato Riesco, es celebrada, aunque modestamente, por toda España, e incluso en otros países. Cuando necesitó que alguien le ayudara a poner nombres, y luego a redactar unas líneas sobre sus obras, o incluso un folleto sobre sus exposiciones, él, y no cabía esperar otra cosa, recurrió a mí, y yo, claro, se lo hice con gusto, sin que mediara contrato alguno. Primero escribía los trípticos, luego los folletos y por último los libros, y ya no sólo los de él, sino de todos los que participaban en sus promociones. Lobato estaba convencido de que el texto escrito era un apartado esencial porque sólo con palabras puede explicarse el arte. Y empecé a redactarle textos en el tono y términos que él me indicaba. Las primeras veces tuvimos unas discusiones que nos enfrentaron cruelmente porque no compartíamos las mismas ideas acerca de los conceptos destacables. En una ocasión, dominado por la ira, llegó a romperme los textos y a amenazarme con prescindir de mí, y yo llegué a pensar que iba a hacerlo, pero, aunque podía encargárselo a mucha gente, y no a escritores que, como yo, tuvieran sus manuscritos en las estanterías de las editoriales, a nadie, como a mí podía gritarle sus ideas, repetírselas hasta la saciedad, corregirlas, modificarlas y, lo que es peor, llevar a los folletos y libritos las contradicciones de su propia vida. Por eso, con más calma, y porque no tenía tiempo para dar más vueltas, y tampoco se sentía capaz de hacerlo él mismo (me consta que lo había intentado) empezó a someterse a lo que yo le hacía, y yo, a la vez, a ajustarme cada vez más a lo

que él me pedía. Después de la primera exposición me hizo un cheque, modesto, pero que habría de completarse más tarde con la cuenta definitiva, que fue amplia y provechosa, pero nunca se completó nada. Y aunque volví a escribir muchos folletos más, prácticamente todos los que necesitó, y aunque llegué a convertirme en su biógrafo artístico, no recibí más pago por mi trabajo. Y, como usted comprenderá, no le iba a pedir con descaro lo que estaba tan claro que había de darme.

**** *

A la vuelta de aquel viaje por Europa, a Tomás se le veía taciturno, triste, y a la vez esperanzado, con la ilusoria sospecha de que en cualquier momento ella pudiera llamar, o escribir, o dar sencillamente una explicación. La espera animaba el amor y cuanto más razonaba, más aumentaba la posibilidad de que un motivo ajeno a él mismo, e incluso a ella, hubiera justificado la espantada. Una día radiante de primavera, a poco de la vuelta del viaje, mientras paseaban desde el Instituto hacia el centro de la ciudad, por la calle General Ricardos, repleta de gentes con ropas recién sacadas de los armarios, Tomás aprovechó para decir:

— Hoy, por primera vez, he pasado cuatro horas seguidas sin acordarme de Michelle.

Y no supieron qué contestarle porque aquello no tenía respuesta.

A medida que se enfriaba el recuerdo de la americana, iba aumentando el de la experiencia europea, y Tomás colocaba oportunamente sus frases, añadía su grano de arena a los co-

mentarios y pronto defendía teorías sociales, apoyado en su experiencia:

— En Suiza no hay pobres — dijo alguna vez —. En Europa nos adelantan hasta en el horario. Las inquietudes que tenemos aquí las tenían en Francia hace veinte años.

— Joder, Tomás, deja ya de avasallar con tanta Europa.

— Ya irás tú, Jesús, ya irás tú, y veremos a ver lo que dices...

— Pero tío, pero si aquí no somos tan tontos, a ver si te crees que aquí no sabemos lo que es vivir...

— Pues yo lo pondría en duda.

Y así se prolongaban sus discusiones.

Tomás y Jesús se habían conocido a principios de curso, así, por casualidad, porque coincidieron en la clase, porque se pasaban los apuntes y se reunían a estudiar. Tomás era el delegado. Lo habían elegido porque tenía una calma especial para hacer reproches a los profesores por el exceso de trabajo, por la dificultad de los exámenes, incluso por la severidad en las correcciones.

— Profesor, no lo he querido decir en la clase, pero no creo que podamos llegar al final del programa a este ritmo.

— Mira Tomás, no me marees más, siéntate un poco y te lo explico todo, ya verás como aún no haciendo lo mejor, estamos en lo menos malo.

Y le explicó los detalles del programa, y del examen de la universidad, y pareció comprender, pero añadió:

— Sí, profesor, pero así no se puede aprender literatura.

—Ya lo sé. Los exámenes son el mayor impedimento para la literatura. Y este año hay muchos. Ya que lo dices así, y si

quieres aprender literatura, pásate por mi casa una de estas tardes y hablamos.

Así se acercó a Tomás. Una tarde sonó el timbre, abrió la puerta y allí lo encontró: con timidez, como siempre, pero sin ningún rubor. Charlaron un rato, de asuntos muy generales, de los escritores del 98, de la ideología, y se fue de allí con dos libros: *Doña Inés* y *Tirano Banderas*.

Nunca sabrá Andrés en qué medida influyó en Tomás este primer encuentro tan formal, tan insulso. Tal vez del primer libro guardó un tono melancólico para el amor, para el dominio de otro tipo de sentimientos amorosos que no fueran los del primer afecto. De ahí sus dificultades. Ya lo ha dicho Jesús varias veces:

—Tomás se enamora demasiado, y eso hoy no se lleva. Hay que enamorarse, sí, pero con las espaldas cubiertas.

Del segundo libro guardó probablemente un incondicional desprecio a los militares. La idea ya había sido fraguada, ya parecía existir algo, el complemento lo añadió la lectura y luego Jesús.

Jesús y Tomás, en eso no cabe duda, se hicieron amigos porque ya eran dos recientes hombres convencidos de su pasividad ante la violencia y, para que se notara bien, se dejaban crecer el pelo tanto cuanto podían, el rizado de Tomás, el castaño de Jesús, tan indomable como él mismo. En el segundo trimestre se les veía siempre juntos por los pasillos del Instituto, por las calles de la ciudad. Iban a ver a Andrés con cierta frecuencia; le devolvían unos libros, se llevaban otros, y le hacían algunas preguntas:

— ¿Por qué cree usted, Andrés, que los americanos no han ganado la guerra de Vietnam?

Lo de los ejércitos les inquietaba.

— En una guerra, cuenten lo que cuenten — contestaba el profesor — pierden todos.

La idea de que todos eran perdedores les gustaba enormemente a los jóvenes, encajaba para afianzar sus convicciones.

**** *

— Una noche, cuando ya me iba a la cama, sonó el timbre. Era Lobato. Por entonces vivía en su piso amueblado del barrio de la Estrella y sus enseres, según yo creía, habían de estar en el guardamuebles a la espera de un lugar definitivo. Aunque para Luisa era muy tarde, y para mí una hora avanzada, para el escultor empezaba la noche. Aunque hacía un poco de frío, aunque yo no quería prolongar demasiado la charla, nos salimos a hablar a la terraza desde la que Luisa contemplaba todas las mañanas la ciudad y desde la que, unos años antes, él y yo habíamos decidido el viaje a Italia. Lobato, que atravesaba una época de soledad, quería hablar y hablar, contarme cosas, precipitadas unas, razonadas las menos y aunque yo conversaba libremente, como otras veces, él iba desechando todo lo que no fuera su asunto, todo lo que no significara una justificación de lo que había venido a decirme, aunque, según él, había venido a pedirme consejo para un delicado asunto que iba a transformar por completo su vida. Usted sabe, porque supongo que con estas entrevistas lo habrá experimentado muchas veces, que entre decir la verdad y mentir hay numerosos escalones. Yo no creo que Lobato haya mentido nunca, pero aquella noche, como tantas veces, ocultaba mucho más de lo que me

estaba contando. Como la conversación había de llegar a término, lo soltó de golpe: quería casarse y me solicitaba, a aquellas horas y de inmediato, que para él quería decir antes del amanecer, mi consejo y, cuidado, también mi aprobación. Si no me mostraba de acuerdo con él le daba vueltas a la conversación hasta convencerme.

Apenas dos meses después de su viaje por Europa, Tomás tuvo la oportunidad de olvidar por completo a la americana: fue la noche en que descubrió a Ana en la fiesta de fin de curso, en la casa y jardín de Lobato, aquella larga noche en Pozuelo.

La idea había surgido de la profesora de inglés, la que le arrancaba los pelillos de las cejas al director en la época de las tertulias, una mujer enigmática que, a pesar de que unos extraños dolores de clavícula la entregaban a un permanente mal humor, sorprendía a veces con iniciativas tan elegantes como divertidas. Ella, la de inglés, de acuerdo con ellos, los alumnos, concretaron el día y la hora, mientras buscaban un lugar adecuado. Cuando Lobato, que era profesor de dibujo, lo supo, propuso el jardín (él decía el patio), de su casa de Pozuelo. Habían de ponerse de acuerdo con los coches para ocupar todas las plazas. El propio Lobato sugirió el plan:

— Nos damos cita en la puerta del Instituto y todos los que lleven coche se esperan hasta que esté completo. Los que queden los recojo a las ocho en el Jeep.

Ana Cano se había pasado el curso de trapillos: que si una camisa tal, que si unos vaqueros medio rotos, que si una falda pasada de moda; y todo ello con media melena entre negra y

gris, peinada con una raya en el centro. La sonrisa de Ana, sin embargo, en aquella boca tan mesuradamente grande, tan repleta de unos labios rojos, tan particularmente propia, había cautivado a Miguel de Arístegui y a Andrés Serrano desde el primer día que la vieron. Y de repente a su sonrisa añadió, para la fiesta, un vestido blanco mucho más corto que los que acostumbraba a llevar, con un cinturón rojo, y un poco de maquillaje en los ojos, y, tal vez, también algo de rosa en los labios, en esos singulares y grosezuelos labios. Ana Cano irradiaba hermosura. Nadie hasta entonces se había fijado en su belleza, en sus ojos penetrantes, en sus cabellos embrujados, en la forma de su cintura y, sobre todo, en esa fina sensibilidad que tan reservada tenía en las clases. Ana, por primera vez en su vida, se convertía en toda una mujer. La calma de Tomás, el delegado de clase, su peculiar paciencia, fue más lejos, y le tocó a él acompañarla a casa o no se sabe dónde, porque el final de la fiesta ni quedó suficientemente aclarado, ni nadie insistió para que se aclarara y, sin buscarlo expresamente, el tiempo se iría encargando de explicar las sorpresas de aquella noche de san Juan de 1984, o de ocultarlas para siempre. Muchas veces decía Miguel de Arístegui que todo el mundo ignora el momento en que va a empezar a cambiar su vida.

***** * *****

— No, claro que no era nuevo lo de cambiar de mujer, lo de irse a vivir con otra. Ya lo había hecho dos veces. Lo nuevo es que ahora quería casarse con ceremonia. Aquella noche estuvo llena de sorpresas para mí. La esposa elegida para vestirse de blanco no era Mary Flores con quien, como sabe usted, ya

había vivido, y de quien seguía enamorado, ni siquiera Maxim, la inglesa, en paradero desconocido, sino una mujer que se había cruzado en su vida en la exposición que, unos meses antes hizo en Segovia, la que hoy no conseguimos localizar, y que yo había tenido la oportunidad de entrever cerca de él, y con otras personas, alguna vez, aunque sin advertir sus afinidades. No podía decirle, créame, que estaba a favor, como él quería oír, ni en contra, sin hacerle una serie de preguntas de todo tipo que pusieran luz en todo su proceso de pensamiento y, por lo avanzado de la hora, tampoco tenía ganas de pasarme la noche hablando, o quizá oyéndolo, porque los últimos años, desde que manejaba dinero en abundancia, solo sabía hablar de sí mismo. Aquella noche yo no sabía que hubiera ganado tanto, y mis preguntas no excluían, evidentemente, las relacionadas con su hacienda y la de ella, la elegida. Pero, como le he dicho antes, él estaba en deuda conmigo y no me pareció prudente hablar de dinero si él no sugería la cuestión, para que no pensara que le pedía cuentas en un momento en que él se sentía abocado a tomar una decisión tan delicada. Lobato hablaba con precipitación y no me concedía la oportunidad de hilar mis ideas. Él mismo se hacía las preguntas, las que le interesaban, y se daba las respuestas, y yo hacía de oyente privilegiado, de voz de la conciencia con mordaza. Hablaba de su soledad, de su dificultad para vivir con alguien, de sus locuras, y de que ya era hora de sentar cabeza y fundar una familia. Y de vez en cuando yo sentía que Mary Flores seguía copando sus pensamientos, pero no podía reconocerlo ante mí. Para Lobato, que huía de aquel pensamiento que tanto lo trastornaba, una familia era un matrimonio estable donde se hacían cenas todas las noches y los hijos se sentaban en la mesa. Le aseguro que

esa idea de boda y ceremonia, y el olvido o la retención del dinero que consideraba mío, eran tan inesperados que presagiaban definitivamente, y no pude entenderlo de otra manera, un distanciamiento de los motivos y de las normas implícitas que tanto nos habían acercado años atrás.

Le dije que no, que si no tenía razones más poderosas me parecía una locura que organizara un espectáculo, a su edad, con la vida que había llevado hasta entonces, un espectáculo de tarjetitas de invitación, traje blanco, misa, pajaritas, regalitos y banquetes. Y no le gustó nada la ironía, pero yo tenía que decirle lo que pensaba, o más valdría olvidarme de él. Me contestó que no tenía por qué faltarle el respeto, que cada cual era dueño de sus ideas y que, en cuestión de principios, religiosos o no, había que respetar la libertad de cada uno. Yo no había pensado en la religión al citar lo de los regalitos y los banquetes, sino en las formas. Pero él debía tener ya algo en su mente que no quería confesar. Para calmar nuestras discrepancias, y para hacerme entender que no solo era cosa suya, me habló entonces de la voluntad de la novia, y de su familia, por hacer las cosas como exigía la tradición, pues en Segovia no estaba bien visto que una mujer se fuera a vivir con un hombre sin los beneplácitos religiosos. El, que ya había vivido con tres distintas (de la primera, que yo no conocí, y que él llamaba Esperanza no hablaba casi nunca) estaba seguro de que un método para lograr la estabilidad era dar carácter oficial a la vida en común y, sobre todo, tener hijos, los hijos habían de ser la justificación de lo que hacía. Entonces me explicó que ya habían elegido a los padrinos, y la iglesia estaba prevista, una capilla segoviana del XVII, y el lugar para la comida, y el hogar que había de acogerlos, un chalet en Pozuelo que, aunque alejado, reunía las

condiciones perfectas para instalar en él su taller sin necesidad de pasarse la vida yendo y viniendo a Carabanchel. Y además, para dejar todo bien sentado, el asunto con Mary Flores estaba resuelto porque ambos habían llegado a la convicción de que no estaban hechos para vivir juntos. Por eso ya había vuelto a su lugar, ayudado por una empresa de mudanzas distinta a la que se los llevó, los enormes muebles de la casa del Rastro.

Entonces sí que entré en un mar de confusiones. No entendí, porque nunca me lo había contado, ni cómo se había enamorado de la profesora de Segovia, ni si realmente era él, o ella, o los dos, los que iban a comprar el chalet de Pozuelo, ni por qué se negaba a pagarme lo que habíamos convenido, y, lo que era peor, cómo me pedía que le aconsejara en lo que ya estaba decidido, y a la vez me ocultaba tantos asuntos, sin duda oscuros, de su vida. Imagínese lo que le dije. Le dije que sí, que se casara con ceremonia, porque había agotado todas mis ganas de discutir con él. Ya iba a salir el sol y acababa de comprender que no quedaba ningún vínculo entre Lobato Riesco y yo, excepto la deuda, pensé con una malevolencia incorregible.

**** * * * *

Una tarde de febrero, dos años después de la fiesta, Tomás llamó a Andrés: que quería ir a verlo, que si estaba solo.

— Estoy ayudándole un poco a Elisita, enseñándole los verbos.

— No importa, me voy ahí y te espero.

— Como quieras, Tomás.

Hacía un frío de mil demonios por algún problema de calefacción y Elisa, Elisita, no lo dejaba vivir con sus dichosos ver-

bos. De rodillas en la silla, a su lado, en su mesa, se afanaba en entender el cuadro que los clasificaba por tiempos, y no por modos, que Andrés le proponía. Elisita era una pesada que había que repetirle las cosas cien veces, y agasajarla con un beso cada diez minutos. ¡Qué niña tan besucona!

Luisa hizo pasar a Tomás, inexpresivo, demacrado. Algo serio le había ocurrido. Elisita seguía sin dejar a Andrés que, requerido a la vez por la paternidad, y por su ex-alumno, no sabía a quién atender.

— Mira, Elisita, me parece que mamá te va a dar la cena.

Tomás había esperado pacientemente, en el diván de siempre, con una revista en las manos. En cuanto Elisita cerró la puerta, le dijo en tono de tragedia:

— ¡Ana me ha dejado!

— ¡Uf! ¡Menos mal! Tomás, me creía que había sido algo peor.

— ¿Y te parece poco?

— Hombre, te podían haber echado de casa, o metido en la cárcel, por tu testarudez, o haberte accidentado con esa extraña moto en que te paseas por la ciudad... En fin, cuenta... cuéntame...

— No, si lo peor es que no tiene nada que contar.

Desbordaba una lágrima.

— Ayer me llamó y me dijo que había terminado todo.

— Pero bueno, eso no habrá sido de golpe, algo ha ocurrido.

— Sí, ya pasó una vez. Dijimos que íbamos a estar unos días sin vernos, después nos encontramos por la calle, y en paz.

— ¿Y esta vez no puede ser lo mismo?

— No. Esta vez va en serio.

— Y no será que os habéis dejado mutuamente. ¿Tú no tienes nada que decir?

— No. Yo la quiero. Ella me ha dicho, sin rodeos, que no siente nada por mí.

— Bueno, bueno... vaya plan. ¿Tú a qué crees que se debe...?

— Lo peor es que no lo sé, que no tengo ni idea... Y es la segunda vez que me dejan así...

— Pero algo habrá pasado, algo le habrás dicho...

— No. Tal vez sea por eso, porque no le he dicho nada...

— ¿Nada de qué?

— Nada de nada. Ella siempre me reprocha que no le cuente cosas, que sólo le pregunto.

— Pero hombre, no creo que sea por eso. ¿Quieres que la llamemos?

— No servirá de nada.

Andrés sabe que aconseja mal en los lances sentimentales, por eso no se atrevió a situarse en ningún argumento que no fuera el de quitarle importancia a los asuntos. Le habló de Luisa, de la esquivéz de Luisa, de las escasas motivaciones de su matrimonio, por si le servía de consuelo, pero no le recordó para nada los nefastos acontecimientos de la americana unos años atrás, ni él los evocó, no hacía falta, porque los dos hablaban con la certeza de que estaban ahí.

Aquella noche se quedó a cenar con ellos. Luisa, que no tenía inconveniente en acoger a Tomás cuantas veces quisiera, porque había amasado un incondicional cariño, se encargó también de responder a la solicitud de consuelo. Ana le parecía buena chica, pero nada más. Luego la conversación se prolongó. Le preparó la cama del despacho. Aquella noche Tomás

se prometió a sí mismo un respeto incondicional y eterno hacia Luisa.

***** *** *****

— No sé si usted habrá notado alguna vez cómo ese sentimiento de afecto hacia alguien puede transformarse en cuestión de horas, a veces en minutos, en envidia unas veces, en indiferencia otras, y hasta en odio. Ninguna de esas sensaciones nació en mí cuando parecía necesario que me alejara de Lobato. Lo que ocurrió fue que no me acordaba de él. Y si tenía costumbre de llamarlo sin nada importante que decir, para saludar simplemente, para ver qué tal le había ido el día, dejé de interesarme por él; y como notó la indiferencia, y al mismo tiempo sospechó las razones, tan fundadas, quiso que se las explicara. Entonces le contesté con voz solemne: *Hay, claro que sí, un asunto escabroso y triste, pero no pienso hablar de él porque solo podría servir para complicar más las cosas.* Y él, que debía tenerlo en mente, no se dio por aludido. Claudia Pardo, la profesora que está ahora en la cafetería y va entrevistarse con usted en cuanto yo termine, se encargó de darle detenidas explicaciones, y él aparentó que acababa de enterarse. Desde que alquiló el apartamento amueblado vivía solo y con cierto miedo a que pudieran robar en su casa, y también a enfermarse y a no tener a nadie que le ayudara y, lo que es peor, a todo lo que él sospechaba que le podía ocurrir que, bien mirado, no era nada, pero el miedo, la sospecha, superaba los riesgos reales. Si alguna vez me pasaba dos o tres días sin llamarlo, créame, me regañaba. Me decía que si por casualidad se quedaba muerto en el sueño, nadie se iba a enterar de lo que le

había pasado hasta que a mí se me ocurriera averiguarlo. Y si se lo tenían que llevar a urgencias, podría pasar lo mismo, verse solo en el hospital. Por eso desde el primer día me dejó un juego de llaves de su apartamento amueblado, y así creía sentirse menos solo. Cuando faltaba un mes para la boda, me llamó de nuevo. Llevábamos mucho tiempo sin vernos. Nunca necesité, como cabía esperar, hacer uso de las llaves, ni siquiera me acordé de que las tenía hasta que me pidió que se las devolviera porque un amigo suyo catalán, que le compraba muchas de sus creaciones en hierro, había de pasar unos días en Madrid y necesitaba prestárselas. Lo que quería decir, y usted me dará la razón, era que durante esos días el amigo me sustituía a mí en la vigilancia. Y yo le propuse, para no tener que hablar más con él, llevarle las llaves a casa, a la salida del Instituto, y él, que no iba a estar, me dejaría sobre la mesa la invitación de boda. Al día siguiente me llamó para decirme que sobre el asunto de dinero no tenía que inquietarme, como Claudia le había explicado, porque, hasta hacía solo un par de meses no había recibido los correspondientes pagos, pero ahora ya tenía preparado el cheque que había de darme en breve. Pero... ¡qué casualidad...! no se le había ocurrido ponerlo en otro sobre junto a la ridícula tarjetita de invitación: nos casamos, fulanito y fulanita, en la famosa capilla de santa no sé qué, y os invitamos a la cena que tendrá lugar en los salones tal.

No me sentí ausente en esos momentos que Lobato Riesco consideraba tan cruciales porque había dejado de interesarme por él. Y eso sin que se hubiera encendido el odio porque Lobato no podía ser una persona odiada, ni siquiera envidiada, era, estaba claro, la sensación de vacío. Ya ocurrió durante el verano que estuvo en la India. Como sabía que no iba a llamarlo por

teléfono, por los precios, ni a escribir una carta, porque nunca lo habíamos hecho, lo daba por inexistente, lo olvidaba sin advertirlo. Y para que no se sintiera herido con la ausencia, porque no experimentaba ningún sentimiento de venganza, le hice saber que una reunión de escritores ya prevista, pero no dada (de cuya Asociación ambos habíamos sido miembros) iba a coincidir con la boda, y yo tenía asignada una intervención ineludible, la misma que Lobato hizo un año antes. La distancia de los acontecimientos (Barcelona, el primero, Segovia el segundo) hacía imprescindible la elección. Lobato no insistió porque ya se temía lo peor cuando, después de la conversación en la terraza de mi casa, en la que me anunció los esponsales, pensado, ciertamente en el boato, no encontraba momento para entregarme la invitación, y no le parecía correcto enviármela por correo viviendo, como vivíamos, en la propia ciudad. Cuando Lobato pensó que ya no iba a tener ocasión de entregármela en mano, debió entrarle cierto temblor, cierto remordimiento, y se lanzó desesperadamente a buscar un momento para verme. Y como no podía, y como cada día se hacía más difícil enfrentarse cara a cara, y como al mismo tiempo su conciencia se sentía incapaz de prescindir del único amigo que había conservado en los últimos años, inventó la estrategia de la llave.

Todas las vidas pueden tener una lectura de fracaso y, sin cambiar nada, otra de éxito. Tomás hubiera podido desempeñar trabajos muy distintos, cualidades no le han faltado. Ahora está detrás de un mostrador, haciendo movimientos que solo lo conducen a la mecánica repetición de los mismos al día siguien-

te, y luego otro más, sin más tiempo para abrir perspectivas que la distribución de sus vasos, de sus tazas de café, de sus botellas... Y a veces Andrés piensa que su ex-alumno, desde una aparente y terrible modestia, le está dando la gran lección que él no supo dar:

— Mira, Andrés, interpretar la vida es mucho más sencillo que rodearla de ese tormento diario que tienes tú. Todo es cuestión de armarse de principios éticos, dos o tres, los fundamentales, el resto se cumple igual desde un mostrador, en un aula o en el despacho de una empresa. Y no hay que dar más vueltas.

Tomás rara vez utiliza la queja para cambiarla por unas palabras de consuelo. Hay, sin embargo, algunos huecos que no encajan bien. Tomás se lamenta, aunque con moderación, en momentos muy especiales, de sus fracasos amorosos con la americana, a la que el paso de los años no la ha borrado de su mente, y luego con Ana y, el último, con la lectora de francés, el que ahora lo tiene hundido en la melancolía. El, que tan resueltas ha tenido siempre otras parcelas, se ahoga en el mundo de sus amores, y solo los olvida un poco cuando se refugia en la resignación. Tomás se ha pasado la vida menospreciando a las que lo buscaban, y enamorado de las que lo miraban con indiferencia. Es el talón de Aquiles de Tomás, un camarero de cantina de Instituto que ahora da los últimos toques a su recinto, preparando el cierre, para volverse a casa y soñar un poco antes de que la fatiga lo venza.

Andrés está de nuevo en el polvo del aparcamiento. Ha terminado la entrevista. No va a esperar a Claudia, se haría muy tarde. Todo se cuenta alguna vez a alguien y él acaba de tener su momento. El inspector le ha prometido llamarlo a casa cuando termine con Claudia, pero no debe inquietarse por las exequias, Lobato Riesco lleva ya varias horas en el cementerio porque no ha muerto, como él creía, la noche anterior, sino un día antes, la madrugada del miércoles. Lo encontraron en una casa vacía, cuyos propietarios estaban ausentes. Los alertó una voz anónima que no quiso identificarse.

Andrés cree haberse excedido en su narración, en una historia que al mismo tiempo se ha explicando a sí mismo. Le apetecería tener la oportunidad de repetir el pasado para andarlo de nuevo, sin errores. ¿Quién será Alejandra Montañés? No. La foto que le ha enseñado el inspector no se parece a nadie que él haya visto en su vida.

Se cruza con hombres y mujeres que van y vienen por General Ricardos, junto al Mesón, que caminan seguros, ajenos, libres de la influencia de la muerte, del dolor de la muerte; niños endiablados corretean inconscientes. Y cuanto más le invade la indignación, más rápido avanza hacia ninguna parte.

Menos mal que vuelves!

Para Luisa eso es un decir. A ella no le importaría que Andrés volviera más tarde, nunca le ha importado que nadie vuelva tarde. Luisa pertenece a ese tipo de mujeres creadas para la autosuficiencia. Por eso resistió sin queja en la estrecha y elemental habitación de residencia universitaria entre monjas y jóvenes muchachas que se disputaban las citas en Moncloa, en Fernando el católico, que buscaban dejarse invitar al cine y a un bocadillo de anchoas en Revilla. Cuando alguien la invitaba a salir decía que sí, que de acuerdo, pero si no la había citado nadie, cogía su novela, la abría por la señal que había colocado el día anterior y se instalaba con un cojín sentada de lado en la mitad de su cama, sobre aquella colcha roja de residencia de monjas, a esperar transportada a otros mundos la hora de la cena. Luego bajaba despacio a tomarse, en la penumbra del inmenso comedor de mesas de mármol, una sopa de fideos, una tortilla de patatas con tomate y las uvas. Las chicas cenaban rápido y se subían a las habitaciones. Luisa tenía su ritmo, tan lento como el de una compañera que, una mesa más allá, se llevaba a la boca con la misma calma los últimos trozos de tomate picado. Y luego salían al pasillo, a hablar un rato. Y Luisa volvía a su dormitorio, se ponía

el camisón y se metía en la cama con el libro en las manos y la señal allí, cogida entre las hojas. Por eso, cuando en su primer y único destino le tocó el pueblecito de Cáceres, no le importó nada instalarse en una casa tan grande. Se preparó un rincón en el dormitorio más cálido, el que sospechaba ella que era el más cálido, para ponerse a leer, a prepararse las clases, a escribir una carta, o a lo que se le ocurriera hacer, sin esperar a nadie. Luisa nunca ha esperado a nadie, ni es curiosa, ni insistente. Su voz, sin embargo, cálida, produce sosiego y bonanza. Elisita no ha salido a recibir a su padre.

— Oye, Andrés, ¿no eres tú profesor de literatura? — Lo aborda antes de que vacíe sus bolsillos sobre la mesa.

— ¿A qué viene eso ahora?

— ¿No eres un apasionado del jazz que se pasa las noches en los clubs bebiendo champagne con guinda?

— Tanto como eso... ¡hombre...! ya sabes que me gusta el jazz...

Andrés siente un grato cansancio en las piernas, ganado entre la náusea de un día turbulento, el paseo de los Pontones, la ronda de Toledo, y un trocito de la calle Embajadores, para calmarse antes de entrar por Sebastián Elcano, para no dejarse dominar por la angustia. Se ha recostado ahora al lado de Luisa, en el viejo sofá en que ella pasa las horas.

— Bueno, Andrés, entonces ¿eres tú el amigo de la camarera?

— ¡Otra vez, Luisa! Las novelas son obras de ficción. Lo que escribo puede parecerse a la realidad, pero no tiene nada que ver, es fruto de mi imaginación. Ese profesor que ama el jazz es sueco, y yo no, por ejemplo; además es optimista, y yo no, y

por si fuera poco lleva gafas y cojea, pero eso no lo recuerdas, no se ha quedado en tu memoria selectiva...

— Sí, pero el profesor es amante de la camarera, sin ningún escrúpulo...

— ¿Y qué tiene de malo una camarera?

— No, ni de bueno, pero si tú eres amigo de una camarera y yo no lo sé, tampoco me gusta enterarme por lo que escribes.

— ¡Qué más te da! Eso son las novelas. Digamos que camareras conozco algunas. Por lo menos empiezas a interesarte, aunque sólo sea para descubrirme. ¿Y Elisita?

— En su cuarto.

Luisa no está dispuesta a abandonar la conversación tan fríamente, tan a secas, tan en lo abstracto:

— Explícame de dónde te has sacado lo de la camarera.

— Y tú explícame por qué no me lo has preguntado esta mañana, después de leerlo.

— Porque esta mañana no me he enterado bien.

Luisa rechaza comprender los momentos bajos de Andrés que ella desconoce en sí misma. Luisa se impone una autodisciplina espartana, y le gustaría que todos hicieran lo mismo, pero no está dispuesta a exigirlo. Por eso no ha querido darse por enterada nunca de las angustias de su marido, porque piensa que si se prestara a oírlo, las avivaría...

— Las camareras son amantes de mucha gente. Una camarera que está enamorada tiene mucho de romántico, ¿no te das cuenta? Es cuestión de estética.

Luisa está convencida de que sus novelas no tienen estética, pero Andrés, conmovido ahora por su repentino interés, le explica los fundamentos de su habilidad:

— Imagínate, Luisa. Ken Banson, del departamento de lenguas románicas de la universidad de Estocolmo, ha venido a Madrid, durante el verano, para estudiar a Benet, y se pasa el día en la biblioteca, sin hablar con nadie, o mejor, hablando únicamente con el encargado de los carnés, con ese gordo bonachón que fuma puros, que siempre tiene un puro, apagado o encendido, en la boca, y que, por ayudarle, a veces infringe las normas internas de la ilustre Biblioteca Nacional. Luego, cuando cierran, a las nueve de la noche, que todavía es de día en julio, se da un paseo por Génova y Sagasta, para compensar la sentada de la biblioteca, para estirar las piernas. Cena algo donde puede, en la barra, nunca sentado, y se refugia en un club a oír jazz, y allí conoce a la camarera, porque la que sirve las mesas estudió a Benet en clase, y luego ha seguido sus publicaciones, una a una. Al profesor Banson le produce una tierna emoción hablar de Benet con la camarera del club de Jazz, porque en su país, en Suecia, son los emigrados extranjeros los que se dedican a la hostelería, y esos no leen, ni en español ni en sueco. Así la camarera es todo un símbolo primero, y luego se eleva a mito, a cierto mito erótico. Y lo más paradójico llega cuando Ken Banson descubre que ella le da a él, al profesor, cien vueltas en Benet. Y cuando comprueba que aprende más en el jazz que junto al señor del puro, el de la biblioteca, por mucho que le facilite el trabajo, empieza a experimentar ese trastorno que los nórdicos sienten en los cambios imprevistos de planes. Y, en la confusión, la camarera se convierte en su ídolo. Todo su interés se transforma entonces en abarcarlo, en dominarlo, y así se inician esas citas erótico-intelectuales en un hotel, que pasa a ser el tercer espacio benetiano para el profesor.

Lo ha soltado todo. Es un alegato a la selección de sus argumentos y, al mismo tiempo, se está explicando su propio guión.

— Si, pero tú, en concreto, ¿de dónde has sacado esas descripciones tan exactas, tan realistas? Primero las del coche, que es el tuyo, y luego las de ese viejo hotel de la calle León, que parece real, diseñado con detalles inequívocos...

— Me alegra, Luisa —ha elevado el tono de voz— que te guste la descripción. Creo que, o empiezas a entender mi estética, si es que tengo alguna, o realmente escribo mejor.

Le gustaría aprovechar para seguir hablando de libros, pero no es el momento. Se queda en silencio para dar la noticia. A Luisa no le ha convencido la respuesta, pero está viendo cómo la conversación se aproxima al terreno de lo inconcreto, y allí ella no quiere llegar. ¡Quién le iba a decir a Andrés que una profesora de griego no querría entrar en ese terreno tan resbaladizo y emocionante de lo abstracto!

Andrés se pierde en sus pensamientos, que hoy no encajan, y en los juegos con Elisita que viene con un bloc de dibujos, hechos por ella misma, dispuesta a agotar la paciencia de cualquiera que quiera atender a su explicación sobre el sentido de cada una de sus obras. Se sube en sus rodillas y empieza a interpretar la primera. Andrés sabe que puede tener para largo si se muestra dispuesto a oírla. Cuando le lleva la corriente o le hace reír se lo agradece con un beso y un apretón con las dos manos en la cabeza. La página siguiente es el perfil de un oso en un campo de estrellas infinitas, todas pintadas de azul oscuro, en un fondo que pretendía ser de azul más claro si la paciencia le hubiera permitido colorear hasta el final. Elisita no ve negro el fondo de las estrellas, lo sigue viendo azul.

— Este es un oso muy listo... —dice Elisita con voz entrecortada y dulce— muy listo... que viaja por el espacio... para saber... lo que hay muy lejos... y entonces...

Entona con esmero y brillo, con ricas variaciones cristalinhas, con calma... Andrés la deja seguir mientras mira de reojo la primera página del periódico que está allí al lado, sobre el sillón.

— Pero después de lo que ha ocurrido... no creo que vuelva, por eso no le he dibujado ni casa... ni nada.... Este oso prefiere... quedarse en el espacio.

— ¿Y de qué se va a alimentar? —le pregunta para que se sienta atendida.

— Papá, en el espacio no hace falta comer, no ves que no hay comida, ni nada, solo estrellas, y las estrellas no se comen...

Elisita pasa la página.

Luisa está en la cocina. Andrés abandona a Elisita a su suerte, ya envuelta en su imaginación, con su bloc de dibujo, tan concentrada, con tan pocas ganas de abandonar su universo, y le cuenta todo a un oyente imaginario, o a sí misma, porque empieza a aprender de la autosuficiencia de su madre. Luisa está lavando unos champiñones para la cena.

— ¿Sabes que no sé qué título darle a ese cuento del investigador? —le pregunta Andrés.

— ¿No estabas oyendo a Elisita que te está enseñando sus dibujos?

A Andrés le desespera la tranquilidad con que Luisa rechaza la pregunta y se vuelve dominante, protectora de su hija, porque así lo decidió hace tiempo. Pero tampoco le va a contestar. Ya sabe lo que viene después. Por eso Andrés se vuelve al salón y sale a la terraza. Contempla las luces de la ciudad.

Deja pasar unos minutos. Desea recuperar la calma, las formas, el tono, la habilidad para darle la luctuosa noticia. Hace mucho tiempo que entre aquellos muros no se habla del escultor. Regresa a la cocina, se refugia en el sosiego y con palabras tan tistes como los recuerdos le dice:

— ¿Sabes que ha muerto Lobato?

— ¿Cómo...?

**

— Señor inspector, no crea que me agrada hablar sobre Lobato. Más me gustaría saber de una vez los motivos de este interrogatorio que a mí me parece tan inútil si no sospecha nada, como usted parece haber dicho, y tan irracional si no explica mejor ese misterio que esta mañana no hemos podido develar. Y no me diga que lleva aquí todo el día hablando con profesores solo por cumplir con la rutina. Así que, o me dice lo que quiere de nosotros, o no pienso contarle nada, a menos que un juez me lo exija, o me convenza de que existen razones fundadas para que colabore.

— Yo no soy inspector, señora...

— ¡Que no es usted inspector...! Entonces... ¿qué hace aquí?

— Perder el tiempo, si usted no se presta a ayudarme...

— ¿Perder el tiempo? No me refiero a eso. Quiero decirle... ¿Qué hace aquí si no es inspector de policía...?

— Precisamente por eso, porque no soy inspector no puedo hacerlo en comisaría.

— ¿Pretende usted engañarnos?

— No exactamente. Yo no he dicho que fuera inspector, ni he presentado documento alguno que lo acredite, sino que usted, y sus compañeros, primero el director, han podido confundirse y, en vista de que así era más fácil, no he querido deshacer antes el equívoco. Ahora que usted se ha enfadado le puedo aclarar, con mucho gusto, lo que sé, pero no lo que ignoro, que por eso estoy aquí.

— Más le valdría, porque yo sí que estoy dispuesta a llamar a la policía ahora mismo...

— Hágalo, por favor, si no le importa. ¡Ojalá sirviera de algo!

En el sillón del despacho del director del Emilio Castelar no se ha sentado nadie. El visitante y Claudia charlan al otro lado de la mesa, en dos asientos muy rectos. Tendría que haber un cuadro del rey, pero lo quitaron para pintar las paredes el verano anterior y todavía no ha sido devuelto a su sitio. Cuando Ramón quiso hacerlo ni le gustó el lugar que ocupaba antes, sobre una estantería desmontable, ni lo puede colocar a su espalda, tras de su sillón, porque una ventana y una cortina, que ha perdido el color, lo impiden. Mientras deciden un lugar adecuado, se quedó encima del armario, y ahí sigue, lleno de polvo.

— Yo vivo en la casa donde apareció muerto su amigo y compañero de trabajo, pero no lo conozco de nada. La primera y última vez que lo he visto ha sido una hora antes de su funeral. ¿Comprende ahora lo que hago aquí?

Se ha quedado muda.

— ¿Cómo dice...?

Claudia rechaza los silencios.

— Sí. Ese escultor, que también fue escritor y de quien nunca había oído hablar, murió en mi casa en la noche del miércoles al jueves y, según dicen los vecinos, no era la primera vez que lo veían por allí. Voy a ser más directo que con su amigo Serrano.

Saca, con calma, una fotografía de un bolsillo de su chaqueta.

— ¿Conoce usted a esta chica?

— No. De nada.

— Le dice algo su nombre, Alejandra Montañés Santos.

— No, tampoco.

— ¿Y Nina?

— Pues no. Conocí una Nina en la universidad, pero no se llamaba Montañés, además, no es la de la foto. ¿Puedo preguntar quién es esa chica?

— Si, le voy a contestar, pero, si a usted no le importa, me gustaría que antes pensara un poco si no ha visto nunca a su amigo Hipólito con esta chica, o si no lo ha oído, por alguna razón, hablar de ella, de Alejandra, Nina Montañés Santos.

— Por qué no me dice algo más, o me da algunos detalles, a lo mejor he oído hablar de ella y no lo recuerdo...

— Nina es secretaria en una empresa de cementos que está en la calle Infanta Mercedes. Ha estudiado bachillerato en el Instituto Isabel la Católica y luego lenguas en la Escuela Oficial de Idiomas. Vivía en la calle Vizcaya, y ahora en la prolongación de General Mola o Príncipe de Vergara, que es su nuevo nombre.

— ¿Y no le ha preguntado usted esto mismo a Mary Flores, o a la viuda?

— Claro que sí. Ellas son las que me han sugerido que debía preguntárselo a...

El falso inspector saca una agenda del bolsillo, y la abre para leer una nota:

— A los profesores Claudia Pardo y Andrés Serrano.

— ¿Andrés tampoco la conoce?

— No. Usted es Claudia Pardo, claro. Estoy un poco perdido. He hablado con tantos profesores. ¿No cree que deberíamos tutearnos? Me llamo Marcos y trabajo en el departamento de compras de la misma empresa que Nina.

Solo en determinados momentos afloran situaciones dramáticas que, en la vida diaria, parecen no esconder misterio alguno. Andrés quiere hablar con cualquier familiar, amigo o allegado a Lobato, pero sabe con crudeza que, aunque está entre las personas más cercanas, desconoce casi todo de su vida, de lo que pensaba en los últimos años, de lo que ya no podrá volver a decirle. Lobato no contaba todo, es verdad, pero como no han localizado a su mujer se pregunta a quién tendría que llamar, con quién tendría que pasar unas horas para compartir un extraño y punzante dolor. Lobato tenía hermanos, al menos uno. ¿Habría llegado a tiempo al funeral, si es que ha acudido alguien de su familia? ¿Tenía que llegar la muerte para descubrir que junto a Lobato no había nadie?

— ¡Ah! ¿No te he dicho que ha vuelto a llamar Mario? — Grita Luisa desde la cocina.

No es el momento de pensar en Mario.

— ¿Y qué dice?

— Que lo llames si puedes...

Pero no puede llamar al Mario, hablar otra vez de algo tan insignificante frente a la muerte. Comprende que Mario debe estar, tal vez, necesitando una voz amiga. No le servirá su ayuda. Las fantasías y Paola exigen el mismo desequilibrio, un vivir día a día en la cuerda floja. Al fingido abogado no le sirve nadie, como a Lobato. ¡Uf! se están complicando los pensamientos.

Elisita no siente la necesidad de ser oída y sigue hablando sola, con la misma entonación que si la oyeran decenas de personas. A lo mejor Lobato tampoco necesitaba a nadie. Elisita y Luisa son ejemplos de modestas y prudentes ambiciones y deseos, de sagacidad.

— ¿Sabes que dentro de un rato tenemos que ir a la estación? — grita Luisa desde la cocina.

— No me acordaba.

Se acerca Andrés hacia ella.

— ¿Y sabes tú que he vuelto andando? Estoy agotado. Mañana otra vez el lío...

— Cuando estén aquí te gustará.

— Eso era antes; ya han dejado de gustarme esos fines de semana de cumplidos.

— Pues bien que hablabas con el primo Julio la otra vez.

— Hablaba. Ya he agotado los temas.

— Me doy cuenta, claro que me doy cuenta. Lo único que te interesa son esas historias con camareras descritas en libros pretendidamente intelectuales...

— No empieces otra vez. No se puede hablar de esa manera tan simple. Quizás deberías preguntarte por qué no me agradan otras cosas.

— Porque eres muy complicado, porque no sabes vivir de manera sencilla, —se mueve de un lado a otro preparando la cena— porque no puedes hacer las cosas como todo el mundo, tener amigos entre tus compañeros de trabajo, ser natural...

— Ser sencillo como tú... ¿eso es lo que quieres decir?

Luisa, muchas veces, es la última en enterarse de los asuntos de Andrés. Otras veces no se entera nunca, y no le importa.

La tranquilidad del carácter de Luisa lo ha desconcertado desde siempre. Ya no se parece casi en nada a aquella mujer que vio por primera vez, muchos años atrás, sudorosa y desarreglada, jugando una partida de ping-pong. Llevaba pantalones largos, de pana, y una camisa de hombre. «Andrés, esta es Luisa, la profesora de griego». Así la presentó Lobato Riesco, y la jugadora cambió la pala de mano para saludarlo. ¡Qué necesidad tenían de aprender griego aquellos olvidados muchachos de los confines de Cáceres! Y allí, medio perdida en el mapa, Luisa ocupaba sus horas leyendo a Platón, traduciendo a Jenofonte, y en mil iniciativas más. Se le ocurrían las bromas más impensables, se divertía con cualquier objeto, exploraba las conversaciones más triviales y aunque vecina reciente, era ya conocida por todo el pueblo y por muchos curiosos de las aldeas vecinas. Luisa, trozos de huesos ordenados, lucía o deslucía una corta melena algo más larga que la de sus alumnos, y desbordaba optimismo en todos los momentos del día, y de la noche, salvo los que pasaba encerrada en su casa de ocho habitaciones, repartidas en dos pisos: «Ya sé que me sobra, pero no he encontrado otra cosa... Y total... por un año». Y lo decía con un talante conmovedor.

Luisa, Lobato y Maxim y otros profesores, y las maestras del colegio del pueblo, se reunían a comer, a charlar, o a hacer

excursiones al pantano, y ella y Lobato eran el alma del grupo. Que un proyecto se llevara a cabo dependía de que uno de ellos, o los dos, participaran o no, y participaban siempre. Todo aquel que conocía a Luisa quedaba inmediatamente deslumbrado, no podía ser de otra manera. Y en ese caso, y a pesar de ser una chica muy flaca, casi solo huesuda, el número de personas atraídas por Luisa debía coincidir con el número de varones, en edad de estar enamorados, que tuvieran la ocasión de contemplarla. El cálculo matemático parecía lógico pero si la personalidad desbordante de Luisa producía efectos tan inmediatos ganaría tantas enemigas como amigos se iba haciendo, porque en esos pueblos, la envidia no perdona. Y no era ese el caso. Entre las amistades de la nueva profesora de griego no había distinción de sexo. ¿Dónde estaba entonces la verdadera virtud de Luisa? Andrés no la descubrió de inmediato y si la encontró fue, tal vez, porque él era para aquel ambiente un espectador externo, de unos días. Nadie había notado que Luisa fuera tan importante, ni la propia Luisa, llegó a pensar Andrés. Las cosas sucedían con extremada naturalidad, con más llaneza de la que Andrés había concebido para dar forma al razonamiento. ¿Por qué había que explicar esas situaciones? Eran así y basta. Y como Andrés advirtiera que nadie y a la vez todos, se habían fijado en ella, se despertó en él el afán de atraerla. A Luisa nunca se le hubiera ocurrido distinguirlo entre los demás, ni a él ni a nadie. Pero Andrés quedó tan embrujado que, unas semanas más tarde, repitió el viaje, y una noche, cuando la vecina y amiga de Lobato se despidió para irse a dormir, entró con ella en su propia casa con el propósito de no salir de allí sin un cierto compromiso de fidelidad. Luisa tardó en advertir los propósitos del amigo del restaurador. Por eso su

generosa acogida facilitó que, cuando quiso darse cuenta, ya no pudiera volver atrás. Tampoco eso pareció incomodarla demasiado. Solo le dijo que había sido muy astuto con aquella historia de la cartera, pero que se alegraba de ello. Así, sin ninguna palabra más, él entendió que no le era indiferente.

Tardó Andrés en advertir que había exagerado sus logros, que estaba muy lejos de aquella idealización. Luisa, recién salida de la universidad, con su juventud intacta, estaba llamada a ganar en belleza, a ser continuamente solicitada y a perder, cada vez más, ese aire de muchacho que había debido espantar tiempo atrás a más de un compañero de facultad. Era Luisa, sin embargo, de esas personas que rechaza estar ante alguien sin hablar: preguntarle al empleado de gasolinera por el tiempo, mientras llena el depósito; bromear con el camarero que había traído una cerveza en vez de un café con leche, así, por las buenas; comentar con el vecino el estado de la fachada, tan deteriorado por las lluvias, sin venir a qué; saludar al anciano que tomaba el sol en la plaza, aunque no lo conociera; preguntarle al lechero por la crisis política, de repente, para evitar un silencio; hablar de literatura con el tendero, solo porque había leído una novela de Kafka; embaucar al hermano del profesor de latín... Luisa ya no era la pasiva estudiante de griego en colegio de monjas, sino un acoso constante, y en ese círculo se encontraba Andrés hasta que, con más fortuna que buenas artes, empezó a destacar en su universo íntimo un poco más que los otros. Cuando llegaron a conocerse, a descubrirse, a investigar en sus respectivas almas, Luisa se volvió taciturna, reservada, pero eso tardó tiempo Andrés en advertirlo.

— ¡Así que Marcos! —dijo Claudia— ¡Cómo pueden cambiar las personas cuando se les añade algo más! Después de recorrer la ciudad en busca de alguien que me diera noticias de Lobato, te he visto como un policía; después, por un momento, como un chantajista, y he tenido miedo. Ahora me truecas de nuevo el entendimiento y te veo como un ciudadano que se ve envuelto, sin querer, en un buen lío. ¿Cómo podría saber que dices la verdad?

— Porque nunca he tenido interés por ocultarla. Digamos que me ha sido más fácil obtener datos. Verás... Yo viajo constantemente. Martes y miércoles siempre en Barcelona, jueves y viernes puede tocar Bilbao, Valencia o Cádiz y a veces, pocas, el extranjero, siempre en los puertos, para estar al tanto de los barcos de cemento, que es lo que me manda la empresa. Solo desde hace unos meses, con los nuevos aviones, consigo llegar a casa los viernes, y descansar. Y estoy un poco hastiado de no tener la calma de un hogar, de vivir en hoteles, en comidas de negocios, en el coche, en los trenes.... Ayer, que estaba yo en Vigo, me llamaron para que volviera urgentemente a Madrid. Había que identificar un cadáver hallado en mi casa. Menos mal que me dieron el nombre, Hipólito Lobato Riesco, si no, podría haber pensado durante las horas que tardé en llegar que era alguno de mis amigos, o de mi familia. Evidentemente no había visto nunca a ese hombre, pero ¿cómo había venido a parar a mi casa?

— ¿Y no le dejabas la llave a nadie?

— Empiezas a adivinarlo, Claudia, pero ahora se han cambiado los papeles, porque veo que no soy yo el que pregunto. ¿Por qué no salimos fuera y tomamos algo? Parece ya muy tar-

de para seguir aquí. Al fin y al cabo he dejado de ser el inspector de policía.

De la desbordante vitalidad de su juventud Luisa conserva un espíritu prudente y diestro. Para la profesora de griego los problemas que atormentaban el alma nacían y morían en el propio ánimo, por eso no se los planteaba ni quería oírse los a nadie. Fiel a Platón, para Luisa los cuerpos habían vivido en un estado hermafrodita, ambivalente, y luego se dividieron. Ahora una mitad atraía con fuerza a la otra, a la primitiva, y esa era la relación hombre/mujer. Lo más importante consistía en descubrir la otra mitad, encontrar la que en el pasado había pertenecido al mismo núcleo. Y ella, Luisa, por casualidad, o por lo que fuera, tenía ya la suya, y no estaba dispuesta a cambiarla, ni a plantearse que hubiera que hacerlo; la tenía y se acabó, y no había más que hablar. Ese era uno de sus grandes principios, no preguntarse por aquello que ya daba por resuelto. En ese sentido, Luisa sacaba una gran ventaja al grupo de compañeros que se reunían algunos fines de semana en los confines de Cáceres. Luego no hubo nadie, solo ella y Andrés, y eso les bastaba, porque, en realidad, las amistades del Emilio Castelar nunca llegaron a existir de manera convincente. La vida de Luisa, por tanto, empieza y termina en ella y luego hay un círculo quebrado que selecciona su entorno. Podrá ser buena o mala su elección, que en eso ella no entra, pero está dispuesta a defenderla en cualquier momento. Cuando modifica alguno de sus comportamientos en seguida busca un argumento sólido y, una vez instalado, no lo cambia por nada del mundo.

En cierta ocasión, en Roma, mientras Andrés y Luisa cenaban en el barrio de Trastévere, en un romántico restaurante, dos velas rojas sobre la mesa, tan envueltos en un ambiente único, irrepetible, a Andrés, en un arrebató sentimental, se le ocurrió preguntarle por sus vidas en común, las de ellos, por lo que Luisa pensaba sobre sus sentimientos actuales. Y ella, la profesora de griego, ajena al mantel de encaje, al aire suave del anochecer de agosto, a la llama fervorosa de las velas, a la impresión de haber paseado, por primera vez en sus vidas por las orillas del Tíbet, ajena a la entonación romana del camarero, a aquella elegantísima turista alemana que, con su marido, cenaba con champagne en la mesa de al lado, al vino blanco, espumoso, con el que ella y él acompañaban al *risotto de frutti di mare*, al inmediato recuerdo de todo lo que aquel día habían visitado, con tanta emoción, con tanto encanto, a la grata y reconfortante impresión de sentirse en Roma, le contestó, con toda naturalidad, como si nada de aquello existiera:

— ¡Quieres no preguntar tonterías!

Andrés había admirado, y luego amado, en Luisa, hasta su modo de respirar, hasta su aliento. Si antes de conocerla hubiera descrito su ideal femenino lo habría hecho más imperfecto que la realidad que descubrió jugando al ping-pong en aquel rincón perdido de Extremadura. Andrés no había ido a la provincia de Cáceres a enamorarse de nadie porque ya se consideraba afortunado con las posibilidades que le ofrecía su propia ciudad; solo había ido a llevarle los libros a Lobato. Pero Luisa transformaba cualquier proyecto. Si le preguntaran: *¿qué te gustó de ella?*, tendría que responder: *todo, sencillamente todo*. Cuando examina lo que le atraía a ella de él, encuentra un vacío, pero no va a preguntárselo a Luisa para no facilitarle una

respuesta como la de la velada del restaurante del Trastévere. A Luisa no le ha gustado la adulación, la pone nerviosa. A poco de conocerla le reprochaba a Andrés que les hablara a sus amigos demasiado bien de ella, incluso en su presencia. Más tarde le reprochó lo contrario, que solo hablaba de ella para criticarla, porque había modificado sus conceptos, para acercarse más a lo que ella quería; y, en los últimos años el reproche consistía en pedirle que dejara de hablar de ella, ni bien ni mal, porque sus alabanzas sonaban a falso, y, tras el preámbulo, Luisa añadía la conclusión: *el problema es que eres retorcido, y no sabes protegerte en las cosas sencillas.*

¿Qué había en común, entre Luisa y Andrés? Todavía no lo saben. Y ya no lo quieren comentar. Tal vez lo mismo que con el vendedor de gasolina, con el lechero y con el hermano de Lobato... Luisa, en cualquier caso, probablemente necesitaba elegir a alguien y ese fue Andrés. ¿Cómo venció Andrés en la elección? El enamorado no se he atrevido a investigarlo por temor a que ella, Luisa, hubiera cometido un inadvertido error y sus preguntas facilitarían ingenuamente la evidencia. Ahora, once años después, empieza otra vez a explorarlo mientras la contempla: está rociando los champiñones con agua del grifo.

Luisa sigue moviéndose con gracia por la cocina, con mucha menos gracia que antes, pero todavía con mucha gracia.

*** **

El Mesón del Júcar, en General Ricardos, está lleno de recuerdos para Claudia, de gratas charlas en las tardes de invierno, situaciones que no han de repetirse y que no se parecen a la que ahora tiene con el comerciante Marcos Alcántara, a

quien le han servido un café. Ella no quería tomar nada, pero le parecía mal sentarse sin consumir y ha dicho: *una tónica*. Preferiría una botella de agua. Claudia está convencida de que es mejor pedir agua que bebidas azucaradas para no volverse otra vez rellenita, como de pequeña. A Claudia le gusta mirarse al espejo y estar de acuerdo con el perfil y los aires que le devuelve. Las gafas las tiene asumidas. Y no piensa dejarse llevar por la dejadez ni ahora ni nunca pero sabe que el camarero podría mala cara, porque la conoce desde hace mucho, si pidiera agua mineral. ¿Cómo va a cobrar el agua como una bebida cualquiera? ¿Cómo va a ponerle agua mineral, que sabe él que es peor que la del grifo? El Mesón del Júcar, de General Ricardos, es el único lugar donde Claudia pide tónica.

— Pues verás —dice el falso inspector— ya era hora de que se lo dijera a alguien claramente. Uno piensa que hay cosas que nunca tendrá que contarlas, pero llega un momento inesperado en que se hacen necesarias. Si hubiéramos empezado la entrevista como con tu amiga Mary Flores, o incluso como con la viuda de Lobato, no tendría que contarte que Nina tiene un juego de llaves de mi casa. Si algún compañero o amigo de Lobato la conociera, mis inquietudes y necesidades irían por buen camino, porque ahora estoy aún más confuso que ayer cuando vi el cadáver, o incluso que seis horas antes, cuando me avisaron. ¿Qué hacía un hombre muerto en mi casa?

— ¿Y ya se lo has preguntado a Nina?

— Eso es lo que me gustaría hacer, preguntárselo, pero desde principios de este mes, y hasta el final del que viene, estará en Estados Unidos, y no en un lugar concreto, no, sino de una ciudad a otra.

— ¿Y has podido confirmar que eso es cierto?

— No. He preguntado por ella y nadie me ha dado noticias de su regreso. Lo nuevo, lo que voy a decirte a ti por primera vez, y que necesito decirle a alguien, y ni siquiera lo he podido contar en la policía, es que Nina, que es mi secretaria, es también, o por lo menos ha sido hasta el día que la dejé en el aeropuerto (e incluso cuando me envió la primera postal desde Albany) mi amante, o mi novia, porque a mi edad, créeme, ya no sé cómo decirlo. A lo mejor te sorprende que un hombre mayor, como yo, tenga una pareja tan joven. Yo no lo he buscado, o mejor dicho, lo he buscado toda mi vida, y cuando ya me había resignado a olvidarme, apareció Nina. Era una cría, una perfecta niña cuando me la asignaron, que yo no la elegí, como secretaria. Me habían buscado a alguien que descolgara el teléfono y anotara los mensajes, que actuara en mi nombre mientras estoy fuera, pero también que pudiera resolver los asuntos que surgen en una ciudad y alguien que viaja cinco días a la semana no puede resolver: renovar el carné de conducir, recibir al fontanero que ha de arreglar necesariamente un grifo, llevar el traje a la tintorería, pagar el recibo del agua, intervenir en los asuntos domésticos, qué se yo, y mil asuntos más. Lo que quiero decirte es que necesitaba darle una amplia confianza para que pudiera actuar en mi nombre, y también que entrara y saliera libremente de mi casa cuando lo necesitaba, por eso siempre tuvo llave. Cuando la contrataron para mí, hace cuatro años, como te iba diciendo, era un desastre. Todo lo hacía al revés, pero poco a poco ha sabido entender lo que me hacía falta, hasta ha sabido ocupar el espacio que el hombre puede pedirle, entiendes lo que quiero decir, a una mujer.

— Y piensas, y cualquiera lo pensaría, que Nina y Lobato se conocían, se veían en tus ausencias... Y una noche, la del miér-

coles, que nunca pasas en casa, estaban allí los dos y él murió... de algún ataque... ¿O Nina lo mató?

— Pues sí. Eso fue lo que pensé en el avión cuando venía de Vigo, claro, que me había engañado, y que se había aprovechado de las llaves para llevarse a casa a otras conquistas o algo así... Pero ahora que he conocido, e interrogado, a las personas más allegadas a Hipólito no he hecho más que incrementar mis dudas.

*** * ***

La profesora sin función se ha preparado en pocos minutos y Elisita recibe instrucciones.

— No tardaremos mucho. Te quedas viendo la tele y si a las diez no hemos vuelto, te acuestas.

— ¿Y si a las diez no han llegado todavía?

— Mañana los verás. Se van a quedar hasta el domingo.

— ¿Y por qué no se quedan más tiempo?

— Porque no pueden.

— Pues yo quiero que se queden.

Luisa apaga la luz del pasillo, comprueba que ha cogido las llaves, abre la puerta y llama al ascensor. La tarta de champiñones se ha quedado en el horno. La mesa está puesta para cuatro.

Bajan en silencio. Luisa no quiere darse cuenta de que ha ganado peso y ha perdido imaginación, de que ha empobrecido en espontaneidad y se ha enriquecido en soledad, de que ha perdido la melena castaño por una permanente informal. Pero Luisa no lo piensa, ni siquiera se le ocurre hacer planes... ¿Para qué? Solo espera de la vida la ausencia de sobresaltos, la tran-

quilidad. Antes de casarse, en uno de aquellos paseos románticos con Andrés por un parque desconocido, le dijo en tono indiscutible y sentencioso:

— Si tenemos hijos, dejo el griego hasta que sean mayores.

Y no le permitió que discutiera su irrevocable decisión, que a él le pareció, por entonces, una simple e inconsistente sugerencia. Y como no cabía romper el compromiso explícito, y como Andrés no sospechara que Luisa pudiera llevar su promesa hasta los últimos extremos, a poco del nacimiento de Elisa presentó la renuncia en su Instituto y le advirtió:

— Tú puedes hacer lo que quieras, pero en mi dedicación a esta hija no cabe más decisión que la mía hasta que considere que pueda valerse por sí sola.

Desde entonces no ha querido reavivar la irrevocable medida y cuando alguien le pregunta por su trabajo, Luisa, con la delicadeza de una madre inveterada, ataja la iniciativa y al mismo tiempo sugiere, para cambiar la conversación, algún asunto banal.

También había cambiado los planes de Andrés, o lo que él por entonces llamaba planes, es decir, una retahíla de proyectos de esos que se sueñan mientras se hace la carrera y que luego, con la sujeción al trabajo, es imposible concretar. Puede decirse que al conocer a Luisa habían mejorado los proyectos, los enriquecía con la presencia de ella. Y si la historia de una vida se pudiera someter a esquemas más precisos acabaría diciendo que, cuando no la conocía, un abanico de posibilidades se abría ante él, y luego, cuando la conoció, aquella noche de la entrada furtiva en su caserón de ocho habitaciones, modificó sus proyectos. Luego fueron desapareciendo las posibilidades y acabó por aceptar el único propósito que descartaba al princi-

pio. La noche de las ocho habitaciones fue, y él no lo supo hasta mucho más tarde, la encrucijada. A partir de entonces no iba a elegir, porque estaba ya eligiendo al entrar allí, atraído por una fuerza irresistible, por un poder sobrenatural que no le permitía barajar las opciones. Antes de la noche de las ocho habitaciones él había vivido otras peripecias y por eso experimentaba cierta seguridad, aunque inferior a la que suponía. Y no dudó en aceptar la situación como lógica. Y Luisa, amparada en la entereza de Andrés, la interpretó también como habitual para la gente de Madrid, ciudad donde la ligereza del trato, y la modernidad de las costumbres, admitía mejor determinadas situaciones que en provincias parecerían comprometidas.

Habían pasado el día en un pantano, cerca de allí, comiendo unas chuletas de cordero asadas con un vino tinto que Lobato Riesco, siempre dispuesto a sorprender, tenía reservado. Eran más de una docena de profesores, del Instituto y del colegio, y algunos más, gente del pueblo. Las maestras tenían una risa fácil, y acompañaban a los chistes ingeniosos o vulgares con continuas carcajadas. La risa atiplada de una de ellas, y sus propias algazaras, lánguidas, cadenciosas y agudas, provocaban nuevas risas y, si había una pausa, Luisa, prudentemente, intervenía para decir algo que resucitaba un recuerdo grato de los últimos días; y cada vez que Andrés oía su voz en aquellos parajes de pinos, algo se iba marcando en algún lugar de sus atormentados sentimientos. Y empezó a tener dificultades para hablarle, para dirigirse a ella con naturalidad, y advirtió que lo hacía con prudencia, con cierto recelo, con extrañas inquietudes, con temor de que algo pudiera molestarle, y lo interpretó como signo irrefutable del estado del hombre enamorado.

Volvieron del pantano en los coches, en aquellos coches con los que tanto trabajo costaría circular ahora. Luisa en el de las maestras, y él en el de Lobato, detrás, con otros profesores. Caía la tarde. Luisa los invitó a té en vaso, de distintos tamaños y procedencias, porque asumía complacida la escasez de enseres. La casa de ocho habitaciones era antigua, de dos pisos, con unas escaleras muy pendientes, medio amueblada y con claros signos de reformas atropelladas unas sobre otras. En su salón seguía la algarabía con las maestras, ahora un poco más calmadas. Andrés se había arrinconado en el borde del sofá y hablaba poco. La conversación se deslizaba de persona en persona, por gente del pueblo, por anécdotas del lugar.

Y se retiraron a sus casas a una hora más temprana que la habitual. El día los había agotado precipitadamente. Andrés, en la emoción del enamorado, habría perdido el sueño y la fatiga, pero no podía decir que se quedaba, no se habría entendido. Y se despidieron de las maestras, que se fueron calle abajo, y Lobato y Andrés, que tan bien se entendían por entonces, se fueron juntos hacia la plaza, hacia el piso que graciosamente le había cedido y que estaba muy cerca del de Luisa. Lobato no gastaba bromas, y si lo hacía las lanzaba tan encubiertas en la naturalidad que uno tardaba en entenderlas. Y Andrés le dijo, por decir algo:

— Ha sido un buen día... — mientras lamentaba el fin que le había privado de la presencia de Luisa.

Y Lobato y Maxim se sentían satisfechos.

— ¿Qué te parece Luisa? — le dijo cuando casi se esperaba la pregunta.

— Supongo que no necesitas que te lo explique, ya lo habrás notado.

— Pues te costará imaginar que ella es como hoy los siete días de la semana... Y no hay manera de seguirle el ritmo...

— ¿A ti también te parece atractiva?

— Y a todos. En cuanto está en el Instituto todo cambia, por eso los profesores preguntan a todas horas por Luisa, y ella, en cuanto tiene un minuto, se viene conmigo a ver cómo van las restauraciones, o a jugar al ping-pong...

— ¿Al ping-pong?

— Si. Hacemos campeonatos. ¿No la has visto? Aquello no era accidental.

— ¿Y quién gana? —realmente no tenía tanto interés por saberlo, pero le surgió así la pregunta.

— Estamos bastante igualados. Ella es un poco mejor que yo.

— ¿Y no tenéis fama de estrafularios?

— Luisa sí tiene esa fama, y yo también, porque le sigo la corriente, y porque los artistas ya tenemos esa fama.

Subían unas escaleras viejas, reparadas varias veces con baldosas de distintos colores, muy anchas. El dormitorio de Andrés en la casa de Lobato era una sencilla estancia con una cama muy grande, una mesita de noche y una tenue luz blanca. Cuando fue a vaciarse los bolsillos no encontró la cartera. No era difícil adivinar que más que perderse, se le hubiera caído en el sofá de la casa de Luisa, con aquellos pantalones en los que, de pie, o andando, encajaba la cartera en el bolsillo de atrás, y la protegía abrochando el botón, pero cada vez que se sentaba, la cambiaba al bolsillo delantero, poco profundo, de donde se deslizaba hacia afuera en cualquier asiento un poco reclinado. Se fue inmediatamente a buscarla, sin vacilar. Atravesó la plazuela y se plantó, en segundos, en el caserón. Luisa no oyó el

timbre, y Andrés tuvo que llamarla por la ventana, en voz baja y profunda, hacia donde él sospechaba que podía estar, y Luisa tampoco lo oía. No se veía luz. Se dio la vuelta, resignado, y, en ese momento, la ventana se abrió:

— ¡Andrés!

— Luisa, perdona, —dijo en voz prudente— se me ha debido caer la cartera en tu sofá.

— Espera, ahora te abro...

Tenía el mismo semblante que aquella mañana cuando salió de casa con su cestita de mimbre, aún después de la loca intensidad del día.

— ¿No te habías acostado?

— Ya ves que no. No es tarde. Estoy cansada, pero no es tarde. Iba a escribir una carta.

— ¡Fíjate! Se me ha debido caer en tu sofá, seguro que está allí.

— Pasa. Pasa, míralo tú mismo.

Y fue directamente. El balcón estaba abierto y la habitación más ventilada que un poco antes. En un rincón había encendido la lamparita rosa de una mesa de despacho y tenía una taza de alguna infusión que humeaba. La cartera estaba allí, exactamente en el sitio que Andrés había sospechado.

— No hay nada que no pudiera recoger mañana, pero tenía que asegurarme que no la había perdido en el pantano, y dormir tranquilo...

— Claro, claro, a mí me pasaría lo mismo.

La puerta de la calle seguía abierta.

**** *

— Comprendo —dijo Claudia. Ahora sí te veo de manera distinta. ¡No sé cómo he podido creer que eras inspector de policía!

— Ni yo tampoco. No era esa mi intención cuando llegué al Instituto preguntando por los amigos de Hipólito.

— No lo llames Hipólito. Me suena mal. Nunca lo hemos llamado así. Lo llamábamos, y me cuesta decirlo en pasado, Lobato, y a él le gustaba, porque coincidía con el nombre artístico. Solo Andrés alguna vez, medio en broma, le decía Hipólito. Él fue quien nos lo presentó.

— Ya. Eso lo sé. ¿Y no os importaba nombrarlo con el apellido?

— Que va. Es cuestión de hábito. Lobato, Lobi, Lobato Riesco, para los alumnos. Nos parece normal, incluso bonito.

La taza de café está vacía. De la tónica, Claudia ni siquiera se ha bebido la mitad. Se han colocado muy lejos del lugar donde solían hacer las tertulias, al lado opuesto. Claudia siempre mira hacia allí cuando entra. Lo hacía en la época en que se citaban por las tardes, al salir de clase, como norma, aunque solo fueran unos minutos. Por entonces adquirió la costumbre de entrar mirando a ver quien había llegado. ¡Y siempre había alguien! Lobato se sentaba con los pies cruzados, y muchas veces apoyaba el codo en la rodilla y la mano en la barbilla, luego la miraba con una sonrisa plácida y contaba, a su manera, la última anécdota de su clase o cómo iba a cambiar el país tras las elecciones. Había sido de la Liga, militante activo, el año antes de la victoria del partido socialista, y a ello había contribuido Mary Flores.

— Creo, Claudia, y no sé quién me lo podrá aclarar, que no hay manera de saber cómo entró ese hombre en mi casa, por-

que nadie forzó la puerta, y ni siquiera puedo saber si Nina está, o no, en Estados Unidos. El razonamiento es simple. Si Nina está aquí ya no sabré nada más porque querrá ocultarlo. Pero si realmente está en América, que es lo más probable, tal vez le había dejado la llave a Lobato, o a otra persona que le ha abierto la puerta y ha entrado con Lobato. No lo sabré hasta que ella regrese, si es que entonces quiere confesarlo. Mientras tanto me pregunto qué razones tendría para no decirme si le ha prestado la llave a alguien. Yo le he dado toda la confianza del mundo y hasta que se fue de viaje no había tenido con ella sino un excelente entendimiento.

—Ahora comprendo todo mejor.

**** * ****

Los parientes de Luisa y Andrés han bajado del tren y esperan. La estación de Atocha le hace pensar al profesor, qué tontería, en la pelirroja, a lo mejor preparándose ya para tomar el taxi a la otra estación, a la de Chamartín. Andrés tiene confianza en la reconciliación y desestima las dos llamadas de Mario. Luisa saluda a sus parientes con fruición. Andrés, tan cansado, no puede coordinar con éxito unas frases de bienvenida. De bromas rápidas, de frases cortas, el pariente es un hombre jovial: *Qué... ¿Cuándo te van a dar el Nobel? Luisa, cada día estás más guapa. Qué... la niña ya crecida*. Ella es una mujer diseñada por los esquemas del marido: ríe sus bromas, lo mira con reconocida humildad, acepta con gusto sus decisiones. *Luisa, qué ganas tenía de verte. Luisa, no sabes cómo ha cambiado el pueblo*.

Vuelven andando, por la calle Tortosa y el Paseo de las Delicias. Comparten frases entre banales y graciosas. Llevan una bolsa de viaje azul surcada de bolsillos a cremallera laterales.

— Luisa..., pero qué bonita está la casa.

Elisita no se ha acostado todavía.

— Luisa, ¿preparamos mañana un arroz?

Ella tiene un ánimo de aprobación.

Andrés reconoce que no tiene razones para quejarse de sus huéspedes, pero rechaza la idea de pasarse dos días seguidos sin más recurso que acompañarlos, y hablar frugalmente de cualquier tema. Trata de imaginar alguna excusa mientras observa el ir y venir, y oye la conversación de las mujeres, y mientras tanto su pariente lanza algunas galanterías:

— Qué... dentro de unos días de vacaciones.

Ha sonado el teléfono y Andrés se precipita al auricular. El tono de voz de Mario le hace pensar en lo peor. Desde la estación de Chamartín le pide, con desesperación, que se presente allí con urgencia. Andrés mira a Luisa y ella asiente resignada. Ella misma, porque sabe que debe ser ella, lo excusa ante los huéspedes. Es un caso grave, dice, y empieza a darles explicaciones, y tal vez disfruta con una mordaz crítica a la pelirroja. Andrés se cambia de ropa porque ya no soporta por más tiempo los mismos zapatos, ni esos pantalones tan molestos. Y sin que nadie lo advierta, se ducha otra vez, con agua fría ahora, para recuperarse un poco, para ganar fuerzas, mientras piensa intensamente en Mario, en la desesperación de Mario, y en la limitada condescendencia de la pelirroja, tan testaruda, tan aferrada a su razón. Mario y Paola, — ¡qué interesantes parecían! — ahora sometidos a estas tensiones. Andrés sospecha que no va a servir de nada acompañar a Mario en la huida de

Paola, pero introduce la llave en la cerradura del cuatro-ele. Cree que va sentirse ridículo, pero arranca y sale hacia el paseo de las Delicias. Se asegura de que ya no puede negarse, y sigue derecho hacia el paseo del Prado, hacia Recoletos, hacia La Castellana, saltando de carril en carril, hacia la nada, porque de poco sirve presentarse en la estación de Chamartín, salvo para atender la desesperada llamada de Mario, para complacerlo.

Se ha dejado a Luisa en una resignación que no se parece al espíritu rebelde de la noche de las ocho habitaciones. Aquella noche en que, cuando salía Andrés, ya recuperada la cartera, le dijo ella que si quería un café o una infusión o lo que acostumbrara a tomar a esas horas. Y en nada de tiempo se preguntó si su ofrecimiento respondía a un formalismo de cortesía o si realmente deseaba ella que se quedara allí, acompañándola un rato. Y tuvo un reflejo que recordará siempre: la miró a los ojos, le miró intensamente esos ojos que tanto había observado durante el día y comprendió que sí, que quería que se quedara.

— ¿Tienes una copita de algo?

Y ella se alegró.

— No sé lo que tendré, pero sea lo que sea te lo tomas sin rechistar.

Y encontró una botella de un licor que sabía a huevo, a almendras y a azúcar, y se sentó en el mismo lugar en el que había perdido la cartera, y ella frente a él, los ojos en sus ojos, con su blusa de hombre, con su media melena también de hombre, con unos pendientes de bolita dorada, y tras ella, dos estanterías con unas docenas de libros, muy pocos, los mismos que ocupan hoy un lugar apartado en el domicilio familiar, algo perdidos entre los demás, en el estante más alto. Sí, Andrés

tenía allí a la profesora de griego, mirándolo, con el torso ladeado, llena de gracia, a la espera de hablar de algo. Pero Luisa no era de las que permitían el silencio. Y hablaron, con pequeñas y rápidas preguntas, sobre Madrid, sobre la universidad... Y luego, cuando descubrían determinadas inquietudes personales, insignificantes, insistían en ellas mientras pasaban los minutos, y las horas... Y Andrés se acercó a Luisa, y Luisa no se retiró. Apenas hubo amanecido, le levantó la mano de su cuello, salió con cautela del dormitorio y del caserón, atravesó la plaza y se encontró, sin llave, en la puerta de la casa de Lobato. La prudencia exigía entrar y acostarse sin que nadie lo advirtiera, porque rondaba en él cierto sentido de la ocultación. Y así, como un ladrón, salió primero al patio interior, escaló luego hasta el primer piso y entró por la ventana de la cocina. Lobato y Maxim no hicieron ninguna pregunta, tal vez porque no se dieron cuenta, o quizá porque, no queriendo molestar con las apreciaciones, consideraron más prudente el silencio.

— Mira, Marcos, Lobato era un seductor. Ya debes saber que no ha dejado dos viudas, sino tres. A una la has conocido esta mañana, a la otra ayer, y de la tercera, Maxim, no sabes nada, ni yo, ni nadie, y alguna vez lo oí hablar de un amor de juventud, a quien él llamaba Esperanza. Y te diría más: le gustaban todas, y sé que no tenía escrúpulos para acompañar a quien le pareciera atractiva, o sencillamente graciosa. No puedo decir que fuera amante secreto de tu secretaria, o quien fuera, pero parece evidente que no estaba solo y, además, no es ninguna sorpresa. El había ido allí para ocultarse. Aunque

parecía vivir con una sola mujer, Lobato convivía con todas, con sus ex-mujeres, con las amigas de sus ex-mujeres, con las que aparecieran, aunque no lo hubiera pensado previamente. Podría haber estado allí con Mary Flores, se han visto de vez en cuando, pero no creo. Mary no tiene razones para aceptar un encuentro tan extraño lugar. ¿Crees que Nina y ella se conocen? No. Mary Flores es una mujer muy íntegra. Has hablado esta mañana con ella. Podría haber estado allí, pero si lo hubiera hecho lo habría confesado. Descártala. ¿Te han hablado de Maxim?

— Sí. En dos días he aprendido tanto sobre él que podría ser su biógrafo, pero de su época anterior a su regreso a Madrid y su vida con Mary Flores no parece conocerla sino Andrés, pero solo para los detalles intelectuales... Los demás dice no saberlos o no quiere comentarlos...

— En eso tienes razón. Sabíamos muy poco de su vida antes de que lo conociera Andrés, y de su familia ignoramos casi todo. Nos hemos dado cuenta esta mañana. Apenas si sospechamos que nació en un pueblo de Toledo. Parece ser que sus padres vivían cuando lo conoció Andrés. Tenía un hermano, mayor que él, pero no lo hemos visto desde hace muchos años, ni tampoco lo hemos localizado esta mañana. ¿Crees que fue al funeral?

— No. No ha ido. ¡Cómo iba a ir si no ha habido funeral...!

Con ánimo humillado y tolerante Mario espera a Andrés en el quiosco de prensa de la estación de Chamartín. Tiene la entereza del derrotado y el semblante del quien se enfrenta a lo inevitable.

— ¡Andrés! - A Mario no le importa gritar y que lo oiga la gente. Al contrario, le agrada ser oído.

Lo coge del brazo mientras avanzan hacia el tren. El vestíbulo está salpicado de viajeros que andan alocados sin rumbo aparente, que descansan sin guardar las formas, que duermen torcidos en los austeros asientos. Chamartín es un hervidero de humanos. Bajan hacia el andén catorce.

— Mira, Andrés, tienes que decirle algo, no puedo más...

— ¿Me eliges como conciliador...? Si sabes que no me puede ver, que no me aguanta...

— Te respeta. Te considera una persona seria, desde siempre, aunque no os entendáis mucho. Nunca la he oído hablar mal de ti...

Mario no escatima el halago.

— Te equivocas. Tú no sabes todo... de verdad... ¿Qué quieres que le diga?

— Que reflexione, que a mí se me pasa, que esto puede traer consecuencias imborrables; no sé; lo que se te ocurra... Dile que tengo buen corazón, que soy cariñoso, aunque un po-

co torpe con ella; dile algo, trata de convencerla... Es lo único que puedo hacer estas alturas..., ya sé que no va a servir..., pero a lo mejor... más vale eso que...

Se acercan al vagón. Dos maletas granate reposan horizontales en el portaequipajes. Andrés se muestra ajeno entre la pareja. Mario propicia un escenario grotesco, una acción inextricable, un desatinado cuadro. La italiana, divorciada ya de su nutritiva sonrisa, saluda con fingido respeto, y Mario, en uno de sus arrebatos paradójicos, rompe la tensión con ingenuidad:

— Andrés ha venido a despedirse...

Lo entona a medio camino entre la realidad y el sarcasmo. La italiana, con los nervios, ha intensificado su acento:

— Tu no entiendes esto, Andrés, porque solo sabes lo que te cuenta este imbécil. No te creas que a mí no me cuesta irme...

— Lo supongo. Pero creo también que, si te vas, no podrá soportarlo. Es un poco bruto, pero muy sensible.

Mario se ha retirado prudentemente. Siente Andrés que habla con frases hechas y solo se le ocurren consejos vulgares. Paola le hace ver que su marido necesita un escarmiento mayor que los de siempre. Luego entran en los tópicos del amor y la convivencia, pero la italiana no atiende a razones. Recuerda lo que ella llama, con la licencia que le otorga su origen extranjero, las *putadas* de Mario. Obstinada en los malos modales, en la indiferencia del marido, en la ambición, en la crítica constante a ella y a su propia familia italiana, la pelirroja no está dispuesta a entrar en razones. Andrés busca un argumento salvador y decisivo, pero no se siente capaz de darle forma, y su espíritu mesiánico se limita a permanecer allí porque Mario, unos pasos más allá, espera un milagro y observa con fingida indiferencia lo

irremediable. Los altavoces anuncian la salida inmediata del tren.

**

— ¡No me digas que ni siquiera ha habido funeral! ¿Por qué no me cuentas exactamente lo que ha pasado con Lobato? ¿Me ocultas algo?

La botella de tónica está a la mitad. El camarero ha retirado la taza de café y el azucarero.

— No te oculto nada, Claudia. Lo he ocultado esta mañana cuando sospechaba que alguien me había preparado una trampa. Ahora que sé tanto sobre la vida de Lobato y tan poco sobre las razones que lo han llevado a morir en mi casa, puedo darte mi información sin reservas. Ningún profesor del Instituto tiene la explicación. Me pregunto si no debería investigar por otro lado. Si pudiera hablar con Nina... Habría que localizarla y eso me parece imposible si está, como sospecho, y me parece imposible que me mienta, de viaje por Estados Unidos. No sabré nada de ella hasta dentro de un par de semanas. Si por casualidad hubiera intervenido en esto, que no creo, tal vez no vuelva a verla hasta que nos presentemos ante el juez. Nunca termina uno de conocer a las personas... Pero me cuesta mucho creer que ella me juegue una mala pasada... ¡No puede ser...!

— ¿Por qué no ha habido funeral?

— Porque nadie se ha ocupado de organizarlo.

— ¿Y su mujer...?

— Está mucho más confusa que yo... En cuanto ha sabido las condiciones en que ha aparecido el cadáver se ha visto dominada por una angustia que si no termina pronto la va a llevar al delirio... Inmediatamente ha huido a Segovia para refugiarse

con su familia y con sus amigos que, según todos los indicios, solo los tiene allí... Y no quiere saber nada de nadie... Supongo que sospecha algo, pero no nos lo va a decir...

— ¡Este Lobato ha sido extravagante hasta en la muerte...!

— Debió morir en la madrugada del jueves. Alguien alertó a la policía por la mañana y la policía me localizó, a mediodía, en Vigo. No tuvieron que forzar la puerta: estaba abierta. Han insistido en preguntarme si yo no había olvidado cerrarla, y he tenido que decirles y asegurarles mil veces que no. Han cogido huellas, pero no había más indicación que un carné que lo acreditaba como funcionario del Ministerio de Educación, sin más señas que la calle del Rastro donde él vivió, según vosotros también me habéis confirmado. La delegación no abre por las tardes y la policía no pudo, o no quiso, acelerar sus pesquisas. Esta mañana, cuando he sabido que era profesor del Emilio Castelar, me he sentido en la obligación de pedir explicaciones... ¿Qué podría hacer en una situación tan extraña? Cuando he visto, porque he adoptado una actitud seria, que sin querer me estaba haciendo pasar por policía, que nunca dije que lo fuera, me ha parecido que tal vez así, sin deshacer el error, conseguiría mejor mis objetivos... ¿Vas entendiendo ahora? Comprenderás que mientras no se encuentre una justificación todas las sospechas caerán sobre mí...

— ¿Y no le has dicho a la policía lo de Nina?

— Ya lo sabían. Y también han intentado localizarla...

Andrés odia ahora, con todas sus fuerzas, a la pelirroja, mientras suben las escaleras mecánicas que conducen de nuevo al vestíbulo. El tren ya se aleja hacia el noreste.

— Mario, se nos ha ido Paola — le dice.

Y Mario no sabe qué contestar porque se debate entre el resentimiento y una lágrima que no se atreve a salir.

Caminan en silencio hacia el aparcamiento mientras la imagen de la italiana se cruza, en el recuerdo de Andrés, en el peor momento desde que se conocen. No la ve en Roma, no, aquella primera vez, tan desmesuradamente atractiva, risueña, ingrávida, invadida de encanto; ni la ve reluciente, la tarde que se presentaron a comer, por primera vez también, en su casa; ni festiva y alegre en la celebración de su nuevo piso de la calle Batalla del Salado, cuando Mario preparó una selección de los platos más succulentos de la comida italiana, y adornó el pasillo y el salón con banderas de barras verticales: verdes, blancas y rojas, y otras rojas y gualdas; ni la ve cuando se citaron a comer en Lyon, los dos matrimonios, en *Au relais de cicognes*, tan romántico, a orillas del Ródano, porque coincidían en la ciudad, cuando llevaba esa camiseta de algodón sin mangas, blanca, que tanto contrastaba con su piel bronceada en las arenas de Saint Tropez... No, no la ve así, la tiene en la casquivana memoria el día que sonó el timbre de su casa, una noche de lluvia y frío, mientras Luisa preparaba la cena, Elisita hacía dibujos tendida en la alfombra y él, que era el más cercano a la puerta, clasificaba unos cuadernillos sobre pintura y otras fotocopias para preparar los folletos de las exposiciones de Lobato. Andrés se precipitó a abrir la puerta:

— ¡Paola! ¡Qué alegría! —Le dijo— ¡Y así, por tu cuenta, sin Mario! — Ironizó un poco.

Paola no acostumbraba a visitarlos. Su sonrisa, esa sonrisa tan propia, había recibido una cruel herida.

— Pasa... —dijo Andrés— adelante... ¡Luisa! —gritó— aquí está Paola...

— No, no voy a pasar, prefiero quedarme aquí. Quiero hablar contigo...

— Pues pasa y hablamos... ¡Luisaaa...! — Volvió a gritar.

— No, Andrés, no llames a nadie. Quiero hablar a solas contigo, en la calle.

Parecía un desafío. Luisa, que lo había oído, que seguro que lo había oído, no sabe Andrés por qué demonios no quería acercarse a la entrada para recibir a la que tenía que ser su amiga. La mujer de Andrés se inspiraba en un desprecio incondicional por todo lo que consideraba ininteresante.

— ¡En la calle, —protestó Andrés— con el frío que hace...!

Corría un airecillo del este, de esos que se instalan en la ciudad de repente, y se introduce por las insospechadas rendijas de las calles que solo entonces se descubren. A Luisa le indignaba que la puerta se quedara abierta mucho tiempo. Se perdía ese templado calor de la casa al que ella era tan sensible.

— Sí, en la calle. Quiero hablar contigo urgentemente y a solas, si puedes...

Más razonable parecía protegerse en el calor de la salita de trabajo de Andrés, pero la pelirroja descartaba la posibilidad, esgrimía razones poderosas para entrevistarse fuera, en terreno de nadie.

— Bueno, Paola, —accedió— pero pasa mientras me pongo un abrigo, pasa que cierre la puerta para que no entre frío...

— No, no paso —dijo con voz sentenciosa— me quedo aquí.

— No voy a cerrarte en las narices, pasa... saluda a Luisa...

— Me quedo aquí —insistió con énfasis y con la misma calma.

Y no se movió de la entrada, a oscuras, sin recuperar la luz de la escalera que se había apagado. Y no se atrevió Andrés a cerrar la puerta. Prefirió exponerse a las críticas de Luisa, a quien se le estaba enfriando la casa por momentos.

— Andrés, ¿quién ha llamado? — gritó desde la cocina.

— Es Paola — le hubiera gustado mucho más decir *la pelirroja*.

— ¿Y por qué no entra? — se acercó a Andrés, que buscaba sus llaves en la mesa del salón.

— Quiere que me vaya con ella. Tiene que decirme algo urgente a mí... — señaló con malévolos énfasis.

— ¿Y no puede decírtelo aquí dentro?

— ¿Y por qué no se lo propones tú misma en vez de esconderte en la cocina?

— Yo no quiero meterme en líos; haz lo que te parezca bien.

Otra vez Luisa se había amparado en su sagacidad, en su particular tacto para evitar situaciones comprometidas.

Andrés se ajustó el abrigo y la bufanda y salió a la calle con Paola forzado a aceptar la repentina y audaz invitación de la mujer de Mario.

Cerraban las tiendas. Paola se protegía las manos con unos guantes blancos, de lana, hundidas en los bolsillos de su abrigo verde, y se expresaba con frases preparadas, muy usadas en sus conversaciones. Inició la súplica con elogios, mientras subían por el Paseo de las Delicias, y luego lo condujo por callejuelas medio iluminadas, para no alejarse demasiado, mientras añadía a las galanterías algunas quejas y, por último, parecía

ser, iba a entrar en precisiones. Había sido una suerte conocerse, una gran suerte, y Mario se sentía más seguro de sí mismo desde que Andrés y él compartían sus confidencias. Pero Andrés estaba siendo el causante del progresivo deterioro de su matrimonio, ya bastante maltrecho desde el principio, y agravado por sus imprevistas visitas a Mario, tanto en su propia casa como en la cafetería de la esquina de Batalla del Salado. Paola no podía entender cómo Luisa no compartía sus mismas opiniones, o tal vez se las reservaba tanto que un día surgirían todas de golpe.

— ¿Verdad? —Añadió— ¿No crees que Luisa también está harta de que Mario se presente en tu casa a cualquier hora del día, sin avisar, cuando estáis, a lo mejor, comiendo, o a punto de acostaros, o, sencillamente queréis hacer otras cosas, en la intimidad, en fin, ya sabes tú a qué me refiero...?

Habían caído las primeras gotas. Ninguno de los dos pensaba en la lluvia. Andrés mostraba cada vez más deseos de acabar con confidencias que solo podían comprometerlo. Se había pasado las horas de aquella tarde, lo recuerda bien, abstraído en descubrir la manera de redactar los folletos de las exposiciones de Lobato, las técnicas, las palabras que pudieran valorar, sin pedanterías, las peculiaridades estilísticas de su pintura con un método expresivo que le permitiera comprender, en fáciles esquemas, las corrientes pictóricas, y asimilarlo a una de ellas. El procedimiento debía tener una base sólida y original, lo demás vendría después... O no vendría, pero solo eso permitía abordar con rigor los comentarios, clasificar y enriquecer sus experiencias vividas en las exposiciones de la fundación Juan March y en las de Conde Duque. No había abandonado aquellos pensamientos, en los que tanto se complacía, cuando oyó de la

italiana el *ya sabes tú a qué me refiero...*, sin añadir más. Seguido de un vacío, un silencio, para que él mismo continuara hablando, porque allí, en medio de la calle Vizcaya solo estaban ellos dos, ella y él, y muchos coches aparcados, y nadie más.

— Sí, claro, ya sé, ya comprendo... —tuvo que añadir— digo no, a decir verdad no sé exactamente a qué te refieres, Paola...

— Pues te lo voy a decir muy claro — añadió —. ¿Te acuerdas que ayer viniste a casa sin avisar... como siempre?

— Sí, aquí en España eso se hace mucho entre amigos... — contestó asustado.

— ¿Recuerdas también que tardamos mucho en abrirte?

— Sí, pero no me importa, ya sé que no siempre está uno listo para precipitarse a la puerta...

— No, si no es eso, es que Mario y yo estábamos... en el sofá... muy ocupados... ¿comprendes? Y tú... interrumpiste todo. ¿Por qué crees que yo estaba en la habitación?... Vistiéndome... ¿te das cuenta?... a medias... por tu culpa... claro... aunque tú no lo supieras...

— ¿En el salón, medio vestidos... en el salón... así... a media tarde...? — Andrés titubeaba—. Pues Luisa...

A Paola no le hicieron gracia las palabras recortadas de Andrés quien, por su parte, se olvidó, de repente y por completo, obligado por una fuerza mayor, de los proyectos del tríptico de Lobato. Estaba, tenía que repetírselo para asegurarse, frente a la tienda de plásticos de la calle Vizcaya, ya cerrada, pero con el escaparate iluminado, y esos objetos tan extraños, tan aparentemente inservibles. Estaba, se esforzaba en repetírselo, hablando de intimidades con la mujer de Mario. Estaba recibiendo como sugerencia un excelente argumento para una re-

lato chispeante, razonablemente mordaz, donde él mismo era protagonista.

— Sí, desnudos, así es como estábamos, por la tarde...

— ¿A las ocho de la tarde, Paola?

— No, Andrés, eran ya casi las nueve...

No se sentía ofendido. Más le parecía una confidencia que un reproche. Mario, tan locuaz, nunca le había hablado de sus hábitos sexuales domésticos. Los extraconyugales los conocía Andrés mucho mejor, con precisiones que su pudor le impide incluso recordarlos. Había algo de encantadoramente cómico. Paola lo había cogido del brazo, ¿por qué no? Cualquiera habría dicho que eran amigos, y paseaban juntos, y al mismo tiempo le contaba su vida privada con Mario, le descubría los detalles. Paola pasaba por ser mucho más europea que el resto de sus conciudadanas. Y no por pedirle consejo, sino para reprocharle su imprudencia, por eso había requerido con irrevocable urgencia, sus ingenuas e ignoradas interrupciones que se extendían, más allá del día anterior, a unas pocas semanas antes, cuando ya estaban acostados, en el mejor momento, cuando la llamada de teléfono de Andrés los había interrumpido de tal manera que había sido inviable la recuperación. ¡Y ese desvergonzado de Mario sin decirle ni una palabra...! ¡Ni una sola palabra...! ¡Con la de veces que le había contado y descrito, hasta el límite razonable que ellos se habían impuesto, sus aventuras con las demás, con las que no existía ningún tipo de frustración...! ¡Y lo callado que se tenía lo de su mujer...! Si, la pelirroja, que en aquel momento se acercaba más a Andrés para evitar la lluvia, conociera otros secretos también íntimos de Mario...

— Lo que quieres decirme, Paola, y para eso me has hecho salir a la calle, es que me haces responsable de dos interrupciones... — Hablaba entre la razón y la burla.

— No, no solo de eso. También de las limitaciones. Sabemos que puedes venir en cualquier momento y no tenemos libertad... Y Mario y yo necesitamos nuestra intimidad, necesitamos querernos para vivir...

¿Cómo se iba a creer Luisa — pensaba Andrés — que Paola lo había convocado urgentemente para hablarle de la quietud y concentración que necesitaban, Mario y ella, en sus juegos de amor?

— Por eso — prosiguió — quería decirte que tendrías que ser menos entrometido y dejar tranquilo a Mario, respetar nuestra relación de intimidad. ¿No crees que últimamente pasáis demasiado tiempo juntos?

Andrés quiso decirle que se olvidara de las veces que Mario y él se veían o dejaban de verse y que si él, iba a visitarlo, no era más que para devolverle las visitas que su marido, Mario, le hacía. Mario no interrumpía, claro que no, sus fantasías con Luisa, más ajustadas a la ortodoxia. No habrían conducido a nada sus alegatos, por eso dejó seguir el juego, el de las intimidades de Paola.

— Sí, Paola, tienes razón — le dijo — pero deberías decírselo a Mario, sería más fácil...

— Ya se lo he dicho y no me hace caso. Él se siente incapaz de hablarte, por eso he venido yo...

— Y lo que me pides es que os deje en paz...

Lo dijo sin convicción, esperando la respuesta contraria, pero la terquedad de la italiana aceptaba cualquier claudicación como buena.

— Sí, eso es, pero no tenemos por qué dejar de ser amigos... Algunas veces podemos reunirnos para comer, los cuatro... En fin, ya nos pondremos de acuerdo...

Andrés se prometió ignorarla y retener únicamente lo que de gracioso había tenido la confesión secreta; y también se prometió, desde entonces, vivir ajeno a Paola, tratarla con la indiferencia de una desconocida... Y si podía ser, también con el respeto de siempre...

Llovía con intensidad. Se habían refugiado en el zaguán, violentamente iluminado, de una zapatería. Las luces de las farolas se perdían entre las ramas de los árboles. Los ojos de Paola, tan relucientes, tan claros, se aproximaban cada vez más a los de Andrés, y su nariz, helada; y su boca, y todo su cuerpo, porque la lluvia, racheada, conquistaba con audacia parte del zaguán, y algunas gotitas mojaban las medias oscuras de Paola y los pantalones grises de Andrés, de algodón, tan inadecuados. El cuerpo de la italiana, cercano al de Andrés, habituado a acompañar a un hombre, tenía un perfil brusco, desigual, cuyas formas le recordaban el desnudo del sofá con Mario. Algunos de sus huesos, pegados a sus caderas, lo incomodaban; la piel rugosa olía a mujer, a mujer con perfume, tal vez francés, pronto a extinguirse. Mario no podría imaginarse lo que su mujer le estaba reprochando a Andrés refugiada de la lluvia y pegadita a él en un rincón del barrio, y él tampoco iba a poder contárselo nunca.

— ¿Y se sabe algo sobre las causas de la muerte de Lobato?

— No. Yo al menos no sé nada, y la policía tampoco. El informe del forense debe estar en comisaría desde esta tarde. Si hay indicios de asesinato, imagínate el conflicto... Ya debe haber una orden de busca para Nina que a estas horas estará visitando no sé qué en cualquier ciudad de América, o escondida en algún rincón de Madrid. Cuanto más reflexiono, más complicado aparece todo... ¡Menos mal que ha quedado claro que yo estaba en Vigo! Dime, Claudia, ¿tú crees, sinceramente, que alguien podría estar interesado en asesinar a Lobato?

— Seguro que no. Lobato podría merecerse algún que otro rencor, eso nadie puede evitarlo, pero tenía una personalidad muy lograda para ganarse muchos más amigos que enemigos. El único asunto que deja confuso entre nosotros, que es insignificante comparado con el afecto que le tenemos, es un pequeño roce con Andrés. Ellos se entendieron muy bien durante mucho tiempo, hasta el asunto de los libros. A veces pienso que es imposible vivir sin roces... ¿Sabes que Lobato le debía dinero?

— Sí, me lo ha contado... Pero no sé si esa razón es tan poderosa...

— Claro que no. Es insignificante, pero a Andrés le dolía. ¡Me parece tan raro que Lobato no quisiera pagarle...! Fíjate. Los últimos meses trabajaba sin descanso. Hacía cualquier tontería y, antes de llevarla a una exposición, ya la tenía vendida. Le llovían los encargos. Por eso dejó de dar las clases... ¡Qué más le daba no tener su sueldo... ¡ En una semana podía ganar tres veces la asignación mensual... ¡Yo no sé lo que habrá ganado...! Ni siquiera le interesó perder unos minutos en solicitar la baja como profesor... ¿Qué más daba? Mejor dejar correr el tiempo... A veces lo que hacía en una mañana lo vendía por el

suelo de un mes... Su mujer contribuyó en gran medida a su éxito... ¡Imagínate...! Era una tontería perder horas en el Instituto. Pero sé que a veces desaparecía dos o tres días, con cualquier excusa... Es verdad que él mismo se encargaba de llevar sus obras, en el Jeep, pero también sabíamos que le gustaba tener su libertad. Lobato y yo nos hemos llevado muy bien, con una gran complicidad. Nunca tuvimos el menor roce, tal vez porque guardábamos cierto distanciamiento. Con Mary Flores él mantuvo siempre una excelente relación, incluso después de aquella forzada separación el día en que de repente vinieron a llevarse los muebles... Con el tiempo he comprendido que no podían hacerlo de otra manera... Se querían demasiado... Conozco muy bien a Mary Flores, que ahora es, probablemente, mi mejor amiga... No sé si ella pensará lo mismo... Te diré de paso que a veces pienso que mi mejor amiga, sí, digo amiga porque hablamos como si lo hiciera con una amiga, es Andrés... ¡Quien iba a decírmelo...! Mi mejor amiga es un hombre, a quien más le confío las cosas, incluso las cosas de mujer. Con él no comparto más caricia que algunos tímidos y tibios besos de vez en cuando. Así es mi vida. Luego he sido, y creo seguir siéndolo, gran amiga también de la última mujer de Lobato, la segoviana. El trato con ella era de otro tipo. ¿Sabes que la viuda de Lobato escribe poesías? Yo creo ser su más fiel lectora... De eso hablábamos casi siempre, de sus poesías...

— ¿Piensas que ella podría haber deseado su muerte?

— Seguro que no. Lobato trataba con un amor desbordante a todos cuantos lo conocían, pero en especial a su mujer, o a sus mujeres, porque yo creo, y permíteme que te lo diga así, que seguía queriendo a todas por igual. De la primera hasta la última, y yo no sé si no me consideraba también a mí una de

ellas. A primera vista Lobato no le interesaba a nadie, pero en cuanto empezaba a hablar regalaba embrujo en su voz, una expresión delicada, íntima y tan afectiva que cualquiera que estuviera a su lado dejaba de tener prisa. Las horas de tertulia en este Mesón eran cosa suya, y de Ramón también, del que ahora es el director, pero sobre todo suyas. Yo creo que Lobato, cuando estaba con alguien, se olvidaba de todo lo propio para concentrarse en la persona que tenía enfrente. ¿Sabes lo que es eso? Conozco a personas buenas, como Mary Flores, que disfrutaban hablando de sí mismas, de sus cosas, siempre de sus cosas, pero Lobato no tenía nada propio cuando estaba con alguien a quien quería agradar. Luego su mujer me contaba que no era así, que muchos días se levantaba incapaz de articular una sola palabra, ni de hacer el menor movimiento, y se encerraba en el taller, o se iba de casa hasta que volvía a recuperar su carácter. Y eso me hacía pensar que cuando no se sentía bien no quería ver a nadie y huía de todos. El reproche que Andrés solía hacerle era que con Lobato no se podía contar. Si estaba disponible, todo iba bien, si no estaba dispuesto, o no quería estarlo, se protegía con cualquier excusa, con los viajes, con el trabajo, y desaparecía de la faz de la tierra... Era el terrible contraste de Lobato, el ser y no ser un tipo genial, pero sin dejar que pudiéramos reprochárselo abiertamente. Por eso yo nunca entendí lo de Andrés, ni lo que habían hablado entre ellos. Ya ves, con su amigo de siempre, resulta que va a guardar, ahora que ha muerto, una mancha que ya no tendrá la oportunidad de borrar. Eso sucede con muchas personas que nos parecen extraordinarias, sí, eso sucede, que no son capaces de mantener su amabilidad, su elevadísimo grado de afecto

cuando los demás lo necesitan. Y la tendencia siempre es la de exigirles más que a los otros.

— Esa personalidad me desborda. Me encanta oírte hablar de él.

Andrés conduce su coche en la salida del aparcamiento de Chamartín. El de Mario, con su matrícula italiana, está en el taller. Entrega unas monedas a través de una minúscula ventanilla, y tuerce lentamente. Los fines de semana Madrid parece invadido por todas las provincias de España.

— Andrés, esa gilipollas que acaba de irse esta noche, se va a enterar...

— Olvídate, Mario, que eso pasa rápido. Antes de que te dé tiempo a pensarlo, la tienes aquí otra vez... Ella está hecha a ti, y no va a aguantar...

Otra vez tiene Andrés la impresión de decir lo que no piensa. Aunque tal vez, con el tiempo, la pelirroja habría reconsiderado las conclusiones precipitadas y ridículas de aquella noche de lluvia en el zaguán de la zapatería, y se habría reprochado a sí misma el progresivo enfriamiento de su amistad con Luisa. Pero eso son meras conjeturas. El verdadero proceder de la antigua azafata pertenece al campo de lo insospechado, de lo inesperado, a veces de lo ridículo.

Andrés piensa que, a no ser por el semblante triste de Mario, verla en el expreso de Barcelona le habría producido una satisfacción quizá reprochable, pero auténtica. Mario había sido, y no se resignaba a dejar de ser, un hábil seductor, pero una vez enamorada su víctima, flaqueaba todo, y había que empezar de nuevo con otra. En el proceso le agradaba tanto el

logro como los prolegómenos. Y abandonaba la tarea porque él, Luego fallaba porque él, que deseaba a todas, decía estar solo enamorado de Paola, su propia y única mujer duradera, con quien nunca había tenido, a pesar del complejo pasado de ella, una discusión motivada por los celos. El abogado, o futuro abogado, se torturaba, sin embargo, con la idea de que Paola, en el momento más inesperado, pudiera actuar como él, pero ocultaba sus sospechas tanto como sus escauceos. La italiana, por su parte, no se planteaba la fidelidad de su marido, nunca la puso en duda, pero se instalaba en el frágil pedestal de la ambición. Con su egolatría conseguía rodearse de un mundo de exclusividad en el que ella, con la aplastante seguridad que le había regalado Mario cuando le prometió su sumisión, ocupaba el centro.

Alguna vez el clandestino donjuán recordó, con Andrés, la intriga de Saint Tropez. Habían ido allí, Paola y él, a pasar unas vacaciones, a poco de casarse, y todos los días recorrían, aconsejados por las modas, las playas de los alrededores. En una de aquellas excursiones, mientras comían en un restaurante a orilla del mar, emprendieron una de esas inmotivadas disputas. Aquella vez Mario entendía como irracional lo que su mujer consideraba lógico. Ya la discusión había exacerbado sus nervios y su ira. Y como ninguno quisiera elevar el tono de voz, Mario, indignado, le dijo:

— ¡Me voy al hotel, ahí te quedas!

La italiana no tenía más prendas encima que un bañador de dos piezas que días atrás había seleccionado entre algunos modelos sugestivos, y una enorme toalla blanca extendida unos metros más allá, sobre la arena. Lo demás estaba en el coche, allí al lado. Y el resto de sus enseres a 42 kilómetros, en el

hotel. Mario se fue al aparcamiento con la certeza de que su oponente, sin ropa, sin el bolso, en condiciones tan precarias y desfavorables, no aguantaría mucho tiempo sin volverse a él y humillarse, aunque solo fuera para evitar la vergüenza y la acción, por otra parte imposible, de tener que desplazarse hasta el hotel en ropa menor y en un desconocido (o inexistente) autobús público, o en manos de la sospechosa amabilidad de los conductores que se prestaran a llevarla. Por eso Mario esperó, primero, que ella se presentara. Dio prórroga a su decisión, tan aconsejada por la ira, y la esperó más tiempo allí, en el aparcamiento, a que ella se postrara ante él, con sumisión, para pedirle perdón o lo que fuera. La italiana, sin embargo, no venía, y la tarde avanzaba. Mario daba vueltas y más vueltas por el aparcamiento, sin saber qué hacer, en una espera tan inútil como ilimitada hasta que se convenció de que su despótica huida podría acarrear mayores complicaciones. Y Paola, que desde la playa no veía el aparcamiento, seguía sin dar señal alguna. Mario se había acercado a observarla de lejos, muy impaciente ya, porque la tarde empezaba a caer, el sol iba a perderse en el horizonte, y la vil esposa estaba allí, donde Mario la suponía, hablando con dos jóvenes franceses que se habían sentado a su lado, con la arrogancia que le proporcionaba el convencimiento de que su marido no sería capaz de irse, con toda la incitación a la deslealtad. Y Mario se tuvo que acercar, desesperado, envuelto en celos y en odio, con la convicción de que si él se iba, ella, tan capaz en la conquista, tan experimentada en la depravación, pasaría la velada con los dos intrusos, que voluntad no había de faltarle. Y cuando lo vio llegar, Paola se levantó con esmerados y elegantes movimientos, recogió la toalla blanca,

se despidió de sus improvisados compañeros y se adelantó hacia él. Mario fue incapaz de hacerle el menor reproche.

— ¡Hola! — dijo ella.

— ¡Hola! — le contestó, como si no hubiera habido un insultante vacío de más de tres horas.

*** **

Por Paseo de la Castellana Mario se muerde las uñas de rabia, y Andrés piensa en Lobato. Van en silencio.

— Andrés, — dice Mario — olvídate de tus parientes. Ya vendrán otra semana. Esta noche nos vamos a ir de juerga para desquitarnos...

— No seas tan vigoroso, Mario, esta noche nos vamos a ir a casa, a la mía, a charlar un poco de otras cosas, de Lobato Riesco que murió ayer y lo han enterrado esta mañana, y ya veremos todo más claro cuando pasen unos días.

— ¿Se ha muerto Lobato Riesco? ¿El escultor?

— Sí. Y nadie sabe cómo ni de qué... Solo que su cadáver ha aparecido en una casa desconocida. Llevo todo el día a vueltas con ese asunto, y solo ahora tengo la oportunidad de decírtelo... ¿Qué te parece?

— Ese Lobato era un aventurero...

— No sé qué pensar. Me he pasado la tarde revisando su vida mientras se la contaba a un policía.

— ¿Y qué crees que ha pasado?

— La vida de Lobato los últimos meses estaba plagada de éxitos, sí, pero también de contradicciones.

— ¿Te pagó lo que te debía?

— No. Se ha llevado la deuda a la tumba... ¿Por qué no te vienes a cenar a casa?

— Sí... Con tus parientes.

— Entonces vamos a tomar algo. ¿Dónde vamos?

— Donde quieras, donde podamos....

— Bueno... Menos impulsos. ¿Cómo te vas a vengar con un método que ella ignora? ¿Dónde vamos...?

Bajan lentamente por la Castellana. Mario empieza a dejarse aconsejar por el odio. Después de un silencio, en el interior del cuatro-ele, dice con solemnidad:

— Andrés, te he contado varias veces cómo conocí a Paola.

— Sí, claro...

— Pues no..., no te lo he contado. Siempre me ha avergonzado contarlo. Pensé que nunca se lo diría a nadie. Pero ahora no tengo más remedio. No era lectora de italiano, no, sino... No te lo vas a creer... Trabajaba de auxiliar de vuelo, sí..., y también de... prostituta... así... como te lo digo, de puta de lujo... puta, puta absoluta y pura... ya lo sabes. He tardado mucho en decírtelo... Ahora que sé que no la voy a recuperar y que estoy desesperado... no me importa nada.

— ¡No seas bruto! Mario, no te pongas así, tampoco lles las cosas de un extremo al otro...

— Se ganaba la vida de puta, Andrés, aunque no necesitara ganarse la vida de nada. Le gustaban los hombres porque sí... ¿Por qué crees que es tan hábil en la seducción? ¿Por qué te crees que se liga a un tío antes de empezar a hablar, solo con mirarlo...? Porque tiene clase para el oficio, porque lo sabe hacer, y lo que es todavía más difícil, también lo sabe ocultar...

— Eso no quiere decir nada. No creo que Paola fuera precisamente lo que dices. Ahora le atribuyes esa acción porque

estás enfadado, pero no me lo creo. Pero imaginemos que fuera verdad... Imaginemos que fue lo que tú dices... ¿Y no pertenecemos todos a un momento de nuestras vidas? Eso, aunque fuera así, estaría caducado, muerto, como mi amigo Lobato... Eso ya no te sirve de nada...

— ¡Calla, Andrés, calla! Ya sabes que yo cuando estoy en forma, cuando estaba más en forma que ahora, no se me escapaba ni una. He seducido a muchísimas tías, y ella fue una de esas que no se me escapó, pero caí en la trampa de enamorarme. Ya sabes tú la habilidad que tengo para convencer a una mujer. Las conseguía, y creo que las sigo consiguiendo, con extraordinaria facilidad. Todo es cuestión de acercarse a muchas, y por una teoría elemental, alguna de ellas, aunque sea un porcentaje bajo, lo acepta. Y es fácil abordarlas en cualquier lugar. Lo importante es no sentirse afectado cuando se niegan. Un amiguete del ministerio se había comprado un piso por Reina Victoria, que era el cuartel general, el lugar para recibir a las conquistas. Al principio buscábamos por Leganitos y Gran Vía, pero por allí se paseaban las del macuto, las pobretonas. Cuando descubrimos las discotecas finas, aquello fue una fuente de bondades. Empezamos a conocer tías impresionantes. Primero en el hotel Palace, para eso tuvimos que comprarnos una chaqueta y una corbata, y luego descubrimos la discoteca del Meliá Castilla, que acababa de abrir. Y allí conocimos y sedujimos cientos de tías.

Mario está tan emocionado como triste. Ya no puede dejar su relato a medias.

— La discoteca del Meliá, te digo, era un sitio sobrecogedor, y había, al principio, que luego se estropeó todo con eso de la droga, un ambiente de extranjeras que muchas veces no

sabías por dónde empezar. Una noche nos encontramos con dos chicas encantadoras. Paola impresionaba a cualquiera, pero eso no hace falta que te lo diga, ya lo sabes tú, que la conociste en Italia, cuando todavía no había perdido nada de su atractivo. Miré fijamente a sus ojos y ella mantuvo la mirada con descaro, y me acerqué, con la seguridad que yo había adquirido, y no se alteró, porque ella superaba nuestra arrogancia. Aquella misma noche terminaron, las dos, ella y su amiga gallega, en el piso de Reina Victoria. Lo demás lo buscó Paola.

— ¿Cómo? No te entiendo. ¿Y eso es ser puta?

— ¿Tú sabes por qué estaba en la discoteca del Meliá Castilla?

— Si no me lo dices...

— Porque trabajaba para los clientes del hotel. Allí, en la discoteca, tenían las citas, pero cuando nadie se las proporcionaba, ellas mismas buscaban, desde la barra, con todo su arte. Hasta que dio conmigo, y yo, desgraciadamente, con ella.

— No puedo creerme que tú te casaras así, con una mujer... de ese tipo.

— Yo no lo sabía, Andrés, me enteré después. Podría haberlo sospechado, pero me deslumbré. Enamorado, perdí la conciencia. Era la mujer más guapa y atractiva que había conocido en mi vida, y había conocido muchas, ya lo sabes tú, y he conocido después otras, pero ninguna como Paola. Y lo peor fue, porque esas cosas van juntas, que ella también se enamoró de mí...

— ¿Y cómo te enteraste de lo que hacía allí en la barra del Meliá...?

— Por la otra, por la gallega, que se fue con aquel amigo mío. Le contó todo. Y él, que es un envidioso, me lo contó para

hacerme daño. Yo no quise creérmelo. Desde entonces no he vuelto a hablarle. Paola era azafata de Alitalia y venía a Madrid con frecuencia. Y aprovechaba sus estancias para duplicar o triplicar, lejos de donde podrían conocerla, sus ingresos, que no eran malos, a la vez que disfrutaba con los hombres. No aceptaba a todos. También los elegía.

— ¿Y tú te creíste todo eso? ¿No podía ser solo la mala intención de tu compañero?

— Eso es lo que yo pensé al principio pero, poco a poco, me fui dando cuenta que una mujer que tiene tanto dominio sobre los hombres, que me había seducido a mí mismo, debía tener un pasado al menos tan experimentado como el mío, e incluso mejor. Lo puedes ver tú mismo... Mira cómo me he quedado yo esta noche... Y cómo estará ella de tranquila...

— ¿Y lo del dinero? ¿Realmente tenía tanto dinero?

— Eso nunca pude adivinarlo porque su familia tiene casas por toda Italia, y coches... los que quieras, uno para cada hermano.

— ¿Y por qué dejó de trabajar en Alitalia?

— Primero porque le vencía el contrato, y segundo porque después de lo que me habían contado no me dio la gana de que siguiera...

— ¡Así que no era lectora de Italiano, ni tampoco vivía en Madrid, ni...

— ¡Calla ya, Andrés! ¿Es que no sabes todavía cómo soy?

*** * ***

— La primera vez que vi a Lobato — dice Claudia— estaba subido en un andamio de unos diez metros. Llevaba un mono

azul y tenía junto a él varias latas de pintura. Me costaría mucho decir lo que estaba haciendo porque sencillamente no lo entendía. Si no me hubiera dicho Andrés quién era lo habría confundido con el pintor de brocha gorda. No bajó a saludarnos, ni a Andrés ni a mí, solo dijimos algo de lejos. Me pareció un hombre muy vulgar, incluso desagradable. Alguna vez cuando voy por la calle y empiezo a fijarme en la gente no veo más que mediocridad. No sé si pensarás lo mismo. La gente anónima que ves por la calle son desagradablemente vulgares, sin belleza, yo diría que feos. Cuando, como sucede casi siempre, no te fijas uno a uno en las personas que vas viendo, solo descubres las atractivas, y entonces te vuelves a casa con la impresión de que la única persona vulgar en el mundo eres tú misma. Y no es cierto. La mayoría de los mortales somos chabacanos, ordinarios, bastos, y Lobato también lo era. Lo había descrito tan bien Andrés en el coche, antes de llegar al pueblo, que me lo había imaginado como esas excepciones que vemos de vez en cuando en la calle, y luego la realidad fue tan cruel como siempre. Maxim, sin embargo, su compañera por entonces, era menudita y graciosa. Tenía silueta de mujer de revista y unos ojos inmoderados, graciosamente expresivos y casi miedosos. También cambió mis esquemas porque mi prototipo de inglesa era el de una mujer espigada. Había preparado para comer unas espinacas con salchichas troceadas y, para completar, tenía preparadas una lata de caballa y otra de pimientos rojos. El postre eran unos flanes caseros que había preparado la noche anterior. Maxim era una mujer fría, seca, inexpresiva, pero su mirada, esa mirada con ojos saltones acompañada de una tímida y sugestiva sonrisa hacía que se le perdonara todo. Cuando vi a Lobato a su lado me pareció un oso. Yo, que sueño tanto,

que me imagino a las personas, me llevé una gran desilusión al verlos juntos. Tenían, sin embargo, una enorme distinción en la mesa, y aunque la comida era escasa y tosca, íbamos a un ritmo pausado, tan lento y riguroso como elegante. Primero las espinacas con salchichas (quien iba a imaginar semejante combinación), luego un minúsculo trozo de caballa con pimienta, también ceremonioso, en un plato distinto, con cubiertos diferentes, y después el flan, servido en unos cuencos de barro con una galletita, solo una, sobre un plato blanco. Pero fíjate. Si te cuento todo esto no es porque guarde un recuerdo de aquellos manjares, sino porque lo nuevo para mí, lo inesperado era que, aunque los que tenían que verse eran ellos, Andrés y Lobato, tan amigos de siempre, la importante resulté ser yo, y eso sin que pareciera nada artificial, porque no lo era. El creador, el que parecía el ídolo, era un verdadero artista, sí, pero no para la bóveda de la iglesia, sino para transformar ante mí ese aparente vulgar físico (cabeza pequeña y desguarnecida, hombros escuálidos, barrigón, estatura muy moderada) en el perfil de una criatura selecta. Lobato estaba embrujado, créeme, ese hombre tenía algo especial. El café lo tomamos junto a la chimenea. Trajo Maxim cuatro tacitas de porcelana china, una jarra grande de café, y otra pequeña de leche. En un cuenco, también de porcelana china, había troceado una tableta de chocolate ordinario.

**** *

El coche se ha quedado en lugar prohibido. A partir de ciertas horas en Madrid se aparca con libertad. Importa dejar paso, lo demás no cuenta. Mario propone tomar algo a modo

de cena, lo que sea, para mitigar la desesperanza. Andrés aceptaría cualquier cosa que se añadiera a la frugal comida del medio día, pero se quedaría sin cenar si nadie se lo recordara. Algunas veces cenaban los dos en un restaurante chino, cerca de Tirso de Molina, que servía tres menús, nombrados, en la carta, por las letras A, B y C. Pedían regularmente el B, el de rollos de primavera y cerdo agridulce. Cuando llegaba el camarero de rasgos orientales le decían con presteza: *dos B*, y él contestaba de inmediato: *¿Y de bebida?*. Y eso les hacía gracia. Con frecuencia, en la charla diaria, la frase se convertía en sinónimo de darse prisa. Pero Mario no está para chinos, tal vez está más para bocadillos en Malasaña, de los que se compran en la calle, un mixto vegetal, y una o dos latas de cerveza en el ambiente de la plaza del Dos de Mayo, y la idea no les parece mala. Mario quiere hablar y hablar, y en la charla encuentra un irreflexivo consuelo. Le gustaría iniciar una de sus historias fantásticas, pero sabe que con Andrés tiene el tema limitado. Desearía tener una experiencia excepcional que compensara su desánimo, o una conversación profunda y triste que no consiguiera ambientar del todo; se muestra temeroso, indeciso, y confiesa que le inquieta levantarse al día siguiente en la soledad de su piso de la calle Canarias.

— Si quieres, Mario, vente unos días a mi casa.

— Sí, con tus parientes...

Los parientes de Andrés estarán con Luisa, en una gran tertulia sobre vaguedades, porque Luisa también necesita una tertulia de vez en cuando, aunque sea de vaguedades, con su prima, con su prima la del pueblo, con quien tan bien se entiende.

— Mario, no me digas que la gente te limita. Si tú te enrollas con las paredes...

— Sí, Andrés, pero eso era antes. Ahora estoy un poco hastiado de las conversaciones y ya es hora de que me busque algo más.

— No creas que eso es tan importante. Cada cual tiene su sistema para mantenerse con cierta... con cierta prestancia.

— Sí, pero el mío no sirve de mucho...

— El tuyo, Mario, aunque no te lo creas, sirve más que el mío. Yo tampoco voy a ninguna parte con mis novelas y no puedes imaginarte el tiempo que me llevan, digamos que se llevan todo. Sin embargo, a mí me gustaría tener esa habilidad tuya para abordar a la gente, para entenderse con cualquiera.

— Sí, Andrés, pero sigo en esa oficina de siempre y sin entenderme con la puta de mi mujer.

— No digas eso, hombre. No creo que esta espantada dure mucho...

— Eso espero yo, pero de momento no veo nada claro.

— Hay en este asunto algo positivo. A diferencia de otras veces, no podemos hacer nada para buscarla, así que, dedícate a tus cosas. No tienes más que armarte de paciencia.

— Ya lo sé, pero ¿seré capaz? Estoy tan acostumbrado a ella... Cuando uno se acostumbra a vivir con alguien... Y fíjate qué desastre soy, tan incapaz de retenerla...

Han llegado a los puestos de bocadillos. Vegetales no quedan. Mario pide dos de tortilla y cuatro cervezas.

— Eso es un asunto más complejo — sigue Andrés — en el que tú juegas a perdedor porque intentas evitar por todos los medios que se vaya; en eso ella siempre lleva las mejores ba-

zas, porque sabe que por encima de todo tú estarías dispuesto a hacer cualquier cosa por retenerla.

— Si yo con mi mujer me entiendo, pero no sé, en las cosas más sencillas... surge...

— Olvídate, Mario. Mañana será otro día. Hoy ha sido así y no ha ocurrido nada irreversible. Olvídate de todo y piensa en este momento, mañana veremos lo que vamos a hacer con mis parientes. Hay amistades indefinibles, indescriptibles, y sin embargo funcionan como amistades.

— Eso es, Andrés. Veamos la trascendencia de unos tipos que analizan la fuga de una puta italiana que, mira por donde, pone fin a una inestabilidad, y hace nacer otra. Pero es más importante el bocadillo.

— Eso de la fuga está muy bien. La fuga a Italia guarda estrecha relación con el bocadillo, no te creas....

Mario muerde con desesperado apetito y con cierto desprecio. Quiere seguir hablando y mastica con ansia, con rapidez.

— Mira, Andrés, yo me casé con ella sin tiempo para pensarlo, porque en los dominios del amor no existen razones. No me dio tiempo a nada. Cuando empecé a razonar lo que iba a hacer, no podía volver atrás, hubiera sido peor. Ya sabes cómo soy yo para las mujeres, me gustan todas, o casi todas, y me siguen gustando, pero solo me he enamorado de una. Y un verano fui a Italia, a Livorno, no a Roma, donde sus padres tenían una casa inmensa, casi un castillo. Y sus padres, imagínate, sabían que habíamos vivido juntos en Madrid, pero no sabían nada de lo demás, salvo que trabajaba de azafata en Alitalia, y yo no les iba a contar mis sospechas o fundamentos. Una noche me hablaron con una educación y respeto que nadie antes había

tenido conmigo, con una elegancia que por entonces no había visto ni oído. Y me presentaron todo tan envuelto en un ambiente refinado, tan noble, que cuando vine a darme cuenta ya había aceptado la fecha de la ceremonia. Lo hicieron con tanta educación y eficacia que no pude negarme, pero tampoco recuerdo en qué momento dije que sí. Y como Paola me tenía embaucado, y enamorado hasta la médula, Andrés, no puedo decir lo contrario, ni siquiera hoy, y como sospecho que ella también me quería, seguro que me quería, pues nos casamos. Y el embrujo, Andrés, ya lo sabes tú, todavía dura. ¡Y de qué manera...!

— Al principio todo fue muy bien... ¿verdad?... Cuando yo os conocí...

— Que va, ni al principio, eso es lo que parecía. Desde el primer día ella ha impuesto su opinión en todo, ha organizado la casa, las salidas de los fines de semana, los viajes, las vacaciones... Y lo peor es que no puede ver a mis amigos, ha hecho que me aleje de todos... Bueno... de casi todos... Pero a ella no le importaría dejarme sin ninguno...

— Y esas aventurillas tuyas... ¿Cómo las explicas?

— Eso lo negaría yo delante del nuncio, si hiciera falta. Yo soy un pozo, y tú también tienes que serlo para eso, y además muy prudente, extremadamente prudente. ¡No faltaría más! Ese oficio mío es muy peligroso. Solo ciertos momentos de la vida aconsejan los escarceos, porque si me faltaran no sería yo mismo.

— En eso sí que eres un artista, Mario.

— No te diría yo que no — muestra cierto orgullo —. Cada cual tiene sus especialidades.

ANA, SUTILEZA DE LA ESPERANZA

7

La calle del club y las adyacentes están salpicadas de noctámbulos que van de bar en bar, y vienen, sorteando coches aparcados sobre las aceras y pegados a las paredes. Aunque Mario y Andrés hablen de otra cosa, la italiana está en los rincones, en las frases, en los pensamientos de Mario. Y Lobato y ella y Ana en los de Andrés que recuerda, en silencio, porque Mario no debe saberlo, las conversaciones secretas con Paola, las plácidas tardes de charla con Lobato y los tensos y felices momentos íntimos con Ana, que ahora lo espera, como otros viernes, en el club de Jazz.

Mario, el amante sin límites, el abogado Higuieruela, el enamorado de la misteriosa y antigua azafata, de la supuesta lectora de italiano, el funcionario frustrado, pasea sin prisa, al lado de Andrés, y colmado de rabia por esas calles embrujadas cercanas a la glorieta de Bilbao. Mario quiere repasar y considerar las veces que Paola se ha ido de casa enfadada, durante uno o varios días, y las va enumerando en su memoria. Las cuentas no encajan. No sabe si considerar también huidas las que han terminado en un improvisado y extraño viaje mal justificado, como el de esta noche. ¿Y qué decir de las veces que se había instalado en un hotel, hasta tres noches seguidas? ¿Y de

los viajes de invierno a Italia preparados en poco tiempo pero bien justificados por las necesidades de aire libre para su endeble salud? ¿Y qué decir de la recientísima escapada solo unos días antes? No había manera de llevar las cuentas. Sí, estaba claro, alguna de aquellas desbandadas había de ser la definitiva. Se siente abatido y recuerda con Andrés, y con detalles que nunca había querido repetir, la penúltima fuga. Había surgido, como siempre, desde la insignificancia:

— Te lo juro, Andrés, que si yo supiera cuáles son los asuntos que no debo tratar con ella, los evitaría, pero a veces pienso que son todos, que no hay nada ajeno al conflicto.

Mario no quiere pensar, ni imaginarse, que su mujer pueda ser tan infiel como él en sus escapadas. La absurda idea es inmediatamente rechazada apenas se instala en su pensamiento: *no puede ser... pero ¿y si fuera...?* La imagen le ha dañado tanto la armoniosa alfombra de su intimidad, le ha producido un dolor tan intenso que no la puede soportar. Por eso un día se dijo que no, que su mujer no lo engañaba y que nunca más abriría la puerta a tan injustificada sospecha.

**

— ¿Sabes que en todo esto veo algo de hechizo? Ese hombre que solo he visto inerte me está pareciendo un ser cargado de misterio, a pesar, o precisamente a causa de todo lo que he oído hablar de él. Resulta que sus mejores amigos ignoran tanto su desaparición como su origen. Se ha ido como llegó, sin dejar huella...

Claudia y el hombre de negocios han dejado el Mesón y se dirigen, callejeando la ciudad, hacia la calle Alburquerque. La

profesora ha dejado su cartera negra con los libros de clase, en su coche, y el coche en el aparcamiento del Instituto. El de Marcos es grande y blanco. La mujer ya ha olvidado que el hombre que va a su lado era, horas antes, inspector de policía:

— Lo rodeé de misterio desde el principio y aunque a veces lo vi cruel y despiadado con las mujeres que habían compartido su vida, cuando estaba a su lado olvidaba todo para no sentir más que su presencia, que era grande como un templo y profunda como un pozo. Cuando me fui enterando de lo que había hecho y seguía haciendo, no me lo podía creer. A veces veía en él un escritor, porque había publicado una novela, otras veces un escultor, porque hacía exposiciones, otras un pintor, porque restauraba frescos antiguos, otras un músico, porque tocaba la guitarra y cantaba, y otras tenía que verlo como el profesor de dibujo del Instituto, o el marido de mi amiga Mary Flores. Y verás. Cuando volvió a Madrid, solo había vendido un par de esculturas, de esos encargos modestos, y había publicado una novela, tiempo atrás. Pero tenía muchas más figuras en su taller de Carabanchel y una segunda novela que no conseguía terminar porque no dejaban de surgir nuevas ideas para corregirla. Era un volumen de veinte capítulos y unas cuatrocientas páginas inspirado en su viaje a Italia. La escribió de un tirón, en pocos días, con muchos errores, con la intención de darle luego forma, lentamente. Corregía un capítulo y otro, y al llegar a uno determinado, se daba cuenta de que cambiando tal o tal argumento y personaje mejoraría el conjunto, y entonces volvía otra vez al primero con nuevas y frescas ideas, y cuando ya no cabían más correcciones en las páginas, que escribía a tres espacios, las volvía a pasar a máquina. Por eso tenía en el rincón de su taller donde se sentaba a escribir un montoncito con los

veinte capítulos grapados, uno a uno, y clasificados por orden, y otro montón que cada día era más grande con los que iba desechando. Y en el apartado de los definitivos unos estaban completamente limpios, y otros llenos de tachaduras, hasta que volvía a escribirlos de nuevo, y luego a tacharlos otra vez con nuevas correcciones. Lobato era un volcán de ideas. Nunca sabías lo que iba a hacer al día siguiente. Los últimos meses, sin embargo, su dedicación se aferró, sí, pero esta vez para ganar todo el dinero que la gente pudiera pagar por sus esculturas, que era mucho. Y vive tan arraigada esta ambición en todos nosotros que nadie la puede evitar.

Una tarde imprevisible habían llamado a la puerta los amigos de la oficina. Pasaban por allí porque acababan de despedir a otros amigos en la Estación Sur de Autobuses, y se presentaron en el piso de Batalla del Salado exigiendo, por compañerismo, una cerveza. Fue el principio de la penúltima huída de la pelirroja. En el preciso momento en que sonó el timbre, Paola, en prendas tan íntimas que Mario no quiso describir, porque la intimidad de su mujer le pertenece en exclusiva, realizaba unos ejercicios físicos prescritos por el médico de la Sociedad a la que su familia italiana había pertenecido desde siempre. Los ejercicios exigían la colaboración de otra persona, y no de cualquier persona, porque la indumentaria, bastante ligera, solo autorizaba a alguien de íntima confianza. Mario tuvo que soltar los pies del delicado y modélico cuerpo de Paola, ya bien avanzada la tarde, para abrir la puerta al jefe de negociado, un gordo que vestía chaqueta y corbata, el auxiliar administrativo y

una secretaria, todos ellos amparados en la familiaridad que Mario con tanto afecto les había transmitido en subsecretaría. El ejercicio de Paola quedó, sin la menor solución de continuidad, bruscamente interrumpido y, lo que es peor, se vio obligada a vestirse con rabia y con ropa limpia, porque ya había desechado la del día. Sintió, además, furiosos deseos de no recibir a nadie, y así lo habría hecho si Mario no hubiera insistido tanto. El soñador, el seductor conquistado, el buen Mario, experimentaba un delicioso placer mostrando a sus compañeros de oficina las formas modélicas del cuerpo de Paola. Esa tez, tan fina, tan dulce, diseñada con tanta grandeza y, sobre todo, el venerado acento italiano. Y la pelirroja salió, sí, salió del dormitorio con sus peores atuendos, por fastidiar a Mario, para hacerle ver que ella también debía decidir quién venía a su casa y a qué horas, y se puso unas faldas pasadas de moda, unas zapatillas viejas y una camisa que Mario no usaba porque tenía un pequeño quemado de brizna de colilla. Pero Paola seguía atractiva con cualquier vestido, incluso más atractiva cuando se abandonaba un poco, o bastante, como aquella noche. Saludó, sí, y se sentó, y no dijo palabra. Mario, tan acogedor, sacó unas cervezas y lo que quedaba en el frigorífico, que no eran sino las provisiones de Paola para la frugal comida del día siguiente. Y entre el jefe de negociado y el auxiliar se comieron hasta el último cacahuete, y acabaron con las reservas de cerveza, y se despidieron después de las dos de la madrugada, cuatro horas después de que Paola hubiera deseado irse a la cama, y solo una hora después de haberlo hecho. Y se habría acostado antes si Mario no se lo hubiera prohibido con deplorables y siniestras señas. La discusión verbal se inició apenas hubieron salido los compañeros, en el dormitorio conyugal, porque Paola, con las

voces y las risotadas, no había podido conciliar ni un solo minuto de sueño.

Al día siguiente, cuando Mario volvió de la oficina, la casa estaba vacía. Paola había vuelto a fugarse. Aquellas reacciones de su mujer le producían una extraña atracción, un incontrolado y absurdo deseo libidinoso. Mario, en la humillación, deseaba ardientemente poseerla, tenerla otra vez entre sus brazos, descubrirla en el vacío que había dejado en el lecho conyugal. Y la idea de que aquellos ilimitados goces no volvieran a existir lo colmaba de ansiedad. Se iniciaba entonces una búsqueda detectivesca por toda la ciudad a la que Andrés no era ajeno, porque había sido muchas veces consejero y fiel amigo.

Cualquiera podría pensar que es imposible localizar, sin ayuda, a una persona que quiere ocultarse en una ciudad de cuatro millones de habitantes, de un millón de viviendas y de más de seiscientos hoteles, pensiones y fondas. Con las técnicas de Mario y la vigilancia de Andrés aquello era incluso un juego entretenido en el que el abogado Higuieruela era todo un experto. Desde el momento en que se iniciaban las pesquisas hasta encontrarla tardaron algo más de veinticuatro horas. El recuento lo hicieron muchos días después del desasosiego que producía en Mario la investigación. El funcionario y el profesor habían adquirido ya tal experiencia que se organizaban con cierta profesionalidad y contaban, además, y sobre todo, con la inestimable ayuda de sus amistades, pero con el inconveniente de la discreción, porque nadie, ni siquiera Luisa, debía enterarse de lo que hacían. Mario le explicaba la situación con aplastante lógica: *Mira, mi mujer tiene dos amigas en Madrid y, si va a un hotel, podemos descartar todos aquellos que por el precio, o por su escasa limpieza, porque es una maniática, no están a*

su alcance. Ahí iniciaba el plan y luego añadía, eso sí, la colaboración, modestamente interesada, de un policía, un viejo amigo que los ponía al corriente de las fichas de entradas de algunos hoteles, y al que de vez en cuando le regalaba una botella de güisqui de cinco años.

Al contrario de lo que la vulgaridad de Andrés hubiera propuesto, Mario no llamó a ninguna de las dos amigas de Paola, que bien sabía él que podrían ocultar la presencia de la italiana. Lo mandó a vigilar las ventanas, las entradas y las salidas de un piso quinto de la calle comandante Zorita, esquina a General Perón. El ya había colaborado anteriormente en ese tipo de pesquisas y no hacía falta estar allí todo el día, sino solo entre las cuatro y las ocho de la tarde. Si no la veía entrar o salir, debía trasladarse a la avenida de los Toreros número 23. La avenida de los Toreros es ancha y, desde la acera de enfrente, en la esquina de la calle Pilar de Zaragoza, se vigilan con discreción las ventanas del segundo piso. Si la localizaba, había de dar por concluida su misión en el momento de comunicárselo a Mario por teléfono. Lo más difícil era ser precavido, y para ello no podía utilizar su cuatro ele, tan conocido por Paola, sino un viejo dos caballos del que unas veces disponía la mujer del jefe de negociado, el gordo; y otras el propio Mario. Él, mientras tanto, *peinaba los hoteles posibles*, como le gustaba decir. Aquella vez Paola, que siempre ha ignorado la colaboración de Andrés, no estaba en la casa esquina con General Perón, pero sí fue vista por Andrés en la avenida de los Toreros. Mario fue directamente a recogerla. Cuando Paola era localizada, y a veces ella lo deseaba ardientemente, ya no se ocultaba más. Volvía sumisa a casa como premio a los desvelos de Mario y allí, en

larga intimidad y con pocas palabras, se sometían a los ritos y cultos de la reconciliación.

Aquella penúltima vez, antes de ir a buscarla, Mario y Andrés se tomaron un café, ya con gran calma, en un nuevo rincón que el marido abandonado había amueblado recientemente en su casa: una mesita pequeña, redonda y tan baja como los cuatro sillones que la rodeaban al pie del tesoro máspreciado del irredento amante: su biblioteca, que por entonces empezaba a nacer.

En la Glorieta de Bilbao Mario se enciende otro cigarrillo y solo después de expulsar el humo recuerda que no le ha ofrecido a Andrés.

— No, gracias.

Van hacia la calle Alburquerque.

— ¿Conocía yo a ese compañero tuyo que ha muerto...?

— Debisteis coincidir una vez en casa, pero no te acuerdas... o a lo mejor sí.

— ¿Y por qué no me hablabas de él?

— Te he hablado muchas veces. Si te digo que era el pintor de Cáceres o el extravagante profesor de dibujo del Instituto, lo recordarás... En los últimos años te he hablado poco porque solo nos veíamos de vez en cuando y además, había dejado de encontrarme bien con él... Cambió todo tanto desde que se casó con la segoviana... Y sobre todo desde que empezó a ganar dinero sin medida...

— ¿Ese fue el profesor que vivía con la profesora de física...?

— Sí, con Mary flores. Vivieron en su pisito del Rastro... Y antes con una inglesa, con Maxim, ya te hablé de ella, y luego con la rica... Te gusta recordar a las personas según sus parejas...

— ¿Y cómo dices que ha muerto?

— Eso quisiéramos saber. El inspector de policía que ha venido a vernos al Instituto, después de hacer que le cuente casi todo lo que sé, estaba empeñado en que identificara a la mujer de una foto.

— ¿Y qué tiene que ver esa mujer con la muerte de tu amigo?

— Eso quisiera yo saber.

— ¿Cómo era la tía de la foto...?

A Mario le gusta jugar con esa idea abstracta de la mujer, no puede remediarlo.

— Atractiva, sí. Parece como si quisiera relacionar la muerte con la influencia de una mujer malévola. Debe haber ocurrido algo serio, aunque no lo sé.

— ¿Nunca te pagó lo que te debía...?

— No, claro que no. Pero comprenderás que ya no me importa...

— Ese tío era impresionante... Se fue a la India, estudiaba las lenguas de allí ¿no era eso? Luego restauraba pinturas en las iglesias, luego se dedicó a las esculturas... ¿Por qué dejasteis de ser amigos?

— No dejamos nunca de vernos, ni le tuve odio alguno, y tampoco él a mí, pero poco a poco, sin saber por qué, espaciábamos más nuestros encuentros... Esto de estar más o menos tiempo con unos amigos que con otros es todo un misterio... Los días pasan, y los momentos también, y sin saber por qué, o

tal vez buscando el bienestar, cultivas más a unas personas que a otras. A veces porque viven cerca, a veces porque alguna palabra o algún gesto te cautivan... A veces por razones que son imposibles de describir... ¿Has pensado que si repasamos los reproches que podemos hacerle a nuestros amigos, y los juzgáramos con exigencia nos quedaríamos sin amigos?

— ¿Y con qué tía dices que tenía algo que ver? ¿Cómo se llamaba la de la foto?

— Eso te interesa más... No sé. Nina, creo, Alejandra no se qué...

— ¿Nina? ¿Como la que venía a ayudarnos en mi casa...?

Mario ha olvidado un poco a Paola, pero cualquier insignificante asunto podría despertar de nuevo su angustia. De vez en cuando teme que una de esas huidas pueda ser definitiva. Con malévola sonrisa, que nadie advierte, se está acordando de los sabores de la reconciliación, aunque la duda de que pudiera no producirse lo aterra. Mario le pregunta, en la esquina de Luchana con Palafox, que si le ha contado el último reencuentro, aunque sepa perfectamente que no, que de eso no le habla, ni le va a hablar. Para Mario la intimidad con su mujer es sagrada. Y vuelve a sonreír con malicia para hacerle sospechar, e intuir, el profundo goce. Y como no puede aguantar más, le dice:

— Mira Andrés, a esa tía le gusta sufrir, te lo juro... Disfruta con el dolor... ¿Sabes para qué hace estas cosas? Lo hace, ni más ni menos que para disfrutar después con el inmenso placer de volver a vernos. Esas horas, sí, esos momentos han sido los mejores de los últimos años. Pero esta vez va a fracasar su plan porque no estoy dispuesto a seguirle el juego... A mí me sobran las mujeres...

A Mario no le falta razón, pero sí le falta una mujer, la única que él quiere tener. No le ha importado nunca, ni quiere recordarlo, su pasado. La quiere sin condiciones porque no puede evitarlo, la idolatra desde el momento que se cruzaron sus ojos con los de ella en la discoteca del Meliá Castilla, esos ojos brillantes, repletos de misterio. Por eso Andrés sabe que ninguna de sus aventuras, tan frecuentes, tan discretas, tan bien conducidas por la elocuencia y la discreción, podrán suplir a Paola Spottorno, esa diosa que ahora se aleja, minuto a minuto, por el ferrocarril del noreste, mientras Mario y Andrés caminan sin prisas, amparados en la calma de estar juntos. Y el afrentado, de cuando en cuando, lo coge amigablemente del brazo, como Paola años atrás en el zaguán de la zapatería:

— Mario, otra vez se nos ha ido Paola... — dice Andrés con ironía, pero también con honesto sentido solidario.

En la calle de Alburquerque hay una puerta que da paso a unas escaleras alfombradas, y luego a un inmoderado sótano oscuro con un escenario de iluminación ligeramente alterada al suave ritmo del jazz. Sonidos de saxo, contrabajo y batería se mezclan con un elevado murmullo. Los temas son largos, reiterativos, y nadie aplaude, pero eso ya lo saben los intérpretes. Mesas de mármol y sillas que imitan época, pintadas de negro. No hay donde sentarse. Muchos clientes, supuestamente apegados al jazz, están de pie, con una copa en la mano, mezclando bisbiseo y jazz, sin advertir las inconveniencias del ambiente. Se abren paso entre la gente. Mario señala la barra y, con empujones, encuentran un rincón. Piden dos copas.

— ¿No habrá sitios más tranquilos en esta ciudad?

— No hace falta que grites tanto...

Mario bebe el champagne de golpe, y deja la guinda al fondo. Se acerca al oído de Andrés para experimentar el placer de pronunciar una grosería sobre una mujer rubia vestida de negro que bebe detrás de ellos, y que mucha gente ha debido mirar también esa misma tarde. Ana los ha visto y se abre paso para acercarse. La camarera besa a Andrés, muy cerca de los labios y, como si se hubieran visto el día anterior, las primeras palabras son para quejarse del bullicio, de las inacabables noches de los viernes. Tiene una voz enronquecida, una mirada hosca que se dulcifica frente a ellos y una compostura que se mantiene digna dentro de aquel caos. Les propone acomodarlos en una mesa.

— De acuerdo. Si no es muy complicado... — le contesta Andrés —. También podemos esperar aquí.

— Un poco de paciencia — se acerca al oído para no gritar —. En cuanto quede una libre...

La llaman por todas partes. Con el pelo recogido, con una falda negra, brillante, y una camisa blanca con pintas rojas y cuello rojo, carmesí, la ven correr entre la gente. Lleva un delantal blanco, pequeño, cortado en redondo, bordeado de encajes, y un bolsillo profundo colmado de calderilla y billetes.

— De manera que esta es tu antigua alumna... Y tu amiga — hay una cierta inflexión en busca de historias más audaces...

— No hables en ese tono, Mario. Ana está aquí provisionalmente, mientras busca otra cosa. No creo que aguante mucho, esto no es para ella y ya va a hacer un año que viene aquí, una noche tras otra...

— ¿Y era buena alumna?

— ¿Y qué más te da...? Eso no es lo que quieres preguntar.

— Sí hombre, comprende, Andrés, hay que empezar por algo.

— No de las mejores, pero bien. El problema no está en su capacidad, sino en su familia. Todos trabajan.

— ¿Y no busca otra cosa?

— Claro que busca, cuando puede. Empezó derecho, y lo dejó. Luego se matriculó en políticas y está en cuarto, desde hace no sé cuánto tiempo... Es una chica inteligente, capaz de todo. Y mientras que no deje este trabajo, no podrá hacer nada. No puede ir a los exámenes, no se lo permiten, así que solo hace los que caen en su día libre, y como coinciden tan pocos... Lo bueno sería que su padre... qué tontería voy a decir. Ana tiene pocas soluciones. Tal vez solo dos: la resignación o la rebeldía y, bien pensado, ninguna...

— ¿Gana mucho aquí?

— En propinas, si se da bien. Por lo demás no tiene un minuto de descanso...

— ¿En qué sentido?

— Deja ya de preguntar chorradas. ¿Tú te crees que esto es un trabajo? Ana viene a las seis, todas las tardes, y algunas veces, a las cuatro de la mañana todavía está dando vueltas por las mesas.

— ¿Sin parar?

— Sí, tres cuartos de hora para la cena, en el momento de más calma, hacia las once, pero muchos días ese momento no llega. Seguro que hoy no ha cenado.

— Esa chica, con lo guapa que es, podría estar en otro sitio...

— ¿Dónde, Mario, dónde...? Crees que es fácil... Claro que podría estar, en los clubs de Capitán Haya, pero qué... Tú crees

que eso es vida... allí ganaría más, claro, y no te creas que no lo ha pensado...

— Te sabes todo, Andrés, estás bien informado...

Ana hace gestos para que se acerquen. Hay una mesa en medio del recinto, pegada al pasillo central, que ha quedado vacía. Mario ha olvidado, por un momento, a su mujer, porque su mirada se concentra en la camarera, tan atractiva, tan delicada entre aquel bullicio. Trae dos copas más. El ruido traba la charla y Ana y Andrés sustituyen las palabras por una sonrisa.

En la heroica ciudad, destartalada y cruel, no hay nada previsto. En el denso ambiente del jazz las precarias horas siguen aconsejadas por la improvisación. A Mario le gusta conocer los detalles del local y está mirando a todos lados, por eso no habla, y porque Andrés, además, pretende concentrarse en la guitarra de Molina (un bajista excepcional, mal encajado en el Max Blidem Sextex) a quien casi nadie presta atención. Ni el desagradable murmullo, ni la fuga de la pelirroja, ni la extraña impresión que le ha causado ver otra vez a Ana, que todavía no sabe que ha muerto Lobato, ni el recuerdo de sus parientes, probablemente descubriendo la multifuncional habitación de los huéspedes, le impide atender esa mezcla de batería, bajo, contrabajo y guitarra. Mario había oído hablar, con moderado énfasis, de sus ex-alumnos y del profesor de dibujo. Para Mario esas aventurillas eran niñadas, y el día que le contó que Tomás había sido abandonado por su novia, que también había sido antigua alumna de Andrés, y posteriormente amiga, solo se le ocurrió preguntarle: *¿Y le ha afectado mucho?* Y seguramente ni siquiera oyó la respuesta. Esta noche, Mario, afectado por la belleza de Ana, parece haber descubierto algo más que despierta su interés:

— ¿Llegasteis a ser muy amigos?

— ¿Quiénes, Mario?

— Ella y tú y los otros... y el profesor de dibujo...

— No lo sé, Mario, no lo sé muy bien. Me gustaría saberlo.

La amistad no existe. A veces, solo algunas veces, descubrimos momentos de amistad. Y sí..., claro que sí..., tuvimos muchos momentos muy agradables...

— Pero tú has salido mucho con esa chica que nos pone las copas...

— ¿A qué te refieres? También salía, entonces, con Tomás, y con Jesús, y con Lobato. Jesús y Tomás se veían casi todos los días, a veces también con Ana, pero empezaron a salir los tres después de la fiesta de la casa de Lobato. Quedaban a la salida del Instituto, en los bancos del jardincillo y charlaban un rato, y luego volvían a casa. Tomás y Ana tenían una relación más estrecha, se cogían de la mano, o ella lo cogía del brazo, pero con Jesús hablaba más. Tomás es algo tímido. También era frecuente ver solos a Jesús y Tomás, cuando Ana, que era la única que siguió estudiando, tenía exámenes. Tomás y Jesús coincidían en rechazar todo lo que les sonara a institución. Ya habían tenido bastante con el Instituto. Aquella idea a Andrés le parecía interesante, y Lobato la alimentaba con argumentos tenaces. Se habían impuesto tener muy pocas necesidades. Durante un par de años se les vio con los mismos pantalones, con las mismas camisas de cuadros, con los zapatos destrozados, con las barbas... Luego pensaron que no debían de ser una carga para nadie, pero sin venderse a un trabajo sistemático, ni a la generosidad de Lobato, por eso buscaban pequeñas actividades y, cuando tenían suficiente dinero para subsistir un poco más, abandonaban todo, y otra vez a la bohemia. Alimentaban aque-

lla filosofía tan peculiar con las fuerzas que, un día y otro, les suministraba Lobato. Yo les prestaba libros, o se los cogían ellos mismos. Al principio pedían consejo. Durante aquellos dos años leían constantemente. Luego hablaban entre ellos, los tres, otra vez en los bancos del jardincillo. Se pasaban horas y horas hablando de los comportamientos. Por eso a Ana le gustaba ir con los dos, porque aprendía lo que ella no era capaz de asimilar. Tomás y Jesús ponían constantemente en duda sus compromisos. La norma estaba clara, pero todo lo demás tenía que ir encajando, uniéndose un eslabón con otro, como en un juego de arquitectura. Existían, sin embargo, conceptos de la vida diaria que no podían asimilar. A Lobato y mí nos divertía oírlos en aquellas discusiones interminables en mi terraza.

— ¿Cómo los aguantabais tanto?

— No los aguantábamos, Mario, ya lo sabes, nos divertían, y además fuimos grandes amigos. Tu eso nunca lo has entendido. Ellos leían y leían, Ana, Lobato y yo los escuchábamos, discutíamos sus opiniones, sus maneras de construir el pensamiento. La inteligencia, la pobreza, el cosmos, la organización de las ciudades, la división de las horas del día, la propiedad privada, la energía, el bien y el mal, la muerte, el placer, la soledad, la duda, el átomo, la inmensidad del mal, el infinito... Todo lo pasaban por el tamiz de sus planteamientos, y tenía que encajar. Así íbamos creando un mundo peligroso, es verdad. Lobato y yo dejábamos que ellos tomaban las decisiones últimas. Nos dieron grandes lecciones. Más a mí que a Lobato, que era un hombre por encima del bien y del mal hasta que se dejó infectar por un extraño virus y reaccionó organizando su propia boda con ceremonia religiosa. Yo creo que todo se desmoronó porque no consiguieron encajar las piezas.

— ¿A qué te refieres?

— Mira, en poco tiempo, sin darnos cuenta, Ana, la misma chica que ves ahí, se transformó en una mujer increíblemente atractiva. Pasó de ser una alumna anónima a una chica capaz de robar la atención de quien tuviera la suerte de descubrirla. En unos cuantos meses cambió tanto que todos los que nos veíamos con ella nos quedamos prendados de ella, todos... Incluso Claudia y Mary Flores desarrollaron un gran respeto y atracción hacia ella... Llegó un momento en que Jesús y Tomás, sus dos más cercanos amigos, estuvieron enamorados de ella, y Lobato y yo también, y probablemente cualquier persona que la conociera, pero todo eso teníamos que llevarlo en secreto. Tomás y Jesús discutieron aquella atracción, porque ella fue la última en darse cuenta de sus propios cambios, y no mostraba preferencia alguna. Se dieron cuenta de que era así, de que los dos estaban enamorados de la misma chica, y de que cada uno hubiera querido tenerla solo para él. Así que con los mismos planteamientos que para todo lo demás intentaron encajarlo en el esquema: un instinto tan natural como el amor no se puede destruir, por lo tanto había que dejar actuar a las leyes naturales. Pronto fueron conscientes de ser tres, es decir, dos amigos con la misma amiga. Pero ¿qué ocurría cuando se trataba de llegar a compartir sentimientos más complejos, relaciones más estrechas... digamos más afectivas? Surgió el conflicto.

— ¿Y se acostaban los dos con ella, a la vez?

— No seas bruto, hombre, era casi eso, pero no se puede explicar así. En un primer paso, y en la teoría de la constante revisión de los hechos diarios, tres personas podían convivir, y así pasaban los días. La técnica estaba clara. Intentaron ponerlo en práctica y funcionó. Luego dieron por válida la teoría y pasa-

ron al siguiente conflicto que podría ser, pongamos por caso, la participación en algunos tipos de diversiones como las discotecas, el cine, la televisión... Y solo entonces descubrían que de nuevo había que revisar el eslabón anterior, el de la vida en trío, porque fallaba el eslabón de antes, el de los convencionalismos, con lo cual se encontraban otra vez en el principio.

— Y es bastante lógico... ¿No crees?

— Claro que lo es, pero ni yo mismo me daba cuenta. A mi parecer, aunque esto es indemostrable, el mayor conflicto se originó por los encantos de esa que ves ahí, sirviendo champagne, a quien la fortuna le ha jugado una mala pasada. Ya sabes que seguimos viéndonos de vez en cuando aunque los últimos meses muy poco. Ana se interesaba por los asuntos más triviales de la vida de todos los días y, a veces, nos dejaba embaucados con sus preguntas. Jesús y Tomás ponían la parte teórica, Lobato era el payaso, porque ironizaba con todo, y yo, como decían, era la voz rancia de la resignación.

— ¿Cómo os hicisteis tan amigos?

— Primero porque estaban en mi clase de literatura, los tres. Tomás me pidió algún libro y como lo vi tan interesado, le ofrecí más lecturas. Era un buen chico. Luego, al terminar el curso, empezó a pedirme cosas de pensadores, de Nietzsche, de Sartre... A partir de la fiesta de fin de curso empezó a salir con Ana y nació ese grupo tan peculiar. Sin Lobato, que tanto alimentaba sus teorías, nada habría tenido sentido.

— ¿No crees influyó para que dejaran de estudiar?

— No creo. Al principio hablábamos poco de esas cosas. Ellos me preguntaban mucho sobre las impresiones que nos había producido la lectura de tal o cual libro, no las que por

entonces teníamos, sino las que habíamos sentido antes. Respondíamos con naturalidad.

— ¿Y a Ana? ¿Cuándo conociste a Ana?

— ¿Te refieres a cuándo advertí que era todo una mujer...? Cuando bailaba con Tomás, en la fiesta del final de curso. Ya la había visto antes, porque estaba en mi clase, pero no me había llamado la atención. Hasta aquel día no la conocí realmente, no la distinguí de los otros. Cuando tuve con ella la primera conversación, días después de la fiesta, descubrí cierta dulzura, un estilo que había sido incapaz de intuir en ocho meses. Me hizo pensar en Luisa, unos años antes, con su melena color caoba...

— ¿A ti te gusta tu ex-alumna, Andrés?

— ¿Cómo no me va a gustar si es amiga mía?

Mario conoce la discreción, pero encuentra un cierto placer en aprovechar los momentos difíciles y allí, entre jazz y charlas, mientras sigue con la mirada a la camarera, quiere descubrir algunos secretos inspirados por la alumna de Andrés. Mario goza el riesgo de hablar de una mujer que está moviéndose muy cerca de ellos, a pocos metros de allí, de un lado a otro, y Ana sabe vestir de manera sencilla, y a la vez seductora, y ese encanto tan natural es la esencia de su estilo. Pero eso solo Lobato sabía apreciarlo.

— No dirás que te enamoraste de ella...

— Un poco...

— ¿Y Luisa?

— Y Luisa qué...

— Que si Luisa no sospechaba...

— Hombre, Mario, Luisa no tenía nada que sospechar...

Nunca se me ocurrió pensar que ella tuviera que sospechar algo.

El hombre de la chaqueta que baja las escaleras alfombradas del club de Jazz con Claudia pone en alerta a Andrés. La profesora, sorteando a la gente, se acerca a él y le dice al oído que el hombre de la chaqueta no es inspector de policía. No van a buscar una mesa para cuatro porque se irán enseguida. Claudia solo ha venido por cumplir con la cita, y para decirle algunas cosas nuevas sobre la misteriosa muerte. Ahora quiere localizar a la viuda cuanto antes. El falso policía la va a acompañar. No. Andrés tampoco había oído a nadie decir que fuera inspector de policía, salvo el despistado Tomás, pero si se trata del propietario de la casa donde Lobato ha aparecido muerto, comprende el desasosiego. Entre el murmullo del local Andrés le pregunta si a ella también le ha enseñado la foto, y Claudia le cuenta lo de la empresa, y lo del paradero de Nina, que tantos secretos debe guardar.

— Oye Claudia, ¿Cómo era el apellido de esa chica?

— Montañés —le dice— que viene de montaña, o como montañero...

— ¿Y dónde dices que vive?

— No te lo he dicho... ¿Crees que te serviría de algo saberlo?

— No. Probablemente no me serviría de nada, pero sigo la rutina.

— Nina vivía en la calle Vizcaya, con sus padres — dice el supuesto inspector de policía —. Luego alquiló un pisito en la prolongación de General Mola.

— ¿En la calle Vizcaya?

Claudia y el hombre de negocios no se van a sentar, ni siquiera van a tomar una copa de champagne. Claudia tiene prisa. Se despiden.

*** **

— Todo fue muy rápido, e imprevisible. Una tarde Ana vino a esperarme a la salida del Instituto. Llevábamos tiempo sin vernos, y hacía mucho más que ella no había vuelto por el Emilio Castelar. Algo debió hacerle pensar en mí, y se presentó allí, en la entrada, bajo el tablón de anuncios. Iba yo por el pasillo y se abalanzó sobre mis hombros, en el vestíbulo, y se sujetó a mi cuello como si volviera de un largo viaje. Sentí hasta los huesos que mi joven ex-alumna tenía, abrazado al mío, un cuerpo de mujer. Y no pude responder como hubiera querido a su amable muestra de afecto porque Ramón estaba mi lado. Y de allí nos fuimos paseando por General Ricardos, con un impulso que nos alentaba a seguir contándonos precipitadamente las pequeñas cosas de todos los días, como si de repente sintiéramos la necesidad de compartir lo que nunca nos habíamos dicho. Ana quería explicarme por qué Tomás había dejado de interesarle, y me dijo que su sentido de la libertad había cambiado. Tomás no había podido aguantar por más tiempo aquella vida insegura, aquella constante lucha contra su familia, contra los pagos de los frailes, contra sus cada vez más imperiosas necesidades de la vida diaria. Por eso cuando le ofrecieron la cantina del Instituto no pudo evitarlo y la aceptó. Con el trabajo fijo, toda su lucha social había ido desapareciendo y el ídolo se convirtió, en palabras de Ana, *en un mortal cualquiera*. Ella, sin embargo, nunca se había propuesto una vida en permanente rebeldía.

Por encima de todo estaban las necesidades de sus padres, y su familia. Estuvimos andando y hablando. Ya teníamos experiencia en dar aquellos paseos interminables, de esquina a esquina de la ciudad. Ana me explicó la tragedia y no pudo evitar unas lágrimas. Le brotaron cuando explicó que ni Tomás ni ella eran responsables, que los culpables eran otros a los que solo cabía tratar de manera tan violenta que ella, Ana, no estaba dispuesta a hacerlo. De nuevo toparon con el tema, su tema. De eso Ana sabía mucho porque había leído todo lo que caía en sus manos y porque lo sentía, lo sentía en su sangre como irremediable, y porque lo había intentado y tal vez lo había puesto en práctica.

El salón de jazz se está calmando. Ya no queda gente de pie. Se ha vaciado la barra. Ana, de vez en cuando, los mira. Se irá con ellos cuando acabe. La música se oye mejor. El batería tiene un semblante triste, desesperado, pero acierta a mover los brazos con pasión y monotonía al mismo tiempo.

— Oye Mario, aquella chica que iba a limpiar a tu casa, como se llamaba...

— Nina, te lo he dicho antes...

— ¿No vivía en la calle Vizcaya?

— Sí... ¿Y por qué lo dices? ¿En qué estás pensando?

— No sé. Se me está ocurriendo una tontería porque sigo pensando en Lobato.

*** * ***

— No sé si te aburro...

— No, cuéntamelo, ahora podemos hablar mejor... Esto se está calmando...

— Te decía que vino a esperarme al Instituto para contarme que estaba dispuesta a todo, pero yo no podía imaginarme a Ana con un fusil como los guerrilleros bolivianos, ni creo que lo hubiera usado nunca... Ni siquiera me atrevía a preguntarle por el camino que había de seguir en su adiestramiento, por la gente que había de alistarla para no tener que declararlo ante nadie. De la lucha de clases solo recordaba las carreras por el paraninfo de la Complutense y los escondites del edificio de Filosofía B cuando los grises irrumpían violentamente con las porras. Existía un pacto de silencio para que nadie diera la menor pista sobre otra persona. Y aunque todo cambió mucho en pocos años, conservaba la honrada conducta de la prudencia. Lo que Ana Cano quiso decirme cuando se lanzó al cuello en el vestíbulo del Instituto era eso, que se decidía por la lucha activa, por el único camino que la vida le había permitido. Para decírmelo, aunque hubiera podido evitarlo, se había refugiado en el único medio a su alcance, en la sorpresa. Por eso se presentó tan de repente y se abalanzó a mi cuello con todas sus fuerzas, para apretarlo y sentirlo, y hacerme ver que había pasado algo importante. Aquel abrazo no era un saludo, sino una despedida. Ana había decidido huir de todos nosotros, y quería decírselo a su profesor, a quien ella creía el inspirador de sus ideas. Luego vino todo lo demás, en la noche, también cuando menos se esperaba.

— ¿Qué pasó en la noche?

— Pasó lo que sucede cuando menos se espera y lo que nunca hubiera sucedido premeditadamente. Ana había adquirido una enorme habilidad en sus diálogos y por eso, en cuanto salíamos de General Ricardos, empezó a hablarme de su padre, como quien no quiere la cosa, sin darle importancia. Me conta-

ba cómo había fracasado en su intento de obtener una ayuda oficial; cómo había perdido su puesto en el almacén; cómo la época dorada había durado solo seis años, y la llamaba dorada porque la anterior sí que había sido negra y de qué manera; y cómo habían pasado los días en la desesperanza, en la incertidumbre de lo que serían los del mes siguiente, los de la semana siguiente; y cómo había ido dejando, poco a poco, las clases de la facultad y convirtiéndose, como Lobato, como Mary Flores, en militante activa de la Liga Comunista Revolucionaria. Sí, ya había roto con la monotonía de sus citas en los bancos del jardincillo con el pusilánime de Tomás. Fíjate. Ahora, años después, en este club, el extremismo de la camarera queda prudentemente oculto en su flamante uniforme que transporta bandejas de copas de champagne. La militancia, el pensamiento político, duerme en silencio desde hace años en la hoja mensual de pagos y en los apartamentos de tres dormitorios, salón y cocina, lejos del centro de la ciudad. Por entonces había que cambiar el mundo.

— Ya. Pero cuéntame como acabó aquella noche...

— Nos fuimos a mi casa, no teníamos más solución. Tampoco podía abandonarla en aquel estado después de haberme saludado con tanto afecto. Ni podía despedirme de ella y cortarles ese decidido ímpetu que pretendía justificar ante mí todas sus determinaciones, y aquella que por entonces había tomado, mucho más. Apenas abrí la puerta, rompió otra vez en lágrimas.

— ¿Y Luisa?

— No estaba. Se había tomado unas vacaciones con Elisita en la casa de sus primos, los que esta noche tiene como invitados. Hablamos hasta bien entrada la noche, a veces con el único placer de repetir lo que ya habíamos dicho antes. A Ana le

gustaba repasar todos los actos, propios y ajenos, y someterlos al juicio del comportamiento de Tomás, que había influido en su vida mucho más que Jesús, y a las ideas que, según ella, yo le había inculcado... Yo creo que esa chica tiene un corazón enorme. A veces pienso que nos quería a todos por igual, a Lobato, a mí, a Tomás... En cuanto alguien le ofrecía un poco de afecto, ella lo devolvía con creces. Eso es extraordinario, Mario ¿no crees?... Pero aquella noche todo le salía al revés, porque ni siquiera encajaban las conductas iniciales... Ana razonaba sobre si debía o no comprarse un libro caro, o tratar a su padre con prudencia, o ver películas triviales, o vestir con ropa nueva... Todo quería justificarlo con un comportamiento claro, definido, sin el cual el mundo carecía de sentido. A mí me costaba dar consejos porque he logrado entender muy pocas cosas claras en mi vida: se me han hundido tanto los principios que yo creía elementales... Cuando los daba, acostumbraba a colmarlos de excepciones. Lo que sí hacía era prestarles libros, todo tipo de libros, y ellos lo aceptaban muy bien. Ya tenía decidido no tomar ningún partido en la vida, para que todo fuera más fácil, para no saber bien donde estaba, ni adónde iba, aunque bien sabía que, sin quererlo, estaba tomando una decisión vacua y detestable: la de la indiferencia. Ana se quedó a dormir como otras veces lo habían hecho Tomás y Jesús.

— ¿Se quedaba así a dormir, fuera de casa...?

— Si supieras lo poco que la echan de menos en su familia... Si vieras como viven... A veces creo que prefieren que no vuelva a casa... Era ya muy tarde. Conmocionado, afectado por la impotencia, por las escasísimas posibilidades para rebelarse contra todo, me fui a la ducha, y Ana se hizo la cama en mi des-

pacho. El agua fría me apaciguaba, me devolvía a la realidad antes de acercarme al sueño...

— Pero se quedó a dormir en tu casa sabiendo que estabais solos los dos...

— Eso no tenía importancia, ni para ella ni para mí. Nunca había sentido por Ana ese deseo que se siente por una mujer. Yo la veía como una alumna, y nada más...

— Pero ella te había abrazado en el Instituto...

— Sí, pero no era un abrazo de amor, sino de despedida, un abrazo protector que imperceptiblemente había tocado algunos sentidos, claro... Y ese sentimiento se apoderó de mí, es verdad, y se renovó un poco después de salir de la ducha... Ella se había encargado de apagar todas las luces, excepto la de mi despacho... La puerta estaba entreabierta, a medio abrir, o quizá a medio cerrar, que era difícil adivinarlo, tal vez porque ella pensaba que todavía podría yo necesitar coger algo antes de acostarme. Leía en una de mis carpetas que enseguida reconocí. Ellos, ya sabes, conocían donde guardaba mis cuentos. Me acerqué para saber exactamente lo que ojeaba... Se había sentado en la cabecera de la cama con los pies cruzados y la carpeta abierta sobre las rodillas. Se había colocado, a modo de camión y por toda indumentaria, una vieja y amplia camiseta que había encontrado en el armario y que reconocí como mía, y que a ella le venía al pelo para sentirse libre en la cama. Hasta ahí todo parecía normal, pero lo que me cambió, lo que me alteró definitivamente era que a ella no le importó que yo descubriera que aquella camiseta era su única indumentaria, cumpliendo con el rito de sus usanzas para la noche. Tal vez yo no era para Ana nada más que amigo y consejero, y no un hombre de carne y hueso... Ya no quise preguntarme si lo hacía con la

naturalidad más irreflexiva o si, en su espíritu rebelde, pretendía alguna reacción más compleja de su profesor y viejo amigo. Yo no sé cómo explicarlo. Ana no tenía más intención que la que surgía de la sorpresa, del azar, porque aunque no era habitual que yo tuviera que entrar en su dormitorio, que aquella noche coincidía con mi despacho, tampoco sucedía con frecuencia que ella, Ana, dejara la puerta abierta cuando solo llevaba encima la ropa de dormir. Y lo que era peor, o mejor, no sé: ¿Cómo no le importó mostrarme abiertamente su cuerpo? ¿Cómo no cambió su audaz postura, muy explicada si la puerta hubiera estado cerrada? Parecía que Ana, que ya me había desnudado su alma, deseaba mostrarme con la misma familiaridad su cuerpo para que ya no le quedara nada que ocultar ante mí... Era toda una mujer, sí, estaba claro, una mujer completa, indescriptiblemente completa. La despedí como otras veces, con un *hasta mañana* y un rápido saludo que consistía en pasarle levemente la palma de la mano por el cuello, y luego un poco por la cara. Y perdí el control. No supe qué hacer con aquella sensación tan indescriptible que me había producido el cuerpo desnudo de mi alumna, su piel sin interrupción desde los pies, tan blancos, tan regulares, hasta el alejadísimo límite de la camiseta; de aquella intimidad tan inocentemente desprotegida, tan naturalmente al aire, a la vista de quien quisiera contemplarla que, a esas horas, en aquel lugar, no podía ser nadie salvo yo mismo. Andrés, yo, era nadie para ella, Ana, o tal vez estaba siendo parte de ella, casi ella misma. Y no quise darle más importancia, y me fui al salón. Ya no podía seguir pensando en la conversación de antes, ni revisar lo que significaba para la chica su decidida intención de pasar a la clandestinidad en una situación que tan difícilmente podría encontrar retorno.

Y encendí la luz recoleta de la lámpara del salón. En la mesita había tres o cuatro libros, un par de revistas y unas hojas grapadas. Nada de aquello fue capaz de robarme el pensamiento inequívoco. Apagué la luz. Indeciso, alterado, salí primero a la terraza. De la calle no subía ruido alguno. Los pies, descalzos. El torso, al aire. No hacía calor. El extremo del cigarrillo relucía con la aspiración, algo desesperada, mientras se fijaba en mi mente el cuerpo de Ana, a pocos pasos de allí, en la habitación en que tantas horas habíamos pasado juntos con Tomás, con Jesús, con ella misma, con Lobato y que en esos momentos tal vez seguía leyendo los folios mecanografiados que yo había escrito... Estuve largo tiempo inmóvil, absorto en las emociones de aquella larguísima velada al lado de Ana, tan olvidada segundos antes de descubrirla en el vestíbulo del Instituto. Quise dejar pasar el tiempo, que borrara todas las emociones para relajarme en la cama, olvidado ya de una ducha de agua fría cuyo efecto estaba anulado. Sobre mis espaldas, el frescor de la noche; en los pies, el tacto de las baldosas rojas. Ana había entrado en mí sin advertirlo, sin permiso, como llega un día la felicidad o la desdicha, como se presenta el bien o el mal en una inesperada esquina, como las noches suceden a los días. Regresé al salón, caminé despacio hacia el pasillo. En la oscuridad, evité a pasos cortos los muebles. Avancé con calma, mansamente, con sigilo, hacia la puerta antes entreabierta. Latía violentamente el corazón, con golpes incontrolados. Cuando puse la mano en el pomo flojearon las piernas. Abrí la puerta. Ya se había acomodado la pupila a la oscuridad. Y me quedé allí, de pie y de espaldas a la puerta que había cerrado tras de mí. En la penumbra observé ese recinto que tantos recuerdos evocaba. Ana había bajado la persiana hasta el final, pero sin

cerrar los huecos para que la habitación quedara tenuemente iluminada por no se sabe qué luces exteriores. Estaba cubierta hasta el cuello con una sábana malva doblada sobre un edredón de tonos rojos y grises. Tenía el pelo encrespado y dormía encogida, hacia la pared. Sobre la moqueta, en el suelo, a su lado, la carpeta de hojas mecanografiadas, torpemente abandonada. En la silla, colocados sin mucho esmero, unos pantalones de pana junto a los que quise adivinar alguna prenda más, una camisa blanca y un suéter de pico. En un rincón de la mesa había abandonado algunos objetos inequívocamente suyos: unos pendientes, apenas perceptibles, y una cartera de paño, de las que entonces estaban de moda y se vendían en muchos puestos callejeros de la ciudad. Ana acostumbraba a llevar un bloc de notas y un pequeño lápiz donde anotaba, con una caligrafía de pintor y con breves palabras, el nombre de alguna calle, un teléfono eventual, el título de una novela o un apellido, todo muy breve... Luego hacía una rayita horizontal y así iba completando las páginas. En mi imaginación dibujé de repente la figura de Ana Cano, perdida entre los demás alumnos, la silueta de aquella jovencita que se pasaba la hora de clase colocándose las gafas cada vez que miraba a la pizarra. La recordé después el día de la fiesta de fin de curso, en el reciente jardín de Lobato, radiante y, por último en el vestíbulo del Instituto. La imagen anterior, la de mi amplia camiseta, estaba demasiado cerca para incluirla entre mis recuerdos. Y la disciplinada alumna, militante rebelde de la Liga, estaba allí, frente a mí, dormida en el silencio y la calma de aquella sugerente tarde, en el tiempo indefinido de la madrugada. Di unos cortos pasos hacia adelante y temblé, y luego sentí aún más audaces los latidos del corazón, una extraña y violenta sacudida. Hinqué

de rodillas al borde de la cama y recosté la cabeza y las manos sobre su torso. Ana se despertó sobresaltada. La cogí por los hombros como pude, con incontrolado deseo. Y el cuerpo frágil y suave se tornó, asustado por la improvisada visita, tenso y duro, terriblemente rígido y estirado. Aquel roble, acariciado por una gran camiseta que había perdido su compostura, fue cediendo amablemente con lento y vetusto afán: *¿Qué haces, loco?* me dijo asustada al despertar.

— ¡Joder, Andrés, qué bien cuentas las cosas...

**** *

La calma llega al club de Jazz. Los temas dulces impregnan la sala. Ana está, por fin, sentada con ellos, algo recostada sobre el asiento, y deslumbrando a Mario que, en estos momentos, ha conseguido olvidar a Paola. La voz de Ana cruza el denso aire con timbre metálico y delicado, como los bajos de la guitarra de jazz. Tiene una expresión segura, dominante, más inequívoca que la hábil conversación de Mario, tan sometido ahora a la personal actitud de Ana que levanta ligeramente su copa y les dice:

— ¡Por vosotros...!

Y bebe, de golpe, más de la mitad.

— ¿Tienes para mucho, Ana?

— No. Cada dos viernes nos quedamos uno a cerrar. Esta noche le toca a mi compañero. En cuanto queráis nos vamos.

El local se va quedando vacío por momentos. Ana, Mario y Andrés han hecho un silencio, absortos en el jazz. La camarera se ha levantado de golpe.

— En seguida estoy lista.

Mario, fascinado, la sigue con la mirada cuando desaparece por una puerta con una placa que desde allí no puede leer.

— ¿Y tú, Andrés, vienes a verla con frecuencia?

— Claro que sí. Cada vez menos, tal vez. Siento que ya todo es distinto, quizá más distante. A ella le falta tiempo, a mí voluntad; a ella le falta amor, a mí el amor ya no me importa; ella necesita calmarse, olvidarse de esas ideas que la rebelan contra todo, y yo no soy el más adecuado para ayudarle a olvidar... A veces me siento el responsable del conflicto.

— ¿Por qué quieres que se olvide?

— ¿Y qué crees que hemos hecho tú y yo? ¿No hemos tenido que tragarnos todo, y casarnos, y hacer como todo el mundo, y trabajar, y esperar, sin iniciativas, porque son peligrosas, sin alterar lo instituido, esperar a que pase el tiempo, sin más estímulo que el de el de incrementar el patrimonio doméstico? ¿No te das cuenta de que últimamente solo hablamos de lo que tenemos o de lo que vamos a tener, y algunas veces, para concedernos un alivio, de algún asunto de faldas, propio o ajeno?

— No te pongas paliza.

— Tienes razón, Mario, me pongo paliza, pero comprende. Puesto que tiene que trabajar... ¿no será mejor que encuentre otra cosa...? Algo así como lo nuestro, más estable, más seguro, donde los finales de mes dispongamos de nuestro dinerito fresco.

— Mira, Andrés, déjate de filosofías, que no es hora.

**** * ****

Claudia ha descolgado de inmediato. Andrés, que está todavía en el club, ha sentido la necesidad de preguntarle por las novedades.

— Lo suponía. Sabía que me ibas a llamar.

El teléfono del club de jazz está junto a los lavabos. El de Claudia en su recoleto salón, pero hay un supletorio en la mesita de noche. Lo mandó instalar para sentirse más segura en la larga soledad de su dormitorio. Ana y Mario esperan al borde de las escaleras alfombradas.

— ¿La habéis localizado? — pregunta Andrés.

— No. En la casa de Pozuelo solo contesta Rosa, que no puede, o no quiere, darnos pista alguna sobre el paradero de la segoviana. Tal vez se ha protegido con sus familiares y evita nuestras condolencias. Lo que sí hemos sabido es que Nina, en efecto, está en Estados Unidos...

— Tendremos que verla algún día... ¿Sabes, Claudia, que ella, si quisiera, po-dría habernos localizado...? Pero lo que necesito saber ahora es otra cosa. ¿Sabes donde vive el propietario de la casa?

— Por toda España... se pasa las semanas viajando... ¿Por qué lo dices? ¿Quieres hablar con él?

— No... Me refiero a su domicilio. Después de todo ni siquiera sabemos dónde ha aparecido muerto Lobato.

— Es verdad. Si quieres se lo pregunto. Está aquí conmigo.

— Ya... Pregúntaselo.

La casa de Claudia es recoleta. En su dormitorio instaló, desde el principio, una cama doble, aunque tuviera que comprar sábanas y mantas más grandes.

— Avenida de los Toreros número veintitrés...

Andrés siente cierto temblor que disimula: la dirección coincide con sus estúpidas sospechas.

— Gracias, Claudia.

ANDRÉS, ENDEBLE ESTABILIDAD



Por las escaleras alfombradas suben a la calle de Alburquerque. Ana es la primera en percibir el aire fresco que roza sus mejillas sonrosadas, acaloradas. Luego caminan por calles desiertas hacia la de Fuenarral. Mario, que no ha rellenado el vacío que le ha dejado su mujer, desearía continuar la velada al pie del mueble-biblioteca de su salón. El silencio se rompe cuando Andrés sugiere acompañar a su ex-alumna. Y Mario dice que sí, que la llevan en un momento, a no ser que le apetezca tomar la última copa en su propia casa, sí, en su hogar desierto y repudiado. Ana pide consejo con la mirada, y Andrés quiere contestar que no, que ya no puede más, encoge los hombros y solo sabe decir:

— ¡Cómo queráis...!

Y ninguno de los dos se atreve a confirmarlo.

Calle Divino Pastor. Se acercan al coche. La chica no quiere subir en el asiento delantero que le ofrece Mario y se introduce con destreza en los de atrás. Arranca Andrés y se sitúa hacia Colón porque es más rápido que callejear por el centro. Sienten cierto deseo de permanecer juntos, cierto miedo de romper la intimidad de la velada. De Colón a Cibeles, por Recoletos, reina la calma, y luego el Paseo del Prado y Atocha. Madrid de noche parece otra ciudad. Mientras mira la fachada de la estación le gustaría decir a Mario que no puede vivir obsesionado por actos que no dependen de él, pero sabe que hay que dejarse

aconsejar por los instintos para no volverse loco. Y su inclinación ha llevado al seductor tras la italiana, sin tregua alguna, desde que la vio por primera vez apoyada con arrojo en la barra de la discoteca del Meliá Castilla hasta hoy.

Muchos años atrás, cuando Andrés contempló por primera vez la Glorieta de Atocha desde la estación de trenes, se le hizo un nudo en la garganta: aquella ciudad olía a hiel y a humo, a denso tizne gris de locomotora vieja. Eran las nueve y cuarenta y cinco de la mañana de un dos de septiembre. No lucía el sol. Nadie salió a recibirlo, ni lo esperaban en ningún lugar, ni le explicaron amablemente cómo desplazarse por los interminables túneles del metro. No lo echó de menos. Aquellos lúgubres pasillos no eran los suyos, ni quería que lo fueran. Había salido de su ciudad un domingo para aprovechar mejor la semana. Mucho tiempo después, cuando lo provisional, inadvertidamente, se había convertido en definitivo, Andrés había de recordar la triste y melancólica silueta del mozo de estación que arrastraba un carrito lleno de maletas. Desde entonces sus domicilios han permanecido en esa ciudad tan importante, tan sencillamente odiosa; y ahora siente el peso de las vivencias, y el ocaso de la extensa jornada que ha durado tantos años. En esas calles ha sentido y sufrido los grandes misterios de la vida, las miserias, la hostilidad y el reposo. La villa es hospitalaria y cruel, fría en la mañana, y cálida en los atardeceres y las noches. Ha marcado Andrés los años, sin quererlo, con la impronta de los domicilios — repartidos, variados, ajenos — y con el punzón de la soledad. Madrid se divide en su zona y la de los otros. La propia, su ciudad, son sus ambientes; la de los demás es la ciudad del odio, la que desprecia, la que lo atemoriza. Entre el amor y el odio hay una corta distancia, un paso. Andrés

podría amar dulcemente a su ciudad de adopción, y luego odiarla con todas sus fuerzas y, entre tanto, resistirla, aguantarla. Muchos años atrás, cuando se hundió en el metro de Atocha para hacer el primer viaje, estaba aprendiendo su primera lección: «cómo sumergirse y emerger». La historia del ciudadano es esa, anegarse y brotar, hundirse y elevarse. Y empezó encumbrándose a un destartelado octavo piso con derecho a cocina, en la mitad de la calle de Atocha, administrado por una joven gallega que se reservaba un rincón de dos habitaciones, y tal vez una terraza, muy grande, según decían. Quienes realmente dominaban las dependencias eran dos pacíficos estudiantes japoneses. Se pasaban el día correteando el pasillo, desde de la cocina, centro de operaciones, al fondo, hasta la entrada, al otro lado de la casa, un recibidor de dos puertas: una hacia los aposentos de la dueña, Raquel, recintos prohibidos que, algunos fines de semana se abrían para una pelirroja extranjera de singular atractivo, según decían los que la habían visto alguna vez. La otra puerta se abría hacia el pasillo de los huéspedes: a un lado una extensa pared de la que solo colgaba el teléfono, al otro las habitaciones. Raquel, labios gruesos, pintados casi siempre con carmín brillante, cabellos negros y mechones rubios, artificiales, pecho abultado, poderoso, caderas recaídas y piernas cortas, cuerpo de impugnable estética, tenía sus normas, muy gallegas: pago por adelantado; la limpieza, dos veces por semana; las camas y la cocina asuntos de los usuarios; prohibido entrar con chicas; el uso del teléfono, solo para llamadas locales... Ninguna de las normas se cumplían porque la única autoridad, ella misma, pasaba poco tiempo en casa, muy poco, casi nada, y se desconocían las razones.

En aquel piso compartido con modos de pensión solía haber, en cualquier rincón, una pequeña fiesta. Las más concurridas las organizaban los japoneses. Invitaban a cerveza y a pescado, unas enormes piezas adquiridas en el mercado de Antón Martín que se comían crudos. Las organizaban en la cocina. Uno de ellos ponía música de Simon y Garfunkel o de los Beatles y cimentaban el ambiente en un viejo reproductor de casetes. Se enteraban de la mitad de lo que oían decir, y no decían ni la quinta parte de lo que querían expresar, aún así no renunciaban ninguna charla porque se habían propuesto, con juramento oriental, aprovechar con entusiasmo su única misión en Madrid, la de aprender español.

— Si Lobato y tú aprendéis japonés, tenéis un trabajo seguro en la Agencia de viajes, SEGURO — decía con énfasis.

— Estás loco, Susumú, — le contestaba Andrés — ¿crees que puedo aprender japonés con esas letras tan enrevesadas?

— Sí, claro que sí, yo te enseño, — hablaba con seguridad — yo te enseño gratis...

Susumú, Andrés y un eterno estudiante de oposiciones, compartían una destartalada y enorme habitación partida hasta la mitad por un tabique. Las tres camas se colocaban en paralelo. La del opositor y la de Andrés en la primera mitad, la del japonés, que había llegado el primero al habitáculo, en la más profunda. A su lado, además, caía el balcón. Lobato gozaba del privilegio de ser el único huésped con habitación independiente. Para el japonés Susumú y su compatriota el día empezaba a las doce o la una, y terminaba a cualquier hora de la madrugada; para el estudiante de oposiciones y para Andrés sonaba el despertador a las siete menos cuarto, y recuperaban la cama cuando Susumú, siempre con gran delicadeza, les permitía

dormirse. Entonces los japoneses cogían su tabla de ruedas y se bajaban para lanzarse por la cuesta de la calle de Atocha hacia la Glorieta, sorteando los escasos coches de la madrugada, y luego cruzaban como podían hacia el Retiro, y se deslizaban, a la inversa, por la cuesta de Claudio Moyano. Nadie, antes de verlo en manos de los japoneses, había imaginado semejante artefacto.

— Es muy popular en España — dijo con seco acento japonés —. Lo he comprado en San Sebastián.

El estudiante de oposiciones y Andrés, atraídos por el ingenio culinario, deportivo y musical de Susumú, y sus inventos, se pasaban las noches en claro y en turbio, y los días en constante lucha con el sueño soporífero. Solo algunas veces se recuperaban con una extraña siesta entre las cinco y las siete o las ocho de la tarde. Hipólito Lobato, independiente en su dormitorio, los despertó alguna vez para que lo acompañaran en la cena. El nunca cocinaba... ¡menuda tarea! El futuro artista, cuando estaba libre, cenaba en Pasapoga, en la calle Lope de Vega, y le gustaba hacerse acompañar por alguien; las cuentas eran individuales. Disponía de un arte bien adquirido para orientar cualquier conversación hacia un tema único: el sexo. Tres eran sus obsesiones más claras: una, la misteriosa pelirroja, a la que quería seducir fuera como fuera, o que lo hiciera alguno de ellos, le daba igual, y que luego lo contara con chispeante gracia en una borrachera de cerveza con los japoneses; su segunda obsesión era una reciente amante inglesa, Maxim, de la que cada día contaba su capítulo de amor y que acabaría siendo su fiel compañera; y la tercera, algunas prostitutas de Antón Martín con las que acostumbraba a tomarse el café del mediodía en un pequeño bar, muy cerca de casa, al otro lado

de la calle. Hipólito y Susumú fueron los primeros amigos de Andrés. Del japonés aún conserva la dirección: Susumú Jono, Yamamoto-cho, minami, 1-7-40 Yao-city. – Osaka-58. En Japón no hay nombres de calles, sino referencias. De Lobato, nunca supo con certeza su origen. Susumú ponía todos los días su canción preferida: *Eight days a week*, y la oía con la misma pasión que el día anterior. Susumú quiso enseñarle a Andrés, gratis, la lengua del imperio del sol naciente... para abrirle caminos... para darle posibilidades... ¡Aquello sí que era una ciudad cosmopolita!

**

Han salido del ascensor y Mario se dispone a entrar en su hogar impetuosamente vacío.

— Puedo abrir una botella de champagne... - todavía no ha cerrado la puerta de entrada - pasad... pasad al fondo, al salón. Andrés, pon un poco de música, si quieres, y saca las copas...

La casa de Mario, a esas horas y sin Paola, es zona de dolor. Con Paola no se le habría ocurrido invitarlos. Andrés ha visto aquellas dependencias, antes del contrato de alquiler, completamente vacías, llenas de polvo, mugrientas, y con un repugnante olor a putrefacción procedente de los alimentos precipitadamente abandonados en el frigorífico. La ha visto luego cambiar, día a día, entre pinturas, tapices y muebles. Mario le iba enseñando las novedades:

— ¡Mira!, qué te parece el color de estas paredes. Vamos a empapelar solo ese muro. La mesa de la televisión no me gusta, pero no sé qué comprar.

La ha visto más tarde con hostilidad, con extrañas y sutiles influencias, a partir de la noche de Paola en el zaguán de la zapatería. Desde entonces no había vuelto a aquel salón que ahora, en ausencia de la italiana, volvía a recuperar. El gusto toscano se descubre los colores atenuados, en los atinados tonos de las cortinas, en la tapicería del sofá... Ella está allí presente en casi todos los detalles de la decoración. Las aportaciones de Mario, Andrés lo sabía muy bien, habían sido raras y casi siempre rechazadas por vulgares... Sí, la mesa de centro, la de cristal, era idea suya. La italiana lo había aceptado. En su despacho, sin embargo, la influencia era menor. El despacho no es zona rival. Andrés lo había frecuentado incluso después del reproche, a hurtadillas.

Desde que conoce a Mario, Andrés ha ganado, ¡qué paradoja!, en realismo. Mario es el hombre práctico, con capacidad de abstracción para el análisis. Antes había sido un idealista empedernido y ahora, si hacía falta, podía seguir siéndolo, pero la vida es pura práctica, experiencia. El bien está en la cotidianidad, en esas pequeñas cosas que traen los días. En eso Mario era un artista capaz de sacar partido a cualquier ambiente, de transformar cualquier hecho de su entorno a la realidad de su medida, a las propias dimensiones de su capacidad, de su interpretación, de su voluntad, de sus necesidades inmediatas. Para ello contaba él con sus conscientes fantasías, como le explicó, en cierta ocasión, a Andrés. Su punto flaco, su verdadero punto débil estaba en su mujer, en Paola Spottorno, la única persona en el mundo capaz de dominarlo, porque también era la italiana pelirroja la única persona de quien se había sentido incapaz de alejarse, de azotar, consciente o no, con la indiferencia.

Ha sacado Andrés tres copas de un mueble toscano. Ana se ha sentado en el rincón del sofá y Mario está en la cocina. Andrés, desde el teléfono del salón, marca el número de Claudia.

— Sí...

— ¡Qué rapidez! ¿Estás en el dormitorio? ¿No te habré despertado?

— ¡Qué más da...!

— Perdona, Claudia. Necesito saciar cuanto antes el vacío de algo que me está dando vueltas. Quiero hablar esta misma noche con el falso policía para que me saque de dudas con urgencia.

— ¿A Estas horas?

— Sí. Lo voy a despertar esté donde esté. ¿Te ha dejado su teléfono?

— No hace falta.

— ¿Sigue ahí?

— Calla Andrés. No seas indiscreto... ¿Qué quieres saber?

— Mira, Claudia... Pregúntale sencillamente si su piso es el segundo izquierda, Avenida de los Toreros 23, segundo izquierda.

— ¿Qué pasa Andrés? ¿Te has enterado de algo? ¿Tanta importancia tiene eso a estas horas?

— No. Si no es el segundo izquierda, no sirve de nada. ¿Quieres preguntárselo?

— Andrés... Y solo para eso me llamas... No crees que estás desvariando...

— Qué dices, Claudia... ¿No crees que Lobato, a quien no volveremos a ver nunca, está por encima de todo? Ya te explicaré por qué no es una tontería lo que te pregunto.

Hay un silencio. Claudia duda si debe contestarle, pero siempre ha colaborado con sus excentricidades.

— Un momento...

El falso policía ha de estar tan interesado como él. La mirada recorre la habitación que tanto recuerda a Paola. Si fuera el piso segundo izquierda...

— Sí — contesta de repente Claudia — es el segundo izquierda. ¿Cómo lo sabes? ¿Tiene eso algo que ver? ¿En qué sentido?

— Es muy largo... y espinoso... y triste. Mañana hablaremos. A lo mejor no tengo que darle tanta importancia a lo irremediable.

— Ya, pero hay algo que sospechas, o que sabes. Dime, al menos, cómo has deducido que había de ser el segundo, puerta izquierda...

— Porque yo había estado allí alguna vez...

— Y para qué... ¿con Lobato?

— No. Con la mujer que estaba con Lobato cuando murió.

— ¿Y cómo conoces tú a esa Nina Montañés...?

— No. No conozco a Nina. Mejor dicho, sí la conozco, pero solo de oídas. Nunca la he visto, salvo en la fotografía que nos enseñaron hace unas horas. A quien conozco mejor, y cada vez más, es a la que estaba con Lobato la noche en que murió. Pero no te preocupes, Claudia, no pasa nada. Vive tu noche... Goza con tu improvisado amante. Mañana te contaré lo que sé, que es casi todo, con detalles, desde el principio, desde el momento en que conocí a Lobato en el piso de Atocha hace ahora muchos años, hasta lo que provocó su muerte... Ya verás qué historia... Me gustaría contártelo ahora mismo, pero ni tú ni yo estamos en las mejores condiciones...

— Bueno... Me dejas... realmente... ¿Ha sido algo grave?

Andrés se retira al rincón, cubre con la mano el auricular para que no salga la voz y le dice bajito:

— Claudia, te quiero mucho, te quiero muchísimo... Mañana sabrás lo que ha pasado con Lobato... Ahora ya no tiene solución, por eso ya no es tan grave. Adiós.

— Adiós, Andrés, yo también te quiero mucho...

Ana lo mira con fijación. Ha comprendido que su antiguo profesor es el primero en conocer el misterio de la muerte de Lobato. Andrés le devuelve desde muy profundo la mirada.

— ¿Te sientes cansada?

Y como no contesta, añade:

— Avísame si quieres que nos vayamos...

La chica por toda respuesta sonríe. Sus ojos son lánguidos, cómplices... Luego, con una lágrima dedicada a Hipólito, dice en ese tono suyo, tan particularmente suyo:

— No te preocupes...

Y Andrés entiende, tal vez, más de lo que quiere decir. Lo demás lo dicen los inequívocos gestos del rostro. Mario puede volver de repente.

Ana, que no quiere tensiones, se muestra acorde con la decoración de la casa...

— ¿De verdad te gusta? —dice Mario.

— Claro que sí, el color de las cortinas... no sé, los muebles están tan... colocaditos... sí... me agrada...

— Paola tiene estilo... siempre lo hemos dicho.

A Mario le gustaría llegar al salón con cautela, de vuelta del dormitorio, pálido, dominado por un extraño pánico, envuelto en un sudor frío y, sin avanzar, pegado a la cortina tos-

cana, mirarlos, y luego dirigirse a Andrés en voz baja, pero procurando que también lo oiga Ana, y decir asustado:

— ¡Paola está aquí... En la casa!

Y dejarlos en silencio mientras señala con el dedo la dirección en que su mujer ha de estar recluida. Entonces Andrés se levantaría y habría de ir tras él hasta la cocina donde Mario, también con el dedo, señalaría algunos cambios que delataran el recientísimo paso de la italiana. Se movería intentando evitar el ruido y, por último, le diría en voz muy baja:

— ¡Ya sabía yo que sus astucias son imprevisibles!

Y Andrés tendría que asentir con la cabeza. Le invadiría un sudor frío cuando descubriera a Paola en el lecho conyugal, como tantas veces, con toda su habilidad para hacer y deshacer sentimientos. Andrés y Ana saldrían de la casa de inmediato, y lo harían sin hablar, sin hacer ruido, mientras ella, la Spottorno, alertada por el silencio repentino, habría de disponerse a recibir al marido en la cama, al marido embrujado, al hombre perpetuamente reconciliable. Pero esta vez no ha sido así. Esta vez Paola ha huido, sí, parece haber desaparecido para siempre.

Mientras bajan en el ascensor los tres, Andrés ha añadido a su interpretación de la muerte de Hipólito Lobato, con certeza inequívoca, el dato que le faltaba. La persona que no conoció en el piso de Raquel, la que venía algunos fines de semana y cuya belleza quedaba intuida por la celestial y diabólica descripción de los que creían haberla visto, es la misma que a estas horas está huyendo de la ciudad y del país. Ana y él han subido al coche. Mario les dice adiós desde la entrada del portal. Siente Andrés el paso del tiempo como un dolor, desde sus días con

los japoneses hasta los de ahora, con Ana Blanco. Lo siente con toda la agudeza de la existencia, con todo el peso de la vida mientras avanza, abatido, por Santa María de la Cabeza, hacia Carabanchel, hacia la casa (tres dormitorios, salón, cocina, baño y terracita) que la hermana mayor de Ana adquirió, muchos años atrás; a la que vinieron luego sus padres y ella misma, y su hermano; la que pagaron y siguen pagando todavía, entre todos, con pequeñas aportaciones, con lo que iba cayendo cada mes. De los últimos recibos se ha encargado Ana, con el dinero del club de Jazz... ¡quién lo iba a decir! Mientras tanto, Paola acaba de hacer su última jugada. La pelirroja no son dos personas, sino la misma. Su huida ha de ser, está seguro, la definitiva.

— ¿Por qué la mujer de tu amigo monta esos números?

— Y yo que sé, Ana. Ya no sé quien es Paola porque, aunque la haya visto tantas veces he hablado con ella, realmente, muy pocas, tal vez solo una... ¡Y qué situación! Estoy seguro, sin embargo, de que la mujer que he despedido en Chamartín hace unas horas es también, y me cuesta creerlo, la misteriosa azafata de Atocha, la que conocí en la fiesta de Italia y ese despreciable monstruo que lleva años torturando a Mario. Y es también, y eres la tercera persona que lo va a saber, la autora de la muerte de Lobato.

— ¿Cómo puedes deducir todo eso así, de golpe?

— Porque acaban de encajar los cabos sueltos. Porque a ella la conocía ya, sin conocerla, antes que a Mario, cuando vivía, en sus viajes a Madrid, en un piso de la calle Atocha, cuando era la esporádica mujer que acompañaba a la dueña, Raquel, algunas veces, con aires de tímida doncella. Conseguir sus favores fue tema de conversación tan frecuente como enigmático. De ella sabíamos poco. Los que no la habíamos

visto teníamos la descripción de los que la habían contemplado cuando, rodeada de misterio, entraba o salía hacia las dependencias de la dueña. Ella se refugiaba con Raquel, sí, en las habitaciones prohibidas, pero su pasión, sin más necesidades que el voluptuoso placer del sexo, consistía en unirse con cualquier rico galán que conociera en la discoteca del Meliá Castilla. Además del voluptuoso placer, tan arraigado en sus tendencias, aumentaba sus ahorros.

De Lobato era imposible creerse todo lo que contaba sobre sus aventuras amorosas. Describía a la azafata italiana como a una diosa del amor, con detalles minuciosos e íntimos. Y los que la habían visto alguna vez lo corroboraban, porque las intimidades habían de ser acordes con el talante exterior. Dormía allí, en las habitaciones de Raquel, de vez en cuando, pero Lobato decía que cada dos fines de semana quien quisiera podía tener la seguridad de encontrarse con ella. La propuesta del emprendedor Hipólito consistía en que alguien, el más atrevido, se levantara en el silencio de la noche y se introdujera en el lecho de las delicias sin equivocarse con la cama de Raquel. La seducción era cosa simple porque él ya lo había intentado y sabía que, fuera quien fuera, la italiana no diría que no, al contrario. Si alguien lo ponía en duda, no tenía más que hacer la prueba. Existía, sin embargo, y eso, como caballero, debía hacerlo constar, un cincuenta por ciento de inconvenientes, porque si el anónimo seductor no acertaba con la habitación de la extranjera, tan desconocida en el interior de los aposentos vetados y siempre protegidos con dos llaves, y tenía el infortunio de dar de bruces con el aposento de Raquel, se arriesgaba,

naturalmente, a verse obligado a preparar de inmediato el equipaje. El riesgo merecía la pena, no obstante, si contaba con que, al dar con la *monalisa*, pasaría una noche inolvidable para el resto de sus días. Bien lo sabía él, Lobato, que era un gran jugador, y por eso ya había experimentado el peligro. En caso de error no era tan grave prepararse el equipaje y trasladarse al piso de la calle León, donde todavía quedaba una habitación libre. Pero debía señalar que, si no quería ir nadie, tendrían que avisarle, porque él mismo estaba dispuesto a correr un nuevo riesgo, aunque se le rompiera todo, como la última vez, que estuvo condolido una semana. Lo había repetido hasta la saciedad: *Tíos, no os lo vais a creer, pero estoy roto, os lo juro, estoy roto de tanto uso, no sabéis lo que es esa pelirroja. Peor para vosotros si no lo intentáis, os perdéis la noche más inolvidable de vuestra vida.* Y así evangelizaba, medio a gritos, por el extenso pasillo.

Lobato mentía, tenía que mentir. Lo que él contaba solo podía pasar en mentes tan desbordantemente imaginativas como la suya. Por eso el estudiante de oposiciones no lo intentó nunca, ni los japoneses, porque a los japoneses parecía no interesarles las occidentales; ni el cura que allí se refugiaba a la espera de algo mejor después del ministerio y que se pasaba el día bailando en solitario con cualquier música, para relajarse, y que huía constantemente de las chifladuras del conquistador; ni el profesor de autoescuela que atendía a las hazañas del donjuán con escepticismo, y se las daba de carecer de ese tipo de necesidades. El profesor de autoescuela, para contrarrestar la desbordante verborrea sexual de Lobato, se mofaba diciendo que él, Manolo, todo un tío, como era capaz de demostrar, usaba bragas, y no calzoncillos, y se bajaba ligeramente los pan-

talones para que lo comprobara quien quisiera, tíos y tías, y se los habría bajado más si alguien hubiera insistido. Entonces Hipólito Lobato, que era de su misma edad, se encontraba un poco desarmado para seguir con sus excitantes arengas.

Pero la azafata italiana seguía siendo un mito en Atocha, 81, o 83, que no se acuerda bien Andrés, porque ya han pasado muchos años.

Alguien dijo una vez que la pelirroja, cuya condición de azafata no quedaba clara, aunque sí de italiana, que eso era evidente por el acento, tenía una profesión en la que ganaba muchísimo más. La misma que ejercía Raquel, aunque disimulara sus ingresos con un piso-pensión. Su actividad principal, como alguien llegó a airear, consistía en rellenar su agenda de citas con personalidades que visitaban la ciudad, generalmente hombres ya maduros y necesitados de una experimentada compañera. La estancia del forastero había de dejarles un recuerdo tan grato que despertara sus anhelos para regresar. De los gastos se encargaban, prudentemente, las propias empresas. De ahí las citas en la discoteca del Meliá Castilla, en un lugar estratégico del mostrador. Pero casi nadie daba crédito a esas sospechas tan infundadas, tan lejanas a la apariencia, sobre todo cuando parecía estar claro, porque ella lo había dicho, que Raquel era secretaria de un conocido hombre de negocios; y que a Paola, tal y como alguna vez había visto Susumú, que como oriental acostumbraba a decir la verdad, vestía el uniforme de auxiliar de vuelo de Alitalia.

Raquel y la azafata daban a la pensión-piso-compartido un certero y permanente encanto, una intriga que, entre libros, cenas y veladas, podía desencadenar en cualquier momento alguna nueva y sustanciosa aventura. Esa esperanza nunca se

vio satisfecha porque si hubo algún motivo de escándalo, que tal vez existió, nadie pudo explicarlo ni demostrarlo, aunque se manejó mucho, tal vez en exceso, la especulación, la infundada creencia.

Una noche de cervezas en la cocina, con los japoneses, Hipólito Lobato se presentó inesperadamente con una cuerda extendida. Mandó a todos que se callaran, con ese arte suyo para persuadir, y dijo:

— En el extremo de este cordel está la más absoluta prueba de lo que uno de los que estamos aquí ha sido capaz de hacer. Cuando lo veáis, vosotros mismos vais a adivinar lo que ha sucedido.

Nadie quiso tirar porque eran conocidas sus bromas. Pero el compatriota de Susumú, que era hombre serio a quien no le importaba, porque no lo advertía, servir de víctima, aceptó acercar el cable en cuyo extremo aparecieron unas braguitas, muy lavadas, de flores amarillas y rosas; y descoloridas. *¡Otra de sus fanfarronadas!*, pensaron. La sorpresa fue, una vez más, atajada por su rival, Manolo, quien, con razón o sin ella, se adjudicó inmediatamente la propiedad puesto que, como expresó con audacia, él era el único, en toda la casa, capaz de tener entre sus pertenencias y usos aquel tipo de lencería. Quería que todos sospecharan, y tal vez no mentía, que aquella prenda era su trofeo con la italiana.

A Raquel le hubiera gustado tener un piso compartido con chicas, solo con chicas, esa había sido su primera idea. Pero por aquellos años, en Madrid, las chicas no iban a compartir pisos en la calle de Atocha, sino a las residencias de monjas o a los colegios mayores y, las menos, se alojaban con sus hermanas, o

con sus tías o con cualquier pariente, y volvían a casa antes de que dieran las diez.

La certeza de que no hay dos pelirrojas, sino una, le produce escalofríos, le eriza la piel, le astilla el entendimiento. Andrés destruye, y ahora de manera definitiva, la romántica versión de Mario persiguiendo en secreto a Paola por las calles embrujadas de Chamberí, llenas de duende, de distinción, y tan incomparables a las informales de los nuevos barrios.

En los planos de la ciudad que entregan a los turistas en la estación de Chamartín o en el aeropuerto, la Puerta del Sol queda al sur, aunque todos los madrileños saben que es el centro. Carabanchel no figura, ni Aluche, ni Orcasitas... Por allí no hay nada de interés para el turista. La casa de Ana Blanco y su barrio no se visita, qué tontería... ¿quién lo va a visitar? ¿Para qué? Todo son largas hileras de edificios convencionales de cuatro o cinco o más plantas, salón, dormitorios... A los turistas no les interesa la calle Maqueda porque allí no hay museos, ni estaciones, ni tiendas, ni se pasa para ir a ningún sitio. A la calle Maqueda van los que viven allí, o los que llevan en coche a alguna amiga que tiene allí su casa. En la calle Maqueda, de noche, no hay donde aparcar. A veces ni siquiera queda espacio para pasar porque los vecinos dejan sus vehículos en las aceras.

Los que vivían en la calle Atocha con los japoneses y con Andrés no tenían coche, nadie tenía coche. Hipólito Lobato, a veces, cuando ganaba dinero, se desplazaba en taxi para impresionar, o para pasear por la Gran Vía a su amante británica, que luego fue su primera mujer. Un día, en una discoteca de la calle

Leganitos, Andrés conoció a la inglesa Maxim. Cada cual había invitado a quien podía: el opositor llevó a su novia; los japoneses no llevaron a nadie, bailaban suelto, entre ellos; el ex cura no fue; la compañera de Manolo bien hubiera podido ser una prostituta. La inglesa era una chica bajita, en minifalda, que aprendía español. Tenía una voz dulce como la miel, y todos los del piso la imaginaban, irremisiblemente, en la cama, como la describía vehementemente en las veladas Hipólito Lobato, desnuda, con cuerpo delicado y una intimidad agresiva, loca. Por eso, cuando se sentó en uno de esos taburetes frente a Andrés él se sintió incómodo, sin darse cuenta de que ella quería enterarse de algo sobre Lobato, y lo había elegido a él para descubrirlo. Maxim lo invitó a bailar. Hipólito Lobato hablaba mucho de Andrés, y la amante inglesa sospechaba, con fundamento, que él había de tener la clave de la fidelidad del artista, e incluso conocer la identidad de la otra chica, la pelirroja, de tanta influencia en la trepidante vida del donjuán. Andrés tenía que saberlo, y se lo iba a decir, y estaba a punto de adivinarlo, de confirmarlo, ingenuamente, y de hacerle pagar a Hipólito Lobato sus fanfarronadas. Pero el seductor, a pocos metros, por seguir el juego del sexo, bailaba con una desconocida, con una chica que había conseguido en aquellos rincones... Y para acentuar su pasión, y los celos de Maxim, la abrazó con fuerza contra sí mismo, para jugar a ser osado... Y, sin quererlo, o con voluntad premeditada, evitó que Andrés, algo molesto, sacara de la clandestinidad a la pelirroja al relacionarla, por exigencias de Maxim, con la vida de Lobato.

*** **

—Mira, Ana, la persona que murió ayer, a quien tú y yo tanto hemos querido, ha sido asesinada por la mujer de Mario. Por eso ahora, amparada en una bronca con su marido, huye a Italia. Lo acabo de entender hace un rato, por teléfono, y tú eres, sí, la tercera persona en saberlo.

—No te entiendo. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Lobato era un hombre apasionado. Ahora que tengo toda su vida en mi mente, como una película, porque no he dejado de recordarlo todo el día, sé que Hipólito buscó siempre dar más y más intensidad a cada minuto de su vida, al precio que fuera. Rechazó la mediocridad, las medias tintas. Ya sabes que fui gran amigo suyo, y para ello tuvimos que respetar ciertos límites. Cuando llegamos más allá de lo permisible, terminó todo. Lo conocí, ya sabes, en la pensión de Atocha. Era un hombre locuaz y dicharachero pero enigmático. Toda su vida ha guardado, medio en serio y medio en broma, el secreto de sus amoríos con Paola. Había de hacerlo así, en lo oculto, porque la italiana, en Madrid, era por entonces mujer de muchos. Hoy he sabido, sin que nadie tuviera que explicármelo, que cuando Lobato y yo fuimos a Italia él no solo tenía interés por el italiano, aunque era evidente su pasión por conocer lenguas, sino por hacer lo que ha venido haciendo hasta el miércoles pasado: citarse con Paola en hoteles, en apartamentos, en coches—cama de viajes improvisados, en probadores mixtos de grandes almacenes, en los servicios de señora de los restaurantes, y en cuantos lugares ocultos ofreciera el destino, con el cuidado de guardar la más absoluta discreción.

—¿Te contaba todo eso?

—Nunca. No podía. Cuando conocí a Mario y Paola en la fiesta, en Italia, él, Lobato, no quiso asistir porque estaba en-

fermo, o porque dijo que estaba enfermo. Sabían, ella y él, que era necesario que nadie conociera el menor detalle de sus intrigantes vidas, y para ello buscaron las estrategias más impensables, incluso descartaron, como los grandes amantes, toda idea de matrimonio. Sus entrevistas habían de ser secretas. Si puedo contarte mis deducciones, confirmadas hace unos minutos, es porque la casualidad ha querido que lleguen hasta mí. Bien pensado, no todo es tan casual. Si conocí a Mario fue porque Lobato me llevó hasta Italia, en busca de ella. Nunca me habría enterado de nada si la muerte no lo hubiera sorprendido en una de sus citas, o si la malevolente Paola no hubiera ideado una sutil argucia para deshacerse del hombre más pesado de su vida. Lobato habló alguna vez de Paola, pero yo nunca hubiera podido identificarla. La llamaba, sin más detalles, Esperanza. Se entendían muy bien así, solos, sin que nadie conociera su secreto. Por eso Lobato se perdía de vez en cuando, por eso Paola se inventaba conflictos con Mario y desaparecía de casa. Por eso, por cumplir con el rito que tantos años ha durado, Paola se citó con él en el piso de Avenida de los Toreros el miércoles pasado. El lugar lo descubrí por uno de aquellos conflictos del matrimonio. Mario me pidió que la siguiera por la ciudad para desvelar su escondite. El siempre creyó, y sigue creyendo, que es el domicilio de una de las amigas de Paola porque nunca ha puesto en duda, una vez casados, la fidelidad de su mujer. Yo también he creído que era la casa de una amiga, sí, hasta que esta tarde, el verdadero propietario me ha enseñado la foto de Nina, y más tarde Mario, sin querer, me ha recordado que esa chica no es más que la antigua limpiadora de Paola, y posterior confidente. Alejandra Montañés, Nina, por complacer a Paola, y a cambio de algún otro favor, o tal vez a cambio de dinero, le prestaba la

llave de un piso que rara vez estaba ocupado por su propietario. El resto lo conoces.

— No, no lo conozco. Y me sorprende tu interpretación...

— A mí también. Preferiría no haber descubierto nada.

— ¿Pero cómo te atreves a decir que ha muerto asesinado?

— ¿Lo he dicho?... No debería. De eso sí que no tengo pruebas, ni siquiera lo sé razonar del todo, aunque cabe la posibilidad. Ahora todo depende de la autopsia. De Paola me puedo esperar todo, pero me resulta excesivamente accidental que Lobato haya encontrado el final en una de esas citas tan guardadas en secreto. Ahora que miro hacia atrás compruebo que todo encaja en el comportamiento descalabrado de los dos. Incluso la boda de Lobato, y su posterior y sistemático apego a los bienes materiales, tal vez una exigencia para los gastos de la pelirroja, desmesurados, tan injustificados con el modesto sueldo de funcionario de su marido oficial.

— Me cuesta creermelo todo esto, Andrés...

— Y a mí. No sé si debería contárselo a Mario.

— Querrás decir a la policía...

— No... A la policía no le voy a llevar estos chismes. Si realmente Paola ha querido matarlo, ya no volverá por aquí, y esta vez, para desdicha de Mario, el viaje va a ser definitivo. Lo siento por él. A lo mejor entonces habrá que contarle todo.

Se detienen en la calle Maqueda, en el portal de la casa de la familia Blanco. No le gustaría que ella se fuera. Ahora que empieza a ver todo como en una revelación divina. Ha perdido el sueño. La noche no da para más. Ana lo besa, como ella sabe hacer, cerca de los labios, y luego la ve desaparecer por el portal.

— Ahora vete a dormir, ha sido un día muy largo.

Subirá al vacío de un dormitorio frío y silencioso, con una ventana de madera que cierra mal, y se refugiará entre las sábanas pensando en Lobato, y también en Mario y en Paola, y en Andrés, tal vez... Por una noche olvidará la monotonía de servir copas de champagne en el club de Jazz.

*** * ***

Claudia no habrá visto una película en la tele, en su recolecto salón; ni habrá leído unos versos de Neruda, pocos, porque la poesía la lee despacito, razonando, deduciendo, derivando; ni se habrá dormido pensando en Jota Punto, inicial de Jáuregui, segundo apellido de Ramón Urrutia, tan desvelado ahora, que recuerda su origen gallego, como el de la propia Claudia Pardo, y que no está dispuesta a olvidar, porque las sábanas que habían de envolverla conservan su tacto escondido entre los hilos. Claudia, ajena a los móviles de la tragedia, estará con el falso y obligado inspector de Policía, que no es más que el inoportuno propietario de una casa cuya llave vagaba por la ciudad.

Luisa dormirá en calma, ancha y ajena. Habrá dejado un espacio vacío a su lado mientras espera que Andrés concluya ese compromiso ineludible con la vida afectiva de su amigo Mario. Habrá colocado seis tazas de desayuno y seis platos en la mesa del comedor, seis cucharillas y seis cuchillos pequeños y las correspondientes servilletas. Luego habrá pensado, un poco antes de dormirse, en los preparativos de la comida del día siguiente, con los parientes, y en lo que tomará Elisita, tan desganaada estos últimos días.

Ahora sí que está la ciudad desierta. Tan desierta como los corazones de Ana Blanco, y de Mario Higueruela, y de Andrés Serrano, y de Ramón Urrutia... Condenados a la soledad.

**** *

Cuando Lobato aceptó su contrato de restaurador en la parroquia de la provincia de Cáceres, muchos años atrás, y se fue con Maxim, a la que presentó como legítima esposa, los japoneses ya habían vuelto a Osaka, el profesor de autoescuela había cambiado de oficio, y de alojamiento, y el estudiante de oposiciones se había vuelto, algo desesperado, a su pueblo. De la italiana no se volvió a hablar, y Raquel dio por concluido su periodo de piso-pensión, y puso la casa de Atocha 83 en venta. Andrés, entonces, se refugió en el domicilio de una cupletista argentina venida a menos que había puesto un anuncio por palabras en el corcho de la facultad. No figuraba teléfono porque la casa no lo tenía. Había que visitarlo en la calle de la Puebla. A Andrés le gustaron en seguida aquellas habitaciones antiguas: una al interior, sin ventana, con una cama de matrimonio; otra a la misma calle de la Puebla, con un balcón antiguo. Durante mucho tiempo Andrés no le dijo a nadie que vivía allí. Hablaba con la cupletista de banalidades, de asuntos sin ninguna importancia, de esos que solo sirven para pronunciar frases incoherentes; luego la cupletista, en quien Andrés descubrió huellas de una singular belleza, ahora en el invierno, empezó a contarle algunos asuntillos de su pasado, algo confusos, que ella iba aclarando día a día, muy lentamente. Hablaban por la mañana. Ella, muchas veces, tenía en las manos una medias y otras puestas, a medio colocar. Y jugaba con ellas, a bajárselas y

subírselas un poco, mientras hablaba, con gran pudor, con frágil elegancia. El estudiante Andrés imaginaba un pasado más glorioso que el que ella descubría. Luego, en el metro, cuando iba hacia la facultad, lo iba componiendo en la imaginación, y lo recreaba de la mejor manera. En la casa de la cupletista reinaba el vacío: en los armarios de la cocina no había nada, absolutamente nada, ni una cacerola. En el cuarto de baño tampoco había nada, nunca, salvo un día en que Andrés, confiado, descubrió a una mujer desnuda que dio un grito sobrecogedor, breve, entrecortado; y Andrés cerró la puerta de inmediato, y volvió a sus habitaciones, y se encerró con llave. Luego, con más calma, con humilde prudencia, le reprochó a la cupletista que no le hubiera advertido de la presencia en la casa de aquella mujer.

— Aquí no vivimos más que nosotros — le contestó — y nadie más.

— Pues yo la he visto, es verdad, la he visto, será una amiga, quien sabe, pero la he visto, estoy seguro...

— No. No has podido ver a nadie. Desde que vivo aquí, hace ahora más de un año, aquí no ha entrado nadie, solo tú.

Y Andrés empezó a sentir un miedo que se iba haciendo mayor a medida que veía a la argentina con ropas cada vez más ligeras: unas enaguas de encaje, una bata medio abierta, y las medias, siempre unas medias en la mano, manejadas como símbolo de insinuación, o como amuleto, o como síntoma de la más incurable de las locuras.

Al final del primer mes la cupletista llamó un día a la habitación de Andrés y, sin esperar a que abriera, introdujo por debajo de la puerta un trozo del borde blanco que había dejado el titular de una revista, en el que había escrito, con letra menu-

da, tipo americano: «De Oct. 3 al 31 son 29 días. 3.540 ptas. mensuales de alquiler sale a razón de 115 ptas. diarias». Y luego, a continuación, hacía una cuenta: «115 x 29 días = 3,335». Y había escrito la cifra así, con una coma, también a la americana, como si fueran tres pesetas con 335 céntimos. Y no había puesto el año, ni su firma. El segundo mes sí la estampó. Tenía nombre de artista: Gloria Vallés, y cara de artista, y cuerpo de artista, pero de todo aquello quedaba muy poco, casi nada. Andrés nunca la vio comer, ni salir a la calle, ni hablar con alguien, ni limpiar la casa... Gloria, a todas horas del día, estaba allí, esperando que él llegara, que quisiera hablarle, decirle algo...

**** * ****

La ciudad te parece tan acabada como la cupletista de la calle de la Puebla número cuatro. Tu coche circula en solitario por el paseo de las Delicias y se introduce por una de sus calles laterales en busca de aparcamiento. Hay días que parece que no van a terminar, pero el final se presenta de repente. Mañana será distinto, y después de los días vienen las noches, y otros días, y así hasta el último. Solo ves, Andrés, coches inmóviles aprovechando huecos insospechados. Ocupan toda la acera, pero esos pertenecen a conductores que se levantarán antes de que pasen por allí los guardias. Otra vez sientes ese deseo desesperado de meterte en la cama y cerrar los ojos al mundo que no quieres ver, como Luisa, como Claudia, como Ramón, como Mario... La mayor parte de los problemas se esfuman al cerrar los ojos. Baja los párpados y verás más claro, Andrés. Ciérralos para darte de bruces con el muro. No hay hueco. ¡Cómo no te

lo tragues, así, con chapa y todo, con el aceite del motor como lubricante estomacal...! Y no creas que algunos se van a ir en seguida, no. Más vale que no esperes. Estás en la soledad del amanecer, en tu casa silenciosa. Adivinas orgulloso el sueño de tus parientes, tan ajenos a las inquietudes de Mario, a la dulce y persistente angustia de Claudia, al amargo sentido de las horas sin destino. Pronto estarán compartiendo frases triviales contigo sobre la primavera de este año, sobre la rápida evolución de los niños, tan inadvertida, o sobre las prácticas adquisiciones de los últimos y eficaces electrodomésticos. Introdúcete luego en la oscuridad, sin que ella lo advierta, en el lecho conyugal, y adivina el cuerpo de Luisa, asegúrate de que está allí, muy prudentemente, de que está..., de que duerme en la calma de una noche eterna.

Y ahora intenta conciliar el sueño sin noticias de la hora, sin voluntad de adivinarla, ni de que nadie te la recuerde mañana porque nadie te ha oído entrar. No han podido oírte. Pero sabes que la noche no es el fin. Amanecerá, probablemente amanece: *Living is easy with eyes closed*, Claudia lee a Neruda, *yesterday, all my troubles seemed so far away*, Oh capitán, mi capitán, oh Dios mío, quiero escribir los versos más tristes esta noche, Mario está en la furia, qué furia, *the answer is blowing in the wind*, Oh capitán, mi capitán, oh Dios mío, Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres, Luisa ya ha olvidado a Emma Bovary, *miré los muros de la patria mía*, el mejor dramaturgo español es Shakespeare en castellano, Luisa no piensa hacerse más amistades en su vida, con las que tiene le sobran, *que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero*, qué pérdida de tiempo leer y explicar a Calderón, rojo sobre negro es de los Rolling, lo otro es de Stendhal y ma-

dame de Rénal es todo un personaje que para sí quisieran los escritores americanos, seguro que Ana ya se ha dormido porque no pierde el tiempo en pensamientos inútiles, a Paola y Mario les va a amanecer despiertos todavía, de la señorita Puch no sabe nada más que su placer en las citas clandestinas con Mario, con seis escritores españoles sobran tres, quién escribiría *there will be an answer* y *the answer is blowing in the wind*, que tontería pasarse la vida buscando respuestas, oh Claudia, mi capitán, oh Dios mío, *las respuestas están en el viento*, a los que abusan les daría un paliza increíble, el Paseo de Santa María la Cabeza, el investigador sueco no va a poder comprender nada de Benet, digan lo que digan estar enamorado es vivir en el paraíso y en el infierno a la vez, esta ciudad no hay quien la entienda, *hello darkness my old friend*, mañana le preguntará Luisa que a qué hora volvió, los empleados del ayuntamiento tiraban de sus gruesas mangueras, le dirá que no se acuerda, a qué hora empiezan a trabajar los que riegan las calles, o mejor le dirá cualquier hora, por ser cortés, empiezan muy temprano, a las horas de menos tráfico, y ella le contestará que ni siquiera se enteró, levantarse temprano es muy saludable, los semáforos se ven muy limpios, Luisa le pregunta que a qué hora tiene la costumbre de acostarse, qué tontería haberse parado en un semáforo a esas horas, si no hiciera esas preguntas no sabría muy bien cómo empezar la conversación por las mañanas, le da igual lo que le conteste, no había sitio para aparcar, lo importante es preguntar algo, estar en contacto, lo ha dejado bastante mal, los parientes también le van a preguntar por Hipólito Lobato, y por Mario, no podía dejar el coche demasiado lejos, cómo va a contar la jugarreta de la pelirroja, lo ha dejado de cualquier manera, más vale no decirles nada de nada, menos

mal que no se ha despertado Luisa, lo de la pelirroja no tiene nombre, y lo de Hipólito tampoco, sin hacer ruido, y a él qué le importa, esta vez no ha chocado con la silla, ni le importa ni no le importa, si hubiera tropezado con la silla Luisa se habría despertado, el hombre de negocios estará mitigando la soledad de Claudia, el edificio sigue en pie, no ha sido demolido con dinamita, la mujer fantasma de la casa de la cupletista no era un sueño, pero ahora parece un sueño tan ilimitado por la verdad como la fantasía de Mario, a lo mejor Lobato, Oh capitán, no ha muerto, mi capitán, oh Dios mío. Amanecerá. Probablemente amanece.

Velilla de San Antonio, enero de 2002